

OBRAS POÉTICAS

DEL DOCTOR

D. CLAUDIO MAMERTO CUENCA

DADAS Á LUZ POR

HERACLIO C. FAJARDO

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES

Imprenta Argentina de EL NACIONAL, calle Bolívar núm. 41

1861



Sulzmann Lit.

Lit. Fabian Potosi 34.

Claudio Mamerto Cuevas

OBRAS POÉTICAS

DEL DOCTOR

D. CLAUDIO MAMERTO CUENCA

DADAS Á LUZ POR

HERACLIO C. FAJARDO

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES

Imprenta Argentina de EL NACIONAL, calle Bolívar n.º 41

1861

PROSPECTO

Por un arreglo efectuado con la persona que ha heredado la propiedad de las obras del finado Dr. D. Claudio Mamerto Cuenca, y por el solícito intermedio de su señor hermano el Dr. D. José Maria, vamos á tener el honor de dar á luz por primera vez aquellas obras. Hay gloria para nosotros en esa dulce tarea.

Vamos á presentar al certámen de las letras americanas un candidato ignorado hasta hoy, pero que mañana habrá logrado tal vez el primer premio de la liza.

Vamos á salvar del naufragio del olvido las producciones diseminadas de uno de los mas fecundos y poéticos ingénios de la República Argentina.

Y vamos finalmente á deparar á la admiracion del orbe literario al que en el fervor de nuestro culto, en la espansion de nuestro ardiente entusiasmo, hemos llamado el Víctor Hugo del Plata!

Pero para llevar esta empresa á cabo y satisfacer las erogaciones considerables de la edicion,—que será la mas bella y esmerada que pueda conseguirse en las condiciones tipográficas de Buenos Aires,—así como para llenar los compromisos pecuniarios contraidos por el arreglo mencionado, necesitamos una numerosa suscripcion. Contamos para ello con el concurso patriótico é ilustrado de la prensa periódica de este pueblo, con el de su actual Gobierno, á cuya cabeza se halla un poeta, (1) y sobre todo, con el de los amigos é infinitos apasionados del infortunado autor de los *Delirios del corazon*.

Aunque inéditos hasta ahora, los versos del Dr. Cuenca, chispas eléctricas del génio, han agitado ya mil corazones, incendiado mil cabezas y circulado de boca en boca, con arrebatos de admiracion y de entusiasmo, en trucas pero sublimes estrofas que han bastado á establecer en Buenos Aires su reputacion de poeta. La publicidad no hará mas que consagrar, estender y universalizar esa alta reputacion en esas obras: es la propiedad del genio, que, como el sol, rompe por fin con su ingénita virtud las brumas que se levantan de la tierra para brillar como aquel eternamente en la humana inteligencia; porque el génio es el sol de esta.

Solo nos toca á nosotros, sus fervorosos tributarios, ofrecerle el incienso de nuestra alma, nuestro diezmo de admiracion.

(1) Véanse los documentos consignados al fin del tomo tercero.

No haremos, pues, su elogio: no necesita de él nuestro poeta. Publicaremos sus obras, y aunque no hagamos en nuestra vida mas que esto en bien de las bellas letras, el porvenir nos tendrá en cuenta tan remarcable servicio. *Hay gloria para nosotros en esta dulce tarea,* porque á la sombra de los laureles de ese génio, iluminados por el sol de la posteridad, salvaremos nuestro nombre del naufragio, como editores de sus obras, al menos por algun tiempo.

Heraclio C. Fujardo.

Buenos Aires, 31 de Agosto de 1860.

A fines de Enero de 1858 formulábamos en la siguiente carta el pensamiento que acabamos de realizar:

Sr. Dr. D. José Maria Cuenca.

Muy señor mio:

Se me ha prestado, y acabo de leer, una bien pésima copia—¿qué digo?—una dolerosa mutilacion de algunas de las preciosas poesías de su malogrado hermano.

A traves de las innumerables supresiones y torpes alteraciones de esa copia, he podido sin embargo aporoibirne de la sublimidad de las ideas, de la belleza y novedad de las imágenes, de la

grandeza de concepcion y de la verdad de sentimiento que resaltan en los versos de aquel poeta, como suele uno apercibirse por su aroma de esas flores modestas y rozagantes de los bosques á traves de sus brezos y malezas.

Es, pues, con la profunda emoci6n y exaltacion de esp6ritu que siempre me ha originado la lectura de algunas de las poesías de su finado hermano, que me pongo á escribir esta, movido por un sentimiento que no dudo sabrá Vd. apreciar.

Recuerdo que ya tuve ocasion de escribir á Vd. con idéntico motivo, (1) y que en su contestacion me dijo Vd. que uno de sus hermanos pensaba hacer próximamente la publicacion de las obras completas del finado. Me felicité con entusiasmo, pero hoy he tenido que lamentar mil veces el que no se haya aun realizado este feliz pensamiento.

Efectivamente, señor,—duele en el alma, duéleme profunda y doblemente como admirador y entusiasta aunque indigno recluta de las letras, que las producciones de una intelijencia tan privilegiada, —producciones que, tengo la mas íntima conviccion, están llamadas á revelar al mundo literario un génio que para mí no tiene rival en esta parte de América,—duele en el alma, decia, que esas producciones no circulen todavia mas que en copias ilejibles, mutiladas, detestables!

Ignoro las causas que habrán impedido hasta hoy la publicacion de las obras á que me refiero, pero creo que no habrán ustedes desistido de realizar tan noble y plausible pensamiento, y á ese fin vengo á poner y la disposicion de Vd., con el mayor desinterés, mis mezquinas aptitudes á los conocimientos tipográficos adquiridos en seis años de tareas relacionadas con este arte.

De ninguna otra manera creería mejor empleado el tiempo de mi proscripcion política, que contribuyendo de algun modo á la realizacion de ese pensamiento por la cual hago votos entusiastas.

(1) En 1854 publicamos en Montevideo la SALVE al Dr. Rawson y algunos fragmentos de los DELIRIOS y fué á la sazón que dirijimos al Dr. D. José María la carta á que en esta se alude.

Si ustedes no tuvieran para ello mas que inconvenientes materiales, yo estaría dispuesto á allanarlos en la mas lata acepcion, sin perjuicio de ninguno de los derechos inherentes á la propiedad literaria (1).

Deseo ardientemente, señor, que Vd. se digne aceptar este humilde ofrecimiento como hijo de la mayor sinceridad y de la alta estimacion que me merecen las producciones poéticas de su desdichado hermano, de las que apenas he podido apreciar algunos trozos.

Esa estimacion, aumentada por la conmiseracion casi fraterna que me inspira el recuerdo de la aciaga muerte de D. Claudio, disimulará, estoy seguro, á sus ojos la libertad que me tomo dirijiendo á Vd. esta carta bajo la impresion desagradable que ha producido en mí la lectura de una perversa cópia de los "*Delirios del Corazon.*"

Aprovecho esta oportunidad para reiterar á Vd. las protestas del aprecio y la consideracion con que tengo el placer de suscribirme,

Su atento servidor y amigo:

Heraclio C. Fajardo.

Buenos Aires, Enero 26 de 1858.

El Dr. D. Salustiano Cuenca, entonces encargado de la publicacion de las obras de D. Claudio, y á quien el Dr. D. José Maria habia pasado esta carta, nos hizo el honor de apersonarse dos veces á nuestra casa; pero la fatalidad quiso que en ninguna de ellas nos encontrara, aunque por nuestro hermano

(1) Sin embargo de no existir entre nosotros la propiedad literaria, por el artículo 8.º del contrato que hemos celebrado para la publicacion de las obras de Cuenca hemos querido reconocerla en el hecho y dejarla salvada de este modo:

"8.º El Sr. Fajardo dejará á salvo en favor de la Sra. Da. Eulogia Cuenca de Mujica todos los derechos de propiedad literaria para las ediciones ulteriores de las mencionadas obras."

Carlos y por nuestro ilustrado amigo el Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes, que lo recibieron la primera vez, supimos el objeto de su visita, que era entenderse verbalmente con nosotros á fin de llevar á cabo la publicacion á que se refiere la carta transcrita. Tambien estuvimos á verlo una vez en su casa, sin haber tenido tampoco la suerte de hallarlo en ella.

Como si una obstinada fatalidad se hubiera asido de la suerte del poeta aun mas allá de la tumba, y condenara sus obras á permanecer ignoradas todavia por algun tiempo, ocurrió en esto el terrible amago de una epidemia asoladora que enlutó nuestro corazon arrebatando de nuestros brazos á toda una familia querida y á la poblacion de Buenos Aires la existencia de uno de sus mas estimados facultativos,—el Dr. D. Salustiano Cuenca!

Pero empeñados en vencer esa fatalidad, nos lanzamos hace siete meses á realizar el pensamiento que nos ocupaba hacia seis años, y lo hemos conseguido sin pararnos en sacrificios.

Permítasenos consignar aquí en *guarismos* algo que pruebe fehacientemente que al hablar de sacrificios, de desinterés y de culto literario, no cometemos abusos de palabra.

Hemos otorgado un derecho de propiedad literaria que no existe en estos paises; hemos hecho la publicacion corriendo esclusivamente de nuestra cuenta y riesgo todos los gastos y perjuicios de esta; y aunque ha terminado dejándonos un déficit de *diez mil pesos*, hemos pagado por aquel *derecho* únicamen-

te : *catorce mil ciento veinte pesos* en moneda corriente, y además *treinta y nueve mil doscientos pesos* en ejemplares de la obra; lo que hace un total de *cinuenta y tres mil trescientos veinte pesos* que hemos tenido que abonar solo por el *derecho* de propiedad, *sin contar ninguno de los gastos de la edicion*, que como hemos dicho corrieron todos por cuenta nuestra exclusivamente.

Aunque estas cifras representarían una bagatela si se tratára de un Anchorena por ejemplo, en nuestra notorísima pobreza son hechos que representan verdaderos sacrificios. Los pecuniarios son los menos, sin embargo: los de otra naturaleza que hemos tenido que hacer en siete meses de contraccion asidua, solo nosotros los comprendemos y valoramos, omitiéndolos por lo tanto.—Mas unos y otros los damos por bien empleados, por haber sido hechos en homenaje de las letras, hácia las cuales—ya lo hemos dicho y probado—nuestro culto no se reduce á *palabras*.

H. C. F.

Buenos Aires, 1. ° de Abril de 1861.

PREFACIO DEL EDITOR

I

Apenas en el crepúsculo incierto de la alborada de libertad por que este pueblo suspira, y en pos la lóbrega noche de un interregno de barbarie,—

Asoma de astros orlado
Descollando todavía
Sobre la frente del día,
De la patria poesía
El génio deslumbrador:
Celeste y boreal meteor
Del que cae en lluvia de oro
De las letras el tesoro,
De las armas el loor. (1)

Ese génio deslumbrante, ese astro y no ese meteor, —es el génio de un poeta, —es el astro de su gloria que se encumbra hoy al cenit.

La luz se hace para Cuenca!

Rodeóle en vida la densa oscuridad del mas sangriento despotismo, y el sol de la libertad lució sobre su cadáver! . . .

(1) Todos los versos intercalados en el texto de este prefacio pertenecen al Dr. Cuenca.

Nadie ha turbado en nueve años el silencio de su tumba; nadie ha escrito todavía sobre su mármol desnudo:—“*Aquí yace un poeta!*”

Y los versos de ese poeta han circulado no obstante, manuscritos, sin que hasta ahora hayamos visto una sola apreciación, buena ni mala, á su respecto en los anales de las letras argentinas!

¡Qué es esto!. . . ¿Fatalidad?. . . Nosotros vamos á romperla.

Y aunque no vamos á hacer una crítica competente, una apreciación bastante de la importancia de sus obras, vamos al menos á escribir las impresiones de su lectura, por el placer de conservarlas en el márgen de los versos que hemos leído tantas veces con profundísima emoción, y tal vez rescatado del olvido.

Descubrámonos la frente y saludemos al genio!

II

Anduvo errado el poeta en la elección del título de su obra capital, ó quiso expresar en él ese estado de lucidez perfecta de los seres privilegiados, esa sublime *demencia* del Dante y de Víctor Hugo,—

La misma que escarnecemos
Los que no tenemos ratos,
Ni deliquios, ni arrebatos
De bella alucinación.

Porque en la acepcion comun, solo acusaria *delirio* su poema en la interpretacion del título.—Nosotros le llamariamos : *Autópsia del Corazon*.

Y en realidad : la mirada escrutadora y penetrante del génio, del filósofo y del poeta, descende allí á los abismos del corazon humano auxiliada del escalpelo de la ciencia fisiológica, para hacer la mas inmortal autopsia de aquel en sus relaciones con ese otro titan que se agita en la cabeza y que llamamos la mente.

Era necesario ser un gran médico y un gran poeta á la vez para producir semejante obra, que es la prueba mas evidente de las estrechas relaciones que existen y del concurso que se prestan la ciencia médica y la poesia, por heterogéneas que parezcan al primer golpe de vista.

LOS DELIRIOS DEL CORAZON, compuestos de tres partes que parece han sido escritas en épocas diferentes con los títulos de—*El corazon—La mente y el corazon—Epílogo*—forman un todo perfecto, estan sujetos á una síntesis rigurosa en la concepcion y ejecucion, y constituyen una preciosa leyenda, un verdadero *poema* que el autor denomina humildemente *fantasías*.

En la introduccion ó sea primera parte de esa trilogía lírica, el poeta se dirige al mismo Dios en admirables estrofas para pedirle que realice la ambicion de su existencia, la integridad de su ser en el don de ese otro ser, ideal de su ventura, que Dante llamó *Beatriz, Laura Petrarca* :

Misterioso, incomprendible,
Fugaz, transitorio ser,
Angel, prodigio, muger,
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya:

.....

Que no piense ni imagine,
Discurra ni raiocino
Para amar; que se destine
Ciegamento para mí!

.....

Que me maldiga y me lloro,
Que me aborrezca y me adoro,
Que me ascino y devore
Si soy á su amor infiel!

La idealizacion de esa muger, *rara avis* del sexo bello, forma el argumento de ese primer canto, y por muchas estrofas como las citadas pecaría de exagerada y extravagante á los ojos de la mayoría de nuestra especie, dotada por desgracia de un temperamento que con notoria injusticia se atribuye exclusivamente á la flegmática Albion,—si las organizaciones excepcionales y esquisitas como la de Cuenca no abonáran como suyas las aspiraciones de este poeta, y dejáran de comprender los excesos de un corazón devorado por la fiebre del amor, por la sed inapagable del ideal de una muger; excesos que hacen esclamar al vate :

Vívida, ardiente, rabiosa
Llama voraz del averno,
Maldicion, suplicio, infierno,
Venganza del Dios eterno
Es para mi alma el amor !

excesos en que necesariamente incurre la fogosidad de los sentidos—

En una de aquellas horas
En que el corazón desea
Materializar la idea
De aquella mujer que crea
Nuestra mente para amar.

III

Hoy, Mañana, Luego y Siempre son como el prólogo del drama conmovedor que se desarrolla en **LA MENTE Y EL CORAZÓN**, segunda parte del poema, y cuya acción empieza propiamente *en Ya*.

En los cuatro cantos que preceden á este y que dejamos nombrados, Cuenca hace la exposición de los resortes principales de aquel drama,—su mente y su corazón,—escrutando los móviles de uno y otra,—las aspiraciones de su alma y los arcanos de su organismo, las leyes del espíritu y la materia, sus misteriosas relaciones, la dualidad de nuestro ser,—con el ojo penetrante del filósofo, la observación del fisiólogo y la intuición del poeta.

¿Qué designio inescrutable
Se habrá propuesto la mano
Que en mi trama delezable
Sepu'lo el siniestro arcano
De mi espíritu infernal;

Y entre red de fina gasa
Sujetó con esto brío
Que le anima y despedaza,
Este corazón bravío,
Incomprensible y brutal ?

Y asombrado del resultado de este análisis lo vemos esclamar:

Estambre de blanda cera
Mi fibra sutil y floja,
¿Cómo oncadena esta fiera ?
¿Cómo soporta y aloja
La mente y el corazón ?
¿Cómo resiste la malla
De mi organismo en la hora
En que la mente batalla
Y el corazón se devora?...
¡ Profundos misterios son !

El poeta, en la sublime ignorancia de su ser, pregunta al *ciego impulso de su vida*, al demonio familiar de su existencia :

¿ Qué es el genio, la poesía ?

sin advertir que se responde y que se pinta á sí mismo ; puesto que el genio y la poesía, en su mas bella y real definición, no son mas que—

Ese vórtice de fuego
Y esa inquieta fantasía
Que no puede sugetar ;
Y ese amor que no se sacia,
Y esa luz que de él chispea,
Y esa cosa que lo extasia,
Y ese cráter, y esa idea,
Y ese eterno batallar.

Porque la vida del poeta es una lucha permanente : Sísifo del ideal, parece condenado á hacer rodar incesantemente el pedernal de la idea, que chocando en el eslabon humano brota la chispa imaterial del progreso indefinido.

Jose, el protagonista, ó mas bien, la personificación del mismo Cuenca, se siente devorado por la sed de gloria y fama ; pero abrumado de decepciones, siente su alma doblegarse al peso del desaliento, y esclama con desencanto :

Lira estéril, ilusoria,
Ya es preciso que te guarde
Sin la palma de la gloria
Que para alcanzar ya es tarde,
Sin el fuego que apagué :
Pues cambié mi desventura
La fulgente luz de mi astro
En la hedionda lava oscura
De este fango en que me arrastro
Sin mas nombre que Jose.

Mas por una reaccion súbita,—

A su mejilla empañada,
Melancólica y sombría,
Subió como llamarada
Fulminante de alegría
La luz de la idealidad;
.....
Y sus labios que poco antes
Exhalaban mil sollozos,
Respiraron anhelantes,
Convulsivos y gozosos :
Porvenir Felicidad!

Y al contemplar la vision maga que su vida entera absorve,—la muger apetecida,—prorrumpie fuera de sí :

Ya comprendo, ángel divino,
Que me asistes en la empresa
De luchar con el destino
Que de detener no cesa
Los avances de mi pié.
.....
Y hé de alzar mi voz tonante
Hasta donde nunca subo
Ni el altísimo *chajá*;
Y á pesar de la honda sima
Que mi marcha dificulta,
He de poner por encima
De la muchedumbre estulta
Mi preclaro nombre allá.

La muger, pero la muger ideal, es pues el estro de Cuenca, como ha sido, es y será el de todos los grandes poetas.

IV

¿ Mas dónde está esa muger ideada en los éxtasis del vate,—

Consuelo con que el vacío
Del pecho el hombre rebosa
Que en imaginar se goza
El bien que buscando vá.

Mientras halla en el sendero
De su vida la quimera
Que despues hallar espera,
Hoy, mañana, luego, ya.

Hoy, mañana, luego y siempre la hemos visto y la vemos deslizarse en los vértigos de José. ¡Pero cuándo podremos decir—; *Ya!*—*ya* la vemos en sus brazos, ideal y poética como el vate la ha anhelado, pero real y palpable al mismo tiempo?

En medio de un gran baile, cuya descripción no tiene igual y en la cual ha escrito Cuenca un trozo de poesía que bastaría para inmortalizarlo; y entre la fascinación que ejerce—

..... la ambárica sala
Do cruge vibrátil el traje de gala
Que ondula en el talle de esbelta muger,—

conseguimos finalmente pronunciar el *¡ya!* anhelado al oír estas palabras de José :

Allí entre tu mago vapor oloroso,
Allí entro tus risas, tu gala, tu gozo,
Allí entre tus luces, tu amor, tu embriaguez;
Allí seductores, simpáticos, flojos,
Hallé con asombro los mágicos ojos
De un ángel, el mismo que sueño tal vez.

Volando á mi frente sentí desde luego
Subir llamaradas de súbito fuego,
Arder mi cabeza, mi sangre abrasar.

.....
Sentí, como trueno que hubiera en mi oído
De pronto estallado su horrendo estampido,
De todo el infierno las furias rugir;

Y en un arrebato de fiebre y demencia,
Partirse mi cráneo, fluctuar mi existencia,
Y el cuerpo convulso temblar y crujir.

.....
Sentí... ni yo sólo: ni puede mi labio,
Que no es ni con mucho filósofo y sabio
Decir los prodigios que entonces sentí.

Tenemos que renunciar á describir ese primer encuentro de dos seres simpáticos, ese eléctrico abrazo de dos almas en la irradiacion magnética de una mirada amorosa, porque solo con la reproduccion de las estrofas de Cuenca, lo haríamos dignamente; y es imposible detenerse cuando se empieza á transcribirlas.

SARA escucha de los labios de José la declaracion que ya habia leído en sus ojos;

Sus venas hervian, quemaba su aliento;
Su faz, que buscaba frescor en el viento,
Ardía en el fuego del mútuo volcan;
.....

Su espíritu en vano tenerse quería,
La vez de sus lábios absortos huía
Y el aire y las fuerzas faltábanle ya.

“*¡Te quiero!*” dijo á José por toda contestacion *su acento espirante*; y el venturoso poeta, evocando los recuerdos de esa noche de encantamiento, concluye con estas estrofas que no podemos resistirnos á transcribirlas aquí:

Oh! sí, verdad era: la hermosa allí estaba,
La no conocida beldad que adoraba,
Por cuyo sendero marchaba yo en pos :

Era ella, la misma, la sobra, la Dea,
La misma que amaba mi mente en idea,
El ángel, la maga, la imàgen de Dios.

Al fin la quimera que en sueños veía,
Mortal y terrestre la forma asumía,
La gracia y acento de aquel serafín;
Y el único, el solo, y el íntimo anhelo
De todas mis ansias, el sueño, el desvelo
De mi honda existencia, saciósse por fin.

La noche plegaba su negro ropage,
La aurora entre nubes de nácar y encaje,
Su frente de záfir y perlas mostró;
Y un hombre radiante de estraña alegría
De aquel paraíso salió con el día
Absorto en su dicha, y ese hombre era yo!

V

Entónces José ama y se crée amado; y estas palabras encierran todo un poema, y aquel *entónces* todo un canto.

¿Pero, y *despues*? . . . ¿qué sucede?—*Despues es* el triste despertar de la ilusion; *despues es* el reverso de *entónces!*

José ama y se crée amado. El balcon de su querida recibe noche á noche su cancion; y mientras el crédulo poeta le dirijía estas palabras:—

“Llené yo tu vida, Sara,
Como llenas tú la mía;
Sea yo tu fantasía
Como tú eres mi ilusion!”

--Abrió la ventana un hombre,
Diciendo: "José, es bastante!"
Y el cantor gritó: "¡Su amante!
¡No me amaba! . . . ¡Maldicion!"

El cierzo del desencanto rompe el plácido mirage de la *fé* y en su lugar se aglomeran las brumas de una pasión bruscamente contrariada, y se arma la tempestad, y vibra el rayo !

Es necesario leer los dos cantos que siguen para saber lo que el recuerdo de *Ayer* y *Antes* vierte de celos y desesperación en el alma de José:

Pues de aquel mundo esmaltado,
Perenne, esclusiva y sola
La memoria le ha quedado
De aquel agravio que inmola
Para siempre el porvenir !

Nunca, *Jamas*, son el tristísimo término á que arrastra triunfante la razón al corazón despedazado y vencido en la larga y cruda lucha que con ella ha sostenido.—“ ¡ *Nunca*, *jamás* serás dichoso ! ”

Esa lucha del corazón con la mente, del odio con el amor, en presencia de una decepción como la que José ha sufrido ; cuando la mujer en quien hemos cifrado nuestra anhelada ventura, dándole todas las galas de nuestra ardiente imaginación y la poesía exuberante de nuestra alma, se despoja bruscamente de esas galas apareciendo á nuestros ojos en su prosáica realidad por un evento cualquiera; esa lucha que se traba entre la fría razón que nos muestra un esqueleto despreciable, y el corazón volcánico, Pigmaliion

recalcitrante que persiste en adorar *su creacion*, su Vénus delusoria, su quimera de oropel,—jamás ha sido descrita como en las páginas de Cuenca. Cada estrofa de esos dos cantos, es una perla poética, es una fibra recóndita que hemos sentido vibrar todos en situaciones análogas: la pasión exhibe allí sus rasgos más prominentes y sus más ténues matices, y el sentimiento se desborda al unison del lenguaje en deliciosas armonías.—Es necesario también leerlos, porque tan solo reproduciéndolos íntegros podríamos dar exacta idea de sus innúmeras bellezas.

En el *Jamas* especialmente, domina tal encanto, tal melancolía en el fondo, tal suavidad en la forma, que *jamas* en realidad nos hartamos de releerlo, y es imposible detenerse, después que se ha empezado por la milésima vez, antes de terminar la última de sus noventa y dos cuartetas:

Y ese astro estinto al rutilar su aurora,
Y ese hombre ¡oh Dios! que para más nació,
Y ese que el tiempo que ha perdido llora,
¡ESE DE VERAS INFELIZ,—SOY YO!!!

¡ Oh, sí! . . . es necesario que el mismo Cuenca haya sentido helarse su alma al soplo del desencanto, para que su lira haya podido producir estas ternísimas estrofas del *Epílogo*, tan llenas de verdad, de amarguísima verdad y de enervante desconsuelo:

¡ Pareces imposible que auroras tan bellas,
Tan claras estrellas, tan limpio arrebol,
Como esas que alumbran mis vívidas horas
No sean ni auroras, ni estrellas, ni sol!

¡ Parece imposible que ese ángel que gira,
Que llena, que inspira mi férvida sien,
Que acude si amable mi labio le llama,
Que yo amo, y él me ama, sea nada tambien !

¡ Parece imposible no hallar en el suelo
Del aéreo modelo la copia mortal,
Tan pura, tan cierta, tan linda y graciosa,
Como ángel y diosa la vemos ideal !

¡ Parece imposible no hallar, y no se halla
Por mas que se vaya tocando ya, ya,
Esa áurea ventura tan cierta y brillante
Que huyendo delante dos pasos nos vá !

Ese *Epílogo* es una bellísima recapitulacion de los doce cantos que le preceden, una sinópsis filosófica que pone de manifiesto la síntesis admirable que ha presidido á lo que Cuenca denomina *fantasias* y que le dá, como hemos dicho, la unidad y el carácter de todo un poema.—Este espíritu sintético, una de las primeras condiciones del arte, domina en todas las producciones de nuestro poeta, y se desprende hasta de la última estrofa de sus sublimes *Delirios*, en la que encadena los títulos de sus cantos dándoles el sentido literal y terminando admirablemente el poema con ese quebrantamiento de ánimo que sucede á una gran crisis:

No hay HOY, ni MAÑANA, DESPUES, YA, ni LUEGO,
Ni frio, ni fuego, ni poco, ni mas,
Ni SIEMPRE, ni ENTONCES, ni luces brillantes,
Ni NUNCA, AYER, ni ANTES; lo que hay es JAMAS !

“ ¡ Jamas ! ” fúnebre y postrero adios que se dá á las brillantes ilusiones, á las divinas é ideales aspi-

raciones de nuestra alma cuando se ha tocado el fondo de esa dorada y encantadora superficie llamada la muger, y cuando por fin se tiene,—

De mas, desengaños!
De ménos, treinta años!

.....

VI

Los límites prefijados en que debemos encerrar este prefacio no nos permiten analizar todas las obras de Cuenca ni enumerar sumariamente sus infinitas bellezas de detalle. Tenemos, pues, que concretarnos á enunciarlas por sus títulos con una que otra apreciacion sustancial.

A los *Delirios del corazon* sucede una preciosa leyenda histórica titulada *La espiacion recíproca*, en la que resaltan por principales cualidades un plan perfectamente combinado, figuras diseñadas por mano maestra, resortes muy dramáticos, hermosas peripecias, mucho colorido histórico, enérgicas alusiones á la tiranía de Rosas, y morales conclusiones contra el odioso sistema de los déspotas.

Felipe Segundo y su célebre ministro Antonio Perez, son los principales personajes que figuran en esa leyenda en fieles daguerreotipos. Con ella concluye el primer tomo de las obras poéticas de Cuenca.

El segundo contiene una comedia de costumbres, *Don Tadeo*, y un drama histórico, *Muza*.

La primera de estas producciones,—de dimensiones exageradas y bastante deficiente á despecho de algunas escenas animadas y chistosas y de algunos tipos bien delineados,—es una de las primeras de Cuenca, y hasta ni parece de este : tal es la distancia que la separa de la segunda, el drama *Muza*, que por desgracia nos ha quedado inacabado. En este, nuestro poeta revela las mas altas cualidades dramáticas, y volvemos á encontrar al delicioso autor de los *Delirios*, perdido casi completamente en las sempiternas páginas del sempiterno *Don Tadeo*.—Y en realidad, tiene escenas ese drama cuya versificación compite con los mas líricos arranques de aquel magnífico poema.

La promesa que hemos hecho de concluirlo como mejor Dios nos ayude, á fin de que pueda subir á la escena, por humilde que haya sido, nos asusta y acobarda á extremo de dudar nosotros mismos, por lo menos, de su pronto cumplimiento.

El tercero y último tomo de las obras poéticas de Cuenca contiene todas las composiciones sueltas ó de cortas dimensiones de aquel ingenio esclarecido que hemos logrado reunir á fuerza de pesquisas. Mucho mas ha escrito Cuenca, pero tal vez sus mejores producciones fueron víctimas de las llamas á que entregó su señora madre un baul de manuscritos, temerosa de que comprometieran la existencia de su hijo, en ocasion de los horribles allanamientos domi-

ciliarios de la nefanda *masiorca*. Completamente ajeno á este triste auto de fé de sus vijilias literarias, cóstanos que nuestro poeta, sin embargo de su proverbial modestia, lamentó mas de una vez aquel suceso. ¡ Cuánto no habran perdido en él las letras argentinas, á juzgar por lo que escapó á las llamas!

En estos hermosos restos de aquel doloroso incendio hay sin embargo lo bastante para que el nombre de Cuenca pase á la posteridad: los *Delirios del corazon* bastarán á inmortalizarlo, poniéndolo á la cabeza de la pléyade brillante de los poetas argentinos en la primera mitad del siglo actual.

Las composiciones que contiene el tercer tomo de sus obras está dividida en dos cuerpos: *poesías diversas* y *composiciones festivas*.

Resaltan en el primero como de un mérito superior una *Salve* patriótica dedicada al Dr. Rawson, en la que Cuenca desahoga su corazon preñado de comprimido patriotismo, y se consuela de la amargura del presente con el recuerdo de las glorias de la tierra en que ha nacido, y con la vática intuición del próspero porvenir que le reservan los hados:

Pues vendrán otros Balcarces,
San-Martines y Belgranos
A quitar de entre las manos
La segur á los tiranos
Que lanza el antro infernal!

una utopia á *María*, dedicada al Sr. D. Vicente Gil en 1.º de Enero de 1850, sin embargo de que aparece sin esta dedicatoria y con la fecha equivocada

de 1848; un soneto titulado *Mi cara*; la primera parte de una composicion al *Pampero*, en el que parece que Cuenca se proponia hacer la personificacion de la libertad, y que suponemos dejó intencionalmente inacabada, porque la férrea presion del despotismo que dominaba en su patria, mal podia permitirle el libre vuelo á su libre pensamiento, tratándose sobre todo de una composicion que tenemos entendido se vió obligado á escribir para el álbum de Manuela Rosas; la *Nostalgia*, la *Sultana*, y unas estrofas á *Rosas* escritas la antevíspera de la batalla de Caseros y que la muerte no le permitió concluir.

Esa primera parte contiene ademas varias composiciones de un mérito muy inferior, y otras que carecen absolutamente de él, y de que hubieramos expurgado la coleccion á no haber prometido las poesías *completas* de Cuenca, y á no considerar que la insignificancia de estas de ningun modo puede influir en deterioro del mérito relevante de las primeras.

Esto no prueba sinó que Cuenca, como los mas grandes poetas, ha tenido sus principios, su infancia literaria, y que aquellos *no nacen*, sinó que *se hacen* á fuerza de contraccion, de estudio y de arte.

El título colectivo de las composiciones que contiene la segunda parte del tomo tercero, indica desde luego su naturaleza efímera y el género á que pertenecen. Las personas que han conocido á nuestro autor en el ejercicio de la ciencia que profesaba y de la que era una lumbrera, estrañarán que haya podido

deponer un solo instante su gravedad característica y proverbial, como lo prueban sus poesías festivas, y que el autor de los *Delirios* pueda ser el autor del *¡Vaya, vaya!*—Nada mas cierto, sin embargo; y aunque en la generalidad de esas composiciones Cuenca no dé muestras de resaltantes disposiciones para la sátira, en la que acabamos de nombrar dá pruebas inequívocas de sutileza de ingenio, de novedad de observacion, de sal crítica y de agudeza epigramática.

Hay afluencia de chiste, verbosidad y colorido local en esa pícara ironía titulada—*¡Vaya, vaya!*—én esa activa cantárida, en esa cáustica aplicacion del *Ridendo castigat mores*.

VII

Formularemos ahora en breves conclusiones nuestra opinion sobre Cuenca, si es que no resulta bastante evidenciada de todo lo que precede.

Y ante todo, á fin de que no se le atribuya una segunda intencion, debemos empezar por protestar nuestra entusiasta admiracion por todos sus dignos émulos, y por sentar que nó por considerarlo el primer poeta argentino, pretendemos quitar ningun florón de la corona de aquellos para ponerlo en la de este: cada uno tiene la suya, y nó por subir mas alto el águila pierde el cisne su magestad ni el ruiseñor su auditorio.

Esplicaremos en que consiste á nuestro modo de ver la primacía de Cuenca; y entiéndase desde luego que tan solo la otorgamos en cuanto al nervio, la inspiracion y el alcance de su poesía,—á las cualidades que constituyen lo que se ha convenido en llamar *gênio*;—siendo distinta nuestra opinion en cuanto á su sugesion á los preceptos de un órden secundario, á la unidad del language y al mecanismo del arte.

La poesía,—que significa *creacion* en el órden moral é intelectual, y no *trasunto* fraseológico y banal de la naturaleza física,—reside esencialmente en las regiones del corazon y del espíritu.—La naturaleza humana es, pues, su vasto dominio; allí está su paleta inagotable; de allí toma el artista sus colores, allí combina sus tintas, allí bebe la inspiracion de sus *creaciones* inmortales.

Pero la poesía, como su hermana la pintura, tiene tambien sus fotógrafos,—y estos son los del *trasunto* fraseológico y banal de la naturaleza física, de sus eternos panoramas de prados y cascadas, fuentes, árboles y flores, tórtolas y colorines.

Hay, pues, dos categorias en sus adeptos: los de la una hacen generalmente consistir el arte en la pulcritud acicalada de la forma, en el sonido, en la imágen; los de la otra, en la profundidad filosófica del fondo, en la emocion, en la idea. A la primera pertenece la multitud, los versistas, los talentos algunas veces; á la segunda, la escepcion, los poetas, los genios siempre.

Basta una falta de prosodia para ser rechazado un candidato por la primera categoría; basta un vuelo atrevido hasta las nubes para ingresar en la segunda.— A la una pertenecen. . . . ¿ para qué nombrar? . . . son tantos! . . . á la otra, los Victor Hugo y Espronceda, por ejemplo.

Cuenca abunda en los defectos que á Espronceda y Victor Hugo se réprochan, para que pueda jamas figurar en la primera; su lugar está marcado en la segunda, y por eso lo reputamos, relativamente hablando, el Victor Hugo del Plata.—En un sentido absoluto, y considerado por sus *Delirios del corazon*, la *Espiacion recíproca*, el drama *Muza* y algunas de sus poesías líricas, es un poeta de genio y elevacion que pasará á la posteridad y que ocupará un asiento en el congreso de las letras, cuando estas tomen en realidad el carácter de república universal.

Su poesía es de todo tiempo y lugar, y sus *Delirios* especialmente conmoveran el corazon y encenderan el entusiasmo donde quiera que se encuentre entusiasmo y corazon, donde quiera que se entienda el idioma del sentimiento que es uno en todas partes. Y este carácter de universalidad que reside en el fondo de sus obras, condicion *sine qua non* de inmortalidad, es una de las que las salvaran del naufragio en que el oceano del olvido sumergirá casi todo lo que ha producido el Plata hasta ahora.

Sus otras prendas de salvacion consisten principalmente en la robusta constitucion de su poesía,— en la profundidad filosófica y fisiológica del fondo y

en la artística elegancia de la forma ;—consisten en el profundo conocimiento y en el análisis profundo del corazón humano ; en las bellezas de estilo, en las gracias de dición, en la unción de sentimiento, en la chispa de pasión y en la música inefable de sus versos, que acreditan además novedad y originalidad en la idea, en la índole y en la rima : rarísimas condiciones en nuestros tiempos de insípidas rapsodias y de imitación servil. Inútil fuera citar: ábrase por donde quiera los *Delirios*, la *Espiación* ó el drama *Muza*, y donde quiera se hallará la prueba de estos asertos.—Y téngase por seguro que muy raras son las obras que resisten á esta prueba.

Sobre todas las condiciones que la estética pudiera reclamar, hay en los versos de Cuenca un *no sé qué* arrobador, un magnetismo irresistible, que, como el flúido imponderable, se siente aunque ne se palpa, y que es la atmósfera del génio: atmósfera embalsamada, mágica y embriagadora que deleita los sentidos, sumerge en éxtasis el alma y nos pasea sobre flores sin permitirnos un instante examinar si hay abrojos.

Sábase que estos se encuentran en los mas bellos jardines, y que hasta el sol tiene manchas. ¿Pero quién busca defectos donde sobran perfecciones?—Así, en los versos de Cuenca, las bellezas de todo género que se eslabonan de uno en otro, no nos permiten hacer alto en los lunares indispensables que puedan notarse en ellos sometidos á un frío exámen. No seremos nosotros quien lo haremos, porque jamas podremos leerlos con frialdad.

Uno de los defectos que mas generalmente hemos oido reprochar á nuestro poeta, es el de *redundancia*. Sin pretender defenderlo completamente de este cargo, debemos hacer notar que muchas de las pretendidas *redundancias* que se le atribuyen, no son en nuestro concepto mas que otras tantas bellezas de detalle con que exorna sus bellezas: la *exuberancia* nunca ha sido *redundancia*.

Valoramos el precepto literario de que “ el diamante se estima mucho porque concentra en poco “ volúmen un gran valor, ” y tanto mas lo apreciamos cuanto que nos ha sido indicado por un amigo querido, por una inteligencia superior cuya autoridad en materias literarias ocupa un puesto eminente en las Repúblicas del Plata. Mas nos parece, sin embargo, que ese diamante gana en valor si se le engarza en un círculo de rubíes y esmeraldas.

Una hermosa que se presenta con diez trages diferentes, lejos de hacer desmerecer su belleza natural, le dá mayor realce. Revestir á una misma idea con diez formas distintas; presentarla sucesivamente á una luz nueva, con nuevas galas accesorias,—no es redundancia, suponemos,—sinó fértil exuberancia que tiende á embellecer é incrustar mas y mas aquella idea, á darle mayor relieve.

Si todos los defectos que se le atribuyen y muchos mas existieran en realidad en sus obras, Cuenca los rescataria con la mitad de las bellezas de primer órden que ha sembrado á manos llenas en los tres tomos voluminosos con que concurre al certámen de las

letras. Además, no debe perderse de vista la época en que escribió, la inanición literaria que reinaba en su país, por no decir la inanidad y el servilismo, y sobre todo, que solo escribía por dar expansión á su alma negándose á la publicidad de sus obras y sin dejarlas preparadas para ella.

VIII

Cuenca, como los primeros cristianos, rendía á las letras un culto fervoroso en la reserva de su bufete, temeroso de esponerlas á la profanación pestilencial de aquella época. Para honor de la inteligencia, su lira jamás quemó un solo grano de incienso en las aras del ídolo sangriento que dominaba en su patria y exigía el culto de todos los *poetas* de aquel tiempo. ¡A qué indigna degradación el mayor número de estos no bajó! . . . Y sin embargo, *vates* hay de aquella época ominosa que tienen aun hoy la impudencia de alzar su frente servil en Buenos Aires y ocupar puestos oficiales!!!—Para honor de la inteligencia, lo repetimos, la lira de Cuenca fué por el contrario pródiga en alusiones de un coraje sin igual, en anatemas vehementes contra la odiosa tiranía del bárbaro Rosas, y su último prelude vibró en el ¡ay! de su agonía con el estigma de la patria sobre la frente del tirano :

Y esto es ni mas ni menos lo que ahora
Te está, perverso Rosas, sucediendo;
Estás en tu espiacion, y ya la hora
De purgar tu maldad está corriendo!

Aunque recién hoy se publican sus poesías, circulaban estas manuscritas en la misma época de Rosas, y para comprender el coraje de aquellas alusiones, que se encuentran á cada paso en la *Espiacion* y en *Muza*, es preciso conocer y trasportarse al terror de aquella época. En el mismo campamento del tirano, dos dias antes de la batalla de Caseros, Cuenca leía á sus amigos sus últimos versos contra Rosas, y era interrumpido en su lectura por la presencia de éste!

Dos dias despues, era la muerte la que interrumpia el terminar aquellos versos!

IX

Nueve años han transcurrido despues de aquella muerte; y sobre el mármol desnudo que cubre los despojos de la primera lumbrera de la ciencia médica y de las letras argentinas, nadie ha escrito todavía:—
“*Aquí yace un poeta!*”

En el transcurso de esos nueve años no ha habido una mano pía, una mano patriótica y generosa que haya tenido el ahinco de recojer los preciosos diseminados fragmentos que debian dar á esta tierra

una gloria literaria. Y cuando la mano de un extranjero ha venido á rendirle este servicio, solo ha encontrado indiferencia y tibieza en la patria de aquel poeta. (1)

¿Mas qué extraño es que en los *profanos* haya tibieza é indiferencia hácia las obras literarias, cuando hay *mas que esto* en los *iniciados*? . . . Véase la nómina de suscritores á las poesías de Cuenca, y se notará con escándalo la falta de casi todos los poetas y literatos de su patria! ¿Y quién le diría á Cuenca que publicándose sus obras bajo la administracion de un poeta, ni el magistrado ni el literato figuraría allí suscrito á un solo ejemplar?

Si nada importan las letras para el progreso moral é intelectual de los pueblos en el concepto del Gobierno de un poeta,—que no vé que hay un insulto en abonarse *por diez ejemplares* á obras como las de Cuenca,—¿qué importancia debemos esperar que les otorguen el simple ciudadano y el positivo comerciante?—Vergüenza dá el considerarlo! . . . (2)

(1) Los señores abonados, cuyos nombres legamos al reconocimiento de las bellas letras en la lista publicada al fin del tercer tomo de estas obras, notarán que esta alusion no puede comprenderlos, y que muy lejos de eso aprovechamos esta ocasion para agradecerles en nombre de aquellas y en nuestro propio nombre la cooperacion que nos han prestado en esta publicacion; su perspicacia les hará comprender por lo demas la justicia de la queja y á quienes vá dirigida.

(2) Como no falta gente bastante pobre de espíritu y seca de egoismo que considere nuestra justa indignacion bajo el punto de vista de su alma *metalizada*, encarecemos la lectura del último de los documentos relativos á la suscripcion del Gobierno y consignados al fin del tercer tomo de estas obras, donde está bien manifesto el digno móvil de tal indignacion.

— 333 —

“¡ Tristes son para el poeta los tiempos que alcanzamos ! ” — Pero no importa : la luz se hace para Cuenca, y á despecho de todas las miserias cuya mayor parte callamos, la publicidad que han recibido ya sus obras será su mejor Mecenaz.

La posteridad le aguarda: y esta profunda convicción pulveriza esas miserias con un rayo anticipado de la aureola que ornará la memoria del primer poeta argentino !

Heracio C. Fajardo.

Buenos Aires, 3 de Abril de 1861.

Nos hacemos un deber y tenemos el placer de recomendar á la gratitud de las letras argentinas y á la estimacion de los amigos y apasionados de Cuenca, á dos personas que han contribuido con el mayor desinterés y la mayor solicitud, una á legar á la posteridad las facciones de este poeta, y la otra á la conservacion de sus obras.

El Sr. D. Juan Gil, jóven tan modesto como inteligente, nos ha proporcionado la mayor parte de las producciones de Cuenca reunidas y conservadas por él con religioso esmero, prestándose con el mayor ahinco y sin el mínimo interes, á cuanto tendía á favorecer la publicacion de aquellas obras.—No contento con esto, hasta nos ha obligado á aceptar su cuota pecuniaria, como se verá por la lista de suscritores.—Es verdad que el Sr. Gil no es poeta! . . .

El Sr. D. Juan L. Camaña, por su parte, se ha prestado con no menos deferencia á remediar la falta de un buen retrato de Cuenca auxiliado por sus recuerdos y por el único que existe en poder de los deudos del poeta. Este retrato, sacado en 1839, presentaba grandísimos defectos de ejecucion; y son esos defectos los que el Sr. Camaña ha corregido con su reconocida habilidad, aproximándose cuanto es posible en tales casos á las verdaderas facciones de Cuenca, á quien tuvo la dicha de tratar amistosamente hasta los últimos momentos que precedieron á su muerte.

El retrato con que acompañamos la primera edicion de sus obras, tiene ademas la ventaja de llevar al pié el facsímil de la firma y rúbrica de Cuenca, tomado exactamente del manuscrito de su notabilísima tésis sobre las simpatías, escrita y publicada en 1838.

APUNTÉS BIOGRÁFICOS

Nuestro ilustre homónimo el Dr. D. Claudio Marmerto Cuenca nació en la ciudad de Buenos Aires el 30 de Octubre de 1812. Hizo sus estudios y se graduó en la Universidad de esta ciudad, en la cual regentó diversas cátedras. Los siguientes apuntes, tomados de sus archivos, darán una idea exacta de los estudios de Cuenca, de las clasificaciones que en ellos mereció y de la fecha en que los hizo :

1828.—GREGO.—Todos resultaron *buenos*, Cuenca *bueno entre los buenos*.

1828.—IDEOLOGIA, 1er. año.—*Sobresaliente*.

1829.—IDEM, 2.º id.—*Bueno* por unanimidad.

1830.—Diciembre 4.—Primer año de FÍSICO-MATEMÁTICAS — Fué clasificado *bueno*, siendo Catedráticos de 1.º y 2.º años D. Alejo Hontes, y D. Octaviano Mosotti de Física experimental,

1831.—Segundo año de idem.—*Sobresaliente*, siendo Presidente D. Octaviano Mosotti, catedráticos de 1.º y 2.º años Hontes y Salas, y de Latinidad de Mayores D. Mariano Guerra,

1832.—Diciembre 5. —1er. año de MEDICINA.—*Sobresaliente*.
Catedráticos, los Dcs. D. Martin Garcia, D. José Fuentes, D. J.
José Montes de Oca y D. Diego Alcorta.

1833.—Diciembre 7.—2. ° año de id.—*Sobresaliente*. Ca-
tedráticos, D. Juan A. Fernandez, D. Juan Montes de Oca y D.
José Fuentes.

1834.—Diciembre 10.—3er. año de idem.—*Sobresaliente*.
Catedráticos, los de Nosografía y Clínica quirúrgica Dr. D. Martin
Garcia, de Nosografía y Clínica médica Dr. D. Miguel Rivera, Dr.
D. Saturnino Pineda de Anatomía, y el de materia médica Dr. D.
José Fuentes de Argivel, presididos por el primero como Vice-Rector.

1835.—Febrero 5.—4. ° año de idem.—Fué clasificado *sobre-*
saliente por unanimidad por los mismos Sres. Catedráticos.

1836.—Junio 25.—Rindió exámen general de MEDICINA en el
que fué aprobado en calidad de sobresaliente por mayoría; presidie-
ron el acto el Sr. Rector D. Paulino Gari y los Catedráticos D.
Martin Garcia y D. Saturnino Pineda, autorizándolo el pro-secretario
D. Carlos O' Donell.

1838.—Octubre 30.—El Sr. Rector, con asistencia de los
Catedráticos del Departamento, confirió el grado de Doctor en
Medicina al alumno de aquella Facultad D. Claudio Mamerto
Cuenca; fué su padrino de grado el Dr. D. Saturnino Pineda.

1838.—Octubre 30.—Rindió su exámen de disectacion y caso
práctico; y habiendo sido aprobado por unanimidad, fué clasificado
de *sobresaliente*, y su padrino de disectante el Dr. Almeida; autori-
zó el acto el secretario D. Gervacio Gari.

A estas notas agregaremos nosotros :

Los talentos *sobresalientes* en todo del Dr. Cuen-
ca le merecieron el mismo año en que se graduó el
honor de regentar la Càtedra de Anatomía, y poste-
riormente las de Fisiología y Materia médica, de
Cirujía, &a.

Nos falta espacio, material y aptitudes para hablar de los trabajos profesionales del Dr. Cuenca y de los hechos importantísimos de su práctica científica; pero no hay nadie en Buenos Aires que no recuerde con veneración las virtudes y talentos de este hombre extraordinario en la ciencia como en las letras. Por lo demas, el discurso necrológico que vá á continuación contiene datos para complementar substancialmente los que preceden á estas líneas.

El que escriba la biografía circunstanciada de nuestro médico-poeta tendrá una hermosa tarea, máxime si sabe penetrar en los arcanos de su vida íntima, llena de interes dramático, y terminar las peripecias de esa vida en todas sus faces, con el cuadro sombrío de su muerte.

Todos saben igualmente en Buenos Aires como y cuando ésta acaeci6.—El 3 de Febrero de 1852 es tambien una fúnebre efeméride para la República Argentina, que tendrá siempre que lamentar ante el recuerdo glorioso de CASEROS la invalorable pérdida de una de sus mas ricas esperanzas, de uno de sus mas grandes poetas:—el trágico fin del Dr. Cuenca!

H. C. Fajardo.

Buenos Aires, 25 de Abril de 1861.

DISCURSO NECROLÓGICO

Pronunciado por el Doctor D. Eugenio Perez al ser depositados en la Recoleta los restos del Doctor D. Claudio M. Cuenca, el 10 de Setiembre de 1852 (*).

Hé aquí, señores, los últimos restos del malogrado Doctor Cuenca, que vienen á ocupar su última morada y á recibir las oraciones y las lágrimas de sus deudos y amigos.

Al acompañarlos, al darles el postrer adios, no venimos á honrar un gran nombre aristocrático, ni las brillantes pero sanguinarias glorias de un guerrero; el hombre á quien han pertenecido estos restos, estaba adornado de virtudes humildes y modestas como habia sido su cuna. Buen hijo, escelente ciudadano, leal y fiel amigo, médico humanitario y de una instruccion profunda, hé ahí los títulos del malogrado

(*) Este bello y sentidísimo discurso se publica aquí por primera vez. Hemos tenido que violentar la modestia de su autor, para conseguir que, contra sus intenciones, las fúnebres palabras pronunciadas sobre la tumba de su malogrado amigo y maestro pudieran ver la luz pública al frente de las obras poéticas de este. Aprovechamos esta ocasion para agradecer al Dr. D. Eugenio Perez su bondadosa deferencia.

Doctor Cuenca, títulos que ciertamente son mas útiles á la Sociedad y á la República, que los estériles aunque muy brillantes recogidos en los campos de batalla.

En otra época ó en países mas adelantados que el nuestro y en donde las inteligencias tienen como desarrollarse y mostrar sus luces, indudablemente el Doctor Cuenca habría obtenido uno de esos nombres que honran la humanidad, cuyas preciosas ideas pasan de generacion en generacion y que han sido bautizados con el venerable nombre de maestros en las ciencias médicas.

He dicho que su cuna era modesta y humilde, y aunque todos nosotros, por nuestra educacion y por nuestras instituciones políticas, pertenezcamos á la mas pura democracia, no podemos negar la notable influencia que tiene en el porvenir de un hombre, un nombre ilustrado por sus antepasados; y aquí, Sres., encuentro uno de los tantos méritos que adornaban al Dr. Cuenca. Aun cuando sus deudos son dignos de todo respeto, debemos sin embargo confesar que la honorable colocacion que el nombre de Cuenca tiene hoy entre nosotros, es debida casi exclusivamente al hombre á quien hoy lloramos y á quien pertenecieron estos preciosos restos.

No es aquí el lugar ni el momento oportuno para hacer la biografia del Dr. Cuenca; pero al menos debo hacer presente cuan notable se hizo desde sus primeros estudios, y cuan sólidos conocimientos adquirió en ellos, predominando sobre todo en las

ciencias exactas y constituyéndose en un profundo filósofo. Muy joven aun, empezó á desempeñar el prolijo y pesado cargo de primer Director de la Aula de Anatomía, y todos nosotros, que hemos sido sus discípulos, podemos decir con qué brillo, con qué precision, con qué método y lógica desempeñó tambien las difíciles Cátedras de Anatomía y de Fisiología en nuestra Escuela de Medicina penetrando en todos los secretos de la vida.

Humilde, modesto, al mismo tiempo que iniciaba nuestras jóvenes inteligencias en las profundas cuestiones y en los misterios de la Ciencia Médica, era para todos nosotros mas bien el afectuoso amigo que el severo maestro, y muchas veces no se desdenaba en atender y estudiar las observaciones que cualquier discípulo suyo le hiciese respecto de las mismas materias que enseñaba.

El Dr. Cuenca, señores, tambien era poeta, y dedicaba con pasion y entusiasmo á este género de literatura los pocos momentos que le dejaban las pesadas obligaciones del profesorado y de la práctica civil. Sus poesias no han visto aun la luz pública, ni creo que él las escribiera con esta intencion. Aunque llenas de preciosas imágenes y con una correccion intachable, ellas eran simples desahogos de una alma entusiasta y los desbordes de una imaginacion rica y poderosa, pero que se hallaba comprimida por la profunda reflexion y el juicio que naturalmente dedicaba Cuenca al árido y frío estudio de la medicina que formaba su profesion.

El Doctor Cuenca, señores, era también un patriota entusiasta; y yo que era su amigo puedo responder de la pureza de su corazón y de sus ardientes votos por la libertad de su patria. ¡Cuántas veces no hemos llorado juntos la esterilidad de tantos y tan caros sacrificios hechos por hombres generosos, aunque desgraciados, para destruir la larga y sangrienta tiranía que había hecho de la más libre de las Repúblicas, la esclava más sumisa! . . . La última de sus composiciones poéticas era una inspiración profética que anunciaba la próxima caída del tirano que oprimía con los instintos del tigre su mismo país natal.

Y sin embargo, el Doctor Cuenca ha espirado en las mismas filas de ese tirano cuyos críminosos hechos maldecía! . . . ¿Quién podría explicar esta contradicción tan chocante? Yo, señores! Deberes de amistad hacia uno de nuestros colegas, deberes de profesión, y esa obediencia pasiva á las órdenes despóticas de ese mismo tirano, á las que nadie podía sustraerse, son los móviles que arrastraron á nuestro desgraciado amigo á las filas del hombre cuyo sanguinario dominio había anatematizado.

Y cosa notable! el Doctor Cuenca presintió su próxima muerte en el mismo momento en que fué nombrado Cirujano del Ejército vencido en Cáceres, y al honrarme eligiéndome para su sucesor en la Cátedra de Fisiología, al decirme adios, todo en él presagiaba que ese adios era eterno!

Comprendo, señores, cual ha sido la amargura y cuales los pensamientos que ha debido tener nuestro amigo en el fatal momento de ser herido su noble y patriótico corazon por las mismas balas de los libertadores de su pais y á los cuales pertenecia. Comprendo todo esto, pero no me es posible espresarlo. Los grandes cambios sociales, los grandes cambios políticos nunca se consuman sin grandes sacrificios. El Doctor Cuenca ha sido la víctima sacrificada en holocausto á la libertad de Buenos Aires. ¡Quiera Dios que su sangre derramada, que alimentaba un corazon tan noble y generoso, sea fecunda, y que su alma contemple desde lo alto cimentada en nuestro pais la libertad por la que tanto ha suspirado el Dr. Cuenca durante su vida!

¡Claudio Cuenca, mi amigo, mi maestro! si la tierra vá á cubrir para siempre tus restos humanos, queda el respeto á tu memoria que será eterna en tus amigos y tus deudos!

DELIRIOS DEL CORAZON

FANTASIAS

NOTA DEL EDITOR

Los DELIRIOS DEL CORAZON, compuestos de tres partes que parece han sido escritas en épocas diferentes con los títulos de—*El corazon—La mente y el corazon—Epilogo*—forman un todo perfecto, están sugetos á una síntesis rigurosa en la concepcion y ejecucion, y constituyen una preciosa leyenda, un verdadero *poema* que el autor denomina humildemente *fantasias*.

DEDICATORIA

SR. D. VICENTE GIL.

Mi querido amigo:

Cualquiera persona á quien tenga V. obligada, como á mí, con su galantería y generosidad, tendrá medios que no tengo yo, de corresponder como debe á sus atenciones; porque esa persona regalará una mirada de ternura, una palabra de miel, si es una hermosa; un banquete, si es un afortunado; un favor si es un poderoso, &a; pero yo, que no soy ni hermosa, ni acaudalado, ni poderoso, sino un pobre y pobrísimo diablo, ¿qué regalaré? Claro está que una futilidad, una centena de renglones desiguales, y nada mas; pero reglaré, es decir, manifestaré á mi modo y de la manera que puedo, que agradezco las distinciones con que V. me favorece.

Ahí van, pues, estos pliegos, pequeña ofrenda por cierto, pero la sincera que á su buena amistad ofrecó la de—

Su &a. &a. &a.

CLAUDIO M. CUENCA.

Buenos Aires, Agosto 1. ° de 1847.

EL CORAZON

¿Que corazon es el mio,
Oh Dios querijes los mundos
Con la ley de tu alvedrio?

ECHENERRIA.

Fortuna, destino, Dios,
Oscura, inconstante suerte
Que no alcanza á comprenderte
Ni en la vida ni en la muerte
La mísera humanidad:
Ser escelso y soberano,
Angel, espíritu, arcano
Que contiene en tu mano
La insondable Eternidad.

Tú que del polvo, del humo,
Formaste mundos sin cuento;
Misterio, deidad, portento,
Que ofuscas mi pensamiento
Y abismas mi corazón:
Que hiciste de una mirada
Levantarse consumada
Del vano caos de la nada
La estupenda creación.

A quien llaman reverentes
Las criaturas terrenales,
Los seres angelicales
Y espíritus infernales
Su piadoso eterno Dios:
Yo, ceniza, reptil, hombre,
Que no acierto á darme nombre,
Sin que mi nada me asombre
Levanto hácia ti mi voz.

Tú, Señor, que allá sentado
Sobre los cielos fecundos
Miras los soles y mundos
En los abismos profundos
Revolver bajo tus piés:
Inclina la esclsa frente
Desde tu trono esplendente
Y acoje la voz de un ente
Que no sabe ni aun lo que es.

Tú que pudistes demonio,
Angel, espíritu hacerme,
Y me has hecho un ser inerme
Que no alcanzo á conocerme
Ni comprendo lo que soy:
Polvo, lodo, insecto inmundo
Que tú arrojastes al mundo
Donde me arrastro y confundo
Sin saber á donde voy.

Es preciso por lo ménos,
Ya que misterio me hiciste
Cuando hacerme ángel pudiste,
Que la nada que me diste
Te deba algo, eterno Dios.
Así es que yo, vil gusano
Que no sé de donde emano,
A tí escelso y soberano
Levanto, Señor, mi voz.

Y pues encerrar te plugo
En frágil pecho mortal
Tremendo, loco, fatal,
El mónstruo horrible, infernal,
De mi ardiente corazon:
No le niegues la primera,
La sola, la postrimera
Merced que implora y espera
Mi frenética ambicion.

Yo no te pido, Señor,
Yo no te pido riquezas,
Ni renombre, ni proezas,
Ni magníficas grandezas,
Ni que me hagas inmortal;
Ni que esté sujeto al mio
Del indómito y bravio
Fuerte bruto el poderio,
Ni el imperio terrenal.

Yo no te pido, Señor,
Ni fecunda fantasía,
Ni abstrusa ciencia sombría,
Ni talento, ni poesía,
Ni coronas de virtud:
Ni que el mundo me engrandezca,
Me venere y obedezca,
Ni que el tiempo no envejezca
Mi lozana juventud.

Pues que todo tú le puedes
Y de todo eres Criador,
Yo te pido bien mayor
Como la prueba mejor
De tu infinito poder:
Yo te pido ardiente y vivo,
Grande, volcánico, altivo,
Como lo quiero y concibo,
El amor de una muger.

Sí, Señor, de una muger
Pero mujer como yo,
De aquellas á quienes dió
La mano que las formó
El corazon para amar:
Muger para mí nacida,
Solo para mí venida
Al desierto de la vida
Donde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
Fugaz, transitorio ser,
Angel, prodijio, muger
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya:
Muger que ama y muere' luego,
Cuyo fatídico y ciego
Espíritu, alma de fuego,
Pintado en su frente está.

Muger que cual soy me quiera,
Melancólico, ignorado,
Feo, pobre, desairado
Y cruelmente condenado
A maldecir y llorar:
Hombre oscuro, peregrino,
Que va andando en el camino
De la vida sin destino
Ni vestijio que dejar.

Sí, Señor, de una muger;
Mas de una muger tremenda,
Heróica, audaz, estupenda,
Que el espíritu comprenda
De su amorosa mision;
Muger como yo furiosa,
Frenética, espirituosa,
Grande, loca, portentosa,
Mas que muger ilusion.

Muger como yo capaz
De apreciar todo el fervor
La intensidad y el furor
Con que mi alma del amor
Se abandona al frenesí:
Que no piense ni imagine,
Discurra ni racione
Para amar; que se destine
Ciegamente para mí.

Intima, cruel, prodigiosa,
Cuyo demente heroismo
Me cause espanto á mí mismo,
Capaz de echarse á un abismo
Si yo me sepulto en él;
Que me maldiga y me llore,
Que me aborrezca y me adore,
Que me asesine y devore
Si soy á su amor infiel.

Muger para quien yo sea
El ángel de su ventura,
Su destino, su locura,
Su vida, su sepultura,
Su Lucifer y su Dios;
Hombre, misterio, fantasma
Que la deleita y la pasma,
La estremece y la entusiasma
Y va de su sombra en pos.

Yo no pido en la muger
Que arrebate el alma mía
Ni vetusta gerarquía,
Ni precoz sabiduría,
Ni aun belleza y juventud:
Pero una alma sí tan fiera
Y que á extremo tal me quiera,
Que al universo prefiera,
Si es conmigo, el ataud.

No pretendo que me dé
Cosa alguna que no deba,
Ni de amor ninguna prueba
Tremebunda, rara, nueva,
Romántica y funeral;
Pero sí para probarme
Que respira por amarme,
Que me dé si puede darme
Por mi amor, amor igual.

Vívida, ardiente, rabiosa
Llama voraz del averno,
Maldicion, suplicio, infierno,
Venganza del Dios eterno
Es para mi alma el amor:
Y así, maldicion, venganza,
Suplicio que fin no alcanza
Y amor que el infierno lanza
Quiero el suyo aterrador.

Fiebre ardiente, inextinguible,
Que su existencia envenene,
La devore, la enagene
Y à quererme la condene
Y á llorarme y maldecir:
No sea su amor distinto
Del voraz que quiero y pinto,
Fatal y bárbaro instinto
Que esté obligada á seguir.

Amor á mi amor igual,
Audaz, monstruoso, sin juicio,
Para quien no haya suplicio,
Abismo ni precipicio
Que lo pueda contener;
Placer que la desvanezca,
Deleite que la enceguezca,
La entusiasme y enloquezca
Sin enfriarse ni ceder.

Amor vívido, insaciable,
Amor como el amor mio,
No el amor cobarde, frio,
Maldito, hipócrita, impío,
Que miente el mundo falaz;
Sinó inmenso amor de vate
Que la embriague, la arrebate,
Que la consuma y la mate
Con un incendio voraz.

Ventura de otra ilusion
Que en sueños de amor arrulla,
En la alma de fuego suya
Nunca jamas sustituya
La que en mis labios bebió;
Y su mente entusiasmada
Con mi amor toda ocupada
No encuentre en la tierra nada
Tan precioso como yo.

Memoria de mis amores,
Brillante y eterna llama
Que en su corazon derrama
Delicias del hombre que ama,
Perpétua en su mente esté;
Y en su delirante anhelo
Entre el bello azul del cielo
Y entre las flores del suelo
Se imagine que me vé.

Velado de hermosa nube
Que viva luz centellea,
El ángel de amor yo sea
Que en la dulce embriaguez vea
De sus sueños de ilusión ;
Y á la clara faz del día
La parezca todavía
Que de su alma y fantasía
Delirios de amor no son.

Chispa eléctrica del genio
Que mundos y cielos dore
Y fuego y deleites llore,
Encuentre la que me adore
Manar de mi verso vil;
Y en cada página mía
Beba sedienta á porfía
Con la miel de mi poesía
Veneno de amor sutil.

Línea mágica que rasga
De altos misterios el velo
Y en osado y loco vuelo
De la inmensidad del cielo
Busca atrevida el confin :
Se imagine que mi verso
Como el sol brillante y terso,
Descubre del universo
Las maravillas sin fin.

Blando deleite incfable
Mi tierno canto la inspire,
Cuando ternura suspire
Y á embriagar el alma aspire
Con su néctar celestial:
Y una lágrima amorosa
Como aljófár en la rosa
Surque amable y deliciosa
Su mejilla virginal.

Entre el aura embalsamada,
Que exhalen otros amores,
Eche de ménos las flores
Que mis labios seductores
Saben solo deshojar;
Y en el ala misteriosa
De su pena vagorosa
Vuele su alma silenciosa
Mis supiros á encontrar.

Ménos bella la parezca
Con toda su pompa vana
La risa de la mañana
Que la divinal que mana
Mi lábio de pura miel;
Y sus ojos centellantes,
Insaciables y anhelantes,
A beberla por instantes
Vengan sedientos en él.

Flor marchita sin fragancia
De su tallo desprendida,
En la fiesta mas lucida
Mustios sus ojos sin vida
Si no me encuentran esten;
Y un pesar oculto y vago,
Para su delicia aciago,
Vierta veneno en su alhago
Y en su corazon desden.

Relámpago pasagero
Que sus afectos escite,
Oiga mi nombre y se ajite,
Y se estremezca y palpite
De contento y de pesar;
Y con un suspiro ardiente
Que la traicione inclemente,
De sus lábios juntamente
Vuele abrasado á la par.

Seducion de otros amores
Que estraviado alguno sueñe,
Fiera, altiva la desdeñe,
Y en lanzarla cruel se empeñe
Su anatema y maldicion;
Y en perpetuo desvarío
Yerto esté, solo y vacío,
Si no late junto al mío
Su insaciable corazon.

Realiza, Señor, los sueños
De mi mente enardecida,
Y en la copa de mi vida
Vierte veneno en seguida
Y acervo llanto infeliz:
Que pobre, huérfano, oscuro,
Si encuentro lo que procuro,
Por tu grandeza te juro
Ser el hombre mas feliz.

Realízeme tu clemencia
Los delirios de mi sueño,
Y hazme un solo instante dueño
Del dulce amor alhagüeno
Que suele en mi alma reir;
Y en humo sutil convierte
Los alhagos de la suerte
Que acaso pueda deberte
Mi remoto porvenir.

Y en perpetua noche oscura
Cámbiese la luz del dia,
Y en veneno la ambrosía
Que derrama la poesía
En mis horas de dolor;
Ni mi mente como suele
Por ideales mundos vuela
Ni comprenda ni revele
Los secretos del Criador.

Desvanézcense de mi alma
Las sublimes concepciones,
Las poéticas creaciones
Y las gratas ilusiones
De mis mundos de oropel;
Ni haya aromas en las flores,
Ni sonrisa en los amores,
Ni matices, ni colores
A que dé alma mi pincel.

Todo cuanto yo te debo
Quítame, si te parece,
Que te doy sin que me pese
Cuanto tengo y ennoblece
Los misterios de mi ser;
Y aun renuncio las mercedes
Que piadoso hacerme puedes,
Si por todo bien me cedas
El amor de una muger

En una de aquellas horas
En que el corazón desea
Materializar la idea
De aquella muger que crea
Nuestra mente para amar,
A un joven de alma voltaria,
Poética y visionaria,
De hinojos esta plegaria
Oyósele pronunciar.

LA MENTE Y EL CORAZON

¡Ah malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!
ESPRONCEDA.

I

HOY

¿Qué designio inescrutable
Se habrá propuesto la mano
Que en mi trama deleznable
Sepultó el siniestro arcano
De mi espíritu infernal;
Y entre red de fina gasa
Sujetó con este brío
Que le anima y despedaza,
Este corazón bravío,
Incomprensible y brutal?

¿Qué designio?—Dios lo sabe!
Mas yo siento en mi organismo
Que un infierno entero cabe
Con los genios de su abismo,
Sus congojas y su afan;
Y que el mundo y su grandeza,
La ambicion de eterna fama
Y el volcan de mi cabeza,
Sin romper la frágil trama
De mi pecho, ardiendo estan.

De mi vida impulso ciego
¿Qué es el genio, la poesía,
Y este vórtice de fuego,
Y esta ardiente fantasía,
Que no puedo sujetar?
Y este amor que no se sacia,
Y esta luz que de él chispea,
Y esta cosa que me extasia,
Y este cràter, y esta idea,
Y este eterno batallar?

Estambre de blanda cera
Mi fibra sutil y floja,
¿Cómo encadena esta fiera?
¿Cómo soporta y aloja
La mente y el corazon?

¿Cómo resiste la malla
De mi organismo en la hora
En que la mente batalla
Y el corazón se devora?
¡Profundos misterios son!

Sin embargo ella resiste
Como la caña al Pampero
Cuando furioso la embiste
Con todo el poder entero
De su airada potestad;
Sin ¿qué designio ha tenido
La mano de Dios? yo sepa,
Cuando en mi seno ha infundido
Sin que en su recinto quepa
Esta bárbara ansiedad.

Hallar la luz no me incumbe
De arcano que no comprendo
Por mas que cede y sucumbe
Mi cuerpo bajo el tremendo
Batallar de mi razón:
Ni sé yo quien le conforta
Ciertos ratos tremebundos
En que á su pesar soporta
Como el peso de dos mundos
Los de mi alma y corazón.

¿Cuál es el docto eminente,
Cuál el filósofo, el sabio,
Que de la carne y la mente
Ose explicar con su labio
La alianza que Dios formó?
Y si de sondar desmaya
Misterio que es tan profundo
Y absorta y confusa calla
Toda la ciencia del mundo,
¿Qué extraño es que calle yo?

Así es, pues, que lloro y canto,
Que raciocino y deliro:
De mi propio ser me espanto,
Me compadezco y admiro
Cuando me digo *¿qué soy?*
Frágil arcilla que encierra
Un infierno junto á un cielo,
¿Qué soy yo sobre la tierra?
¿Cómo me encuentro en el suelo?
¿De do vine? ¿Adonde voy?

Negra nube arrebatada
Por el cáos de un torbellino,
¿Qué soy yo?—Misterio, nada,
Ser que marcha sin destino
Ni secreto que explorar:

Hoja seca que del llano
Fuerte pampero arrebató,
Sutil, despreciable grano
De las arenas que el Plata
Sepulta en el hondo mar.

¿De qué me sirve este aliento
Si mi propia fuerza abate,
Ni este corazón sediento
Que contra sí solo late
Furiosamente voraz?
¿De suplicio y anatema!
Pues mi vida está royendo
Maldito y siniestro lema
Que continuo está diciendo
Que de nada soy capaz.

Yo que he visto mi alma un día
Tender sus alas ligeras,
Y aspirar en su osadía
De las nocturnas esferas
A sondar la inmensidad;
Y del tiempo y de la suerte,
Del espíritu invisible,
De la vida y de la muerte
Pensar lo que es imposible,
Aclarar la obscuridad.

Yo que ví en el mundo aério
De mis ensueños floridos,
Obedecer al imperio
De mis fogosos sentidos
Cuanto el cáos oculta en sí;
De aquel cielo de oropeles
Y aquel mundo iluminado
¿Qué me queda? ¿qué laureles,
Qué victorias he alcanzado,
Ni qué estrella descubrí?

Cuando de otros que del Plata
Como yo el licor bebieron
Medio mundo el nombre acata
Porque noble asunto dieron
Sus talentos al buril;
Yo el perdido tiempo lloro
Y á par suya mis creaciones,
Mis hermosos sueños de oro,
Las quimeras y visiones
De mi arrobo juvenil.

Aunque el vivo amor en que ardo
Ya se vé en mi faz marchita,
¿Quién me espera cuando tardo?
¿Quién por mí su sueño agita?
¿Ni quien llora si no voy?

¿Qué simpática mirada
Compensó la ardiente mia?
¿Ni que voz apasionada
Me ofreció la melodía
Del amor que ansiando estoy?

¿Qué recuerdo me consuela
De venturas que no tuve?
¿Qué suspiro hácia mí vuela
Cuando el ¡ay! de mi alma sube
Tras de amor que no gozó?
Solo escucho macilento,
Por los muros repetido,
El triste eco de mi acento
Que me dice en el oído
¿Todos gozan ménos yo !

¿Qué página hermosa y nueva
De mi cabeza ha surgido?
¿Qué pensamiento me eleva
A la altura en que ha podido
Mi cobarde pié pisar?
¿Por qué me arrastro en el lodo
Cuando otros alzan el vuelo
Y no levanto de modo
Mi soberbia frente al cielo
Que la mire en él tocar?

¿Quién contuvo el canto tierno
De mi espíritu abrasado
Pronto á darme el lauro eterno
Con que un tiempo hube soñado
Coronar mi altiva sien ?
¿Por qué el verso heróico y grande
Pereció en mi lábio mismo,
Y mi genio no se expande
Ni desborda el hondo abismo
Que mis ojos siempre ven ?

¿Quièn? . . . Silencio ! es un misterio
Que debe existir oculto,
Quien empaña el fuego aério
De una estrella que sepulto
Tras de lóbrego sendal ;
Fantasma siniestra, horrenda,
Quizá de Dios un castigo
Que me arrastra por la senda
Que contra el impulso sigo
De mi bello instinto ideal.

Si mi alma pudiera al ménos
Tender una vez sus alas,
Y de sentimiento llenos
De propias y hermosas galas
Sus acentos exhalar:

Tal vez que beber pudiera
La luz en su misma fuente
Sin que el rayo la ofendiera
Ni la brillantez ardiente
De aquel fulgoroso mar.

Si pudiera cuando mucho
Tomar de mis sueños de oro
Las dulces voces que escucho
Por un invisible coro
Ternísimas repetir ;
O el eco infernal de trueno
De aquel terrífico canto
Con que de congojas lleno,
De pesadumbre y espanto,
Las horas de no sentir.

No mostrara como nuestro
La frialdad de que hago alarde
Ni del febril voraz estro
Que en mi espíritu siempre arde
Careciera mi laud ;
Ni pasaran como aristas
Que de noche lleva el viento,
Sin ser de los ojos vistas,
Las horas de arrobamiento
De mi briosa juventud.

Lira estéril, ilusoria,
Ya es preciso que te guarde,
Sin la palma de la gloria
Que para alcanzar ya es tarde,
Sin el fuego que apagué :
Pues cambió mi desventura
La fulgente luz de mi astro
En la hedionda lava oscura
De este fango en que me arrastro
Sin mas nombre que José.

Esto dijo, y en el seno
De sus males abismado
Quedó un jóven que vió ameno
Y de luces esmaltado
De su aurora el arrebol ;
Y ahora ve que en la mudanza
De su vida se anublaron,
Que burlóle la esperanza
Y que mustios se apagaron
Los destellos de su sol.

Alma firme que prescinde
Ya cansada de la lucha,
Mas que al hado no se rinde
Porque mística aun escucha
Que le alienta cierta voz ;

Y en la larga lid cruenta
Que mantuvo con su suerte,
Si del campo al fin se ausenta
No venera al brazo fuerte
Que estragúlale feroz.

Arbusto indefenso y tierno
Que de sus galas despoja
La nieve de crudo invierno
Que le quita hoja por hoja
Y una á una flor por flor :
De aquella alma heróica y noble
El vaiven de la fortuna,
Como el huracan al roble,
Ha quitado una por una
Las verduras del amor.

Asi es que en el fondo vése
De su semblante abatido
Que aquel corazon padece
De infortunios que ha sufrido
El mal que le agovia aun ;
Y en el giro de su boca
Que convulsa se comprime
Bien se vé que algo sofoca
Que devora y que reprime
Con esfuerzo no comun.

Buscó al fin en un suspiro
Que voló por la techumbre
De su lóbrego retiro,
Para su honda pesadumbre
Algun rápido solaz ;
Y como hombre sin ventura
Que perdió sus días lozanos,
Ocultó con amargura
En la palma de ambas manos
La vergüenza de su faz.

•

II

MAÑANA

Inquietos, vivos y rojos,
Brillaron ardientes luego
Como dos sierpes, sus ojos,
Que fúlgidas lanza el fuego
De súbita tempestad :
Y á su megilla empañada,
Melancólica y sombría,
Subió como llamarada
Fulminante de alegría
La luz de la idealidad.

Su cabeza electrizada
Se alzó al firmamento erguida
Quizá tras vision alada
Que en el aire aparecida
Por ante su faz cruzó ;
Porque su ojo penetrante
Con vívido y grato anhelo
Giró largo tiempo errante
Como en pos del largo vuelo
De algun génio que pasó.

Su vista no se saciaba
De mirar lo que veía
Y en su frente se pintaba
Del deleite que sentía
La inefable realidad ;
Y sus labios que poco antes
Exhalaban mil sollozos,
Respiraban anhelantes,
Convulsivos y gozosos :
Porvenir . . . Felicidad ! . . .

En aquella faz pajiza
No hay faccion que no se ecsalte ;
Antes túrbia, ahora rojiza,
Brilla tersa como esmalte
Su ya no marchita tez,
Pues no guarda de hondas penas
Huella alguna que la quiebre ;
Laten túrgidas sus venas
Y en su seno arde la fiebre
De una plácida embriaguez.

Mira, y duda si risueña
Verdad es lo que allí mira,
O si solo duerme y sueña,
Y en quimeras mil delira
Su alma ansiosa de placer ;

Mas el vé, por mas que duda
Si lo mira ó la imagina,
Que de flores mil que anuda
Bella corona divina
Le viene un génio á ofrecer.

Nada existe que le estorbe
Contemplar la vision maga
Que su vida entera absorbe
Y en un vértigo la embriaga
De deleite celestial:
Pues de cuanto la rodea
Por solo ella es que percibe,
Aunque allá como en idea,
La conciencia de que vive
Sobre el mundo terrenal.

Aunque en ver error no cabe
Ló que así tan real se mira,
Sin embargo aun él no sabe
Si es verdad ó si es mentira
La existencia de aquel ser:
Mas su espíritu no iluso
Material forma veía
Y aun fluctuaba, en sí confuso,
Si podia ó no podia
En sus mismos ojos creer.

Sobre el pecho entrecruzadas
Ambas manos se convulsan
Cuyas venas azuladas
Con inquieto salto pulsan
Cual las de hombre en frenesí ;
Y al fijar por vez postrera
Su pupila fulgurina
En la sombra lisongera,
Como un genio que adivina
Prorrumpió fuera de sí :—

Aun no es tarde : de la nada
Se forman las tempestades
Que en su furia improvisada
Destrozan de mil edades
Las obras que el mundo alzó ;
Y en el pedestal egregio
Que sostuvo estátua ecuestre
Se alza en vez del busto regio
Otro humilde que demuestre
Que la hora de aquel pasó.

Aun no es tarde : de una chispa
Se forma una inmensa hoguera
Cuyas crueles llamas crispera
Sobre una comarca entera
Cubierta de monte y mies :

Y aunque desolada y triste
Dejóla la ardiente llama,
Con otras flores se viste,
Otra verdura, otra grama,
De la quemazon despues.

Aun no es tarde : que el gusano
Que entre el sucio fango posa
Se transforma en un verano
En pintada mariposa
Con alas de gasa y tul,
Cuyo oríjen vil se olvida
Cuando esparce entre las flores
A la par que gracia y vida
De su espalda los colores
Que pavona el aire azul.

Aun no es tarde : la tormenta
Que al cubrir el Plata entero
Su fealdad siniestra ostenta,
Se disipa de un pampero
Al primer impulso audaz ;
Y la fiera se convierte
Con el tiempo y la constancia
De terrífica en inerte,
Y concluye en arrogancia
La impotencia del rapaz.

Aun no es tarde : del oceano
Por Colon surgió este mundo,
Y á Pompeya y Herculano
Sepultó el betun inmundo
Que produjo una erupcion ;
Y las cumbres de los Andes
Bajo el pié se estremecieron
De aquel grupo de hombres grandes
Que sus nieves derritieron
Con el fuego del cañon.

Yo tambien, un descendiente
De los gigantes de Mayo,
Que ahora recibo en la frente
De aquella vislumbre un rayo
Que ilumina el porvenir :
Rasgando el opaco velo
Que envuelve á la muchedumbre,
Hoy pienso de un solo vuelo
Como algunos á la cumbre
De la eternidad subir.

Ya comprendo, ángel divino,
Que me asistes en la empresa
De luchar con el destino
Que de detener no cesa
Los avances de mi pié :

Ya que en alto fijas tiene
Sus miradas el deseo
De que en todo el mundo suene
La victoria que preveo
Conseguir grandiosa á fé.

Pues no es tarde : que aun del brio
Que fué un tiempo de valía,
Y ahora mismo no está frio,
Daré impulso á la osadía
Como nunca recien hoy ;
Porque siento no sé qué ansia
De abordar una proeza
Que desée desde mi infancia,
Y se abrasa mi cabeza ;
Tengo arrojo y jóven soy.

Aun conservo ardor bastante
De aquel noble que antes tuve,
Para alzar mi voz tonante
Hasta donde nunca sube
Ni el altísimo *Chajá* ;
Y apesar de la honda sima
Que mi marcha, dificulta,
He de poner por encima
De la muchedumbre estulta
Mi preclaro nombre allá.

Quiero montes y bajos,
Altas cumbres resbalosas,
Tempestades, hondos rios,
Maldiciones, grandes cosas,
Escollos dignos de mí ;
Alguna hazaña estupenda
Por ningún mortal ideada
Que alcanzar sin luz ni senda ;
Quiero por fin, todo ó nada,
Si no ha de ser grande así.

Se ha de oír que al fin compite
Con el mismo trueno el eco
De mi acento, que repite
El azul espacio hueco
De la gélida región :—
Cuando el genio que le mueve
La sujeta brida afloje,
Y que justo, como debe,
Contra el crimen vil arroje
Su tremenda maldición.

Se ha de oír de pecho amante
Que el suspiro tierno vibra
Melodioso, agonizante,
Cuando toque yo la fibra
Del amor con languidez ;

Mientras bebo su alma ciega
De deleite, la ambrosía
Que á su ansioso labio llega,
Entre amable melodía
Mas melíflua cada vez.

Se ha de ver brillar sublime
La pupila del guerrero,
Cuando en verso heróico rime
Los prodijios que el acero
De los libres operó:
Monumentos peregrinos
Que he de alzar á la memoria
De mil héroes Argentinos
Cuyos nombres en la historia
Para siempre pondré yo.

Se han de oir grandes verdades
Hasta entónces no sabidas
Por claras capacidades
Y páginas que escondidas
Tiene del tiempo el capuz ;
Y ocultas leyes, misterios,
Fenómenos tenebrosos,
Cuentos risibles y serios,
Verídicos, fabulosos,
Que habré de sacar á luz.

Se han de ver como un prodigio
Descubrirse mil arcanos
Que no han dado hasta hoy vestigio
De existir sobre los llanos
Donde solo yerbas hay :
Y mostrarse maravillas
Que sepultan entre sauces
Há cien siglos las orillas,
Las arenas y los cauces
Del Paraná y Uruguay.

Se ha de ver cruzar el Plata,
Trasmontar el Chimborazo
Y franquearse mi voz grata
Hasta el viejo mundo paso
Por el ancho mar glacial ;
Y arrancar sin mucha pena
Con el fuego y la poesía
De que està desde ahora llena
Mi exaltada fantasía,
Un aplauso general.

Se ha de ver que las de Arolas,
Larra, Príncipe, Espronceda,
No son, nó, las famas solas
Que eclipsar la luz no pueda
Del progreso ideal sin fin ;

Por que alzar desde ahora puedo
Sobre todas la alta mia
Mas allá que las de Olmedo,
De Zorrilla, Echeverría,
Byron, Hugo, y Lamartin.

Lancen ahora los volcanes
Humo y agua, fuego y lava,
Combatan los huracanes
Y como que el mundo acaba
Sepulte á la tierra el mar :
Que yo entre el comun asombro,
Como el serafin perverso,
Templaré sobre el escombro
Del dislocado Universo,
Mi lira para cantar.

Trastornen el cielo y tierra
Sus movimientos y leyes ;
Háganse sangrienta guerra
De los dèspotas y reyes
El rencor y la ambicion ;
Y de Josafá en el valle
La voz del ángel asombro,
El temblor final estalle,
Ciegue el sol, se aterre el hombre,
Y acábase la creacion :—

Que yo pintaré el tronido
Y el caos del último día,
Y del justo y del perdido
La ventura y la agonía
Que deben seguir en pos ;
Pintaré con sus colores
El tumulto y la discordia
De los pobres pecadores,
Pidiendo misericordia
Para sus almas á Dios.

Pintaré la espresion mustia,
Infernal, abominable,
De aquella rabiosa angustia
Con ninguna comparable
Del que pierda el cielo en EL ;
Y la risa tenebrosa
Del universo, maldita,
Siniestra, fria, espantosa
Con que á la turba precita
Recibe en su antro Luzbel.

Pintaré faces tranquilas
Llenas de gozo y confianza,
Inquietas, rojas pupilas
Clavadas en la balanza
Que pese la eternidad :

Y el amor con que recoja
Al hombre, la vírgen madre,
Que á su proteccion se acoja ;
La voz del eterno padre
Y el fin de la humanidad.

Pintaré cuanto posible
Pintar el talento pueda
De amable, de atroz, de horrible
Y algo mas, si es que algo queda
Del universo ademas ;
Y cuando del mundo acabe
Del cielo y del negro abismo
De ver lo que nadie sabe,
He de decir de mí mismo
Cosas no dichas jamas.

Hombres, edades, pasiones,
Desiertos, mares, imperios,
Vida, muerte, corazones :
Ocultad vuestros misterios
Porque á revelarlos voy ;
Ciencias, crímenes, virtudes,
Secretos que el mundo ignora,
Alma, conciencia, ataudes :
Cerrad vuestro seno ahora
Que yo quien lo explora soy.

Valles, colinas, praderas,
Formad en vuestras entrañas
Y perfumad, primaveras,
Garridas flores estrañas
Que no haya en ningun eden,
Y acudid, vírgenes bellas,
Que ya el canto mi alma entona,
A tejer pronto con ellas
La inmarcesible corona
Que debe adornar mi sien.

Al arrobó y eretismo
De aquel cuerpo y aquella alma
Que cegaba el fanatismo,
Se siguió rápida calma
Que quizá vértigo fué ;
Porque al caer súbitamente
Y de angustia como en muestra
La cabeza deficiente
Sobre el dorso de la diestra,
Murmuró : POBRE JOSE !

LUEGO

Espíritu incomprendible,
De quien no alcanzo el misterio,
Que en forma de angel aéreo
Me sigues en derredor ;
¿Quién eres? delirio, arcano . . .
No mas que ilusion risueña,
Que el alma vé cuando sueña
Bellas quimeras de amor

Sombra, génio, acaso vana
Creacion de mi fantasía
Pero que real á fé mia
Siguiendo mis pasos vas :
Eres un sueño dorado,
La vehemenciâ de un deseo,
Eres un ángel que veo
Sin comprenderlo jamas.

En torno de mí volando
Siempre estás en raudal giro
Te encuentro do quiera miro,
Mas y mas angelical:
Quimera, vision, fantasma,
Cualquiera cosa que seas
Yo veo en tí las ideas
Que me inspira un ser mortal.

Forma hermosa del instinto
De amar y de ser amado,
Eres el sueño dorado
De la primera ilusion;
Aquel sueño que dá formas
A nuestras mismas pasiones,
Realidad á las visiones
Y afectos del corazon.

Eres la forma inefable,
Del ser que la mente idea
Cuando en formas se recrea
Para amar un serafin;
La luz de aquel loco anhelo
Que en pos de un amor se lanza,
Eres la grata esperanza
De amar una hermosa al fin.

Consuelo con que el vacío
Del pecho el hombre rebosa
Que en imaginar se goza
El bien que buscando vá,
Mientras halla en el sendero
De su vida la quimera
Que despues hallar espera,
Hoy, mañana, luego, ya.

Partido en sutiles hebras
Que el aura al besar emula;
El negro cabello ondula
Del místico etereo ser:
Cuando á veces me imagino
Ver tendidos al desgaire
Entré las ondas del aire
Los rizos de una muger.

Grato deliquio derraman
En mi alma, dulces y flojos,
Lánguidamente sus ojos
Con su plácido mirar :
Cuando de ternura llenos,
De sentimiento y bochorno,
Los bellos ojos adorno
De la que habréme de amar.

Como nube trasparente
Que con la luz juguetea,
Su albísimo tul flamea
Por entre el vapor sutil :
Si la hermosa me imagino
Que á mis amores se preste
Meciendo la blanca veste
Desde su talle gentil.

Bajando tímida al suelo
Teñida la faz de rojo,
De puro amor y sonrojo
Quita los ojos de mí :
Cuando pienso ver un dia
Luchar trémula y medrosa
Con su vergüenza la hermosa
Que dé á mis ruegos el sí.

Sobre las alas del aura
Se apoya, resbala y mueve
Flecsible, gracioso y leve
Su alígero pié fugaz :
Si pienso mirar la planta
Que apenas las flores pisa
Y rápida se desliza
Por sobre el trípe á compas.

Dulcísimo acento mi alma
De su hálito blando aspira,
Cuando al trinar de mi lira
Mezclados mis ayes van ;
Y mientras sus blancas alas
Mi ardiente cabeza velan,
Suavísimos versos vuelan
De mis labios sin afán.

Si quiero flores, el aire
La forma mágica asume
Y el vaporoso perfume
De matizado jardín ;
Y si fiestas y alegrías
Y algazara resonante,
De mis ojos por delante
Me exhibe loco festín.

Si quiero versos, me canta,
Si reposo, me dá sueño,
Si amor, el mas alhagüeño,
Si muger, una beldad :
Conmigo llora, si lloro,
Si velo, conmigo vela,
Si viajo á mi lado vuela
Como custodia deidad.

Del campo sobre las flores
Que matizan la verdura,
Del monte entre la espesura,
Del Plata sobre el cristal :
En todas partes la veo,
Cual de noche sola estrella
Luciente, fúlgida, bella,
Como una vision ideal.

Del ancho salon suntuoso
Que suave perfume exhala,
Entre la pompa y la gala,
La ternura y el desden ;
Lindísima, espirituosa
Y oscureciendo á las bellas,
Como el sol á las estrellas,
Está mi vision tambien.

Si de hombres y siglos, quiero,
Que orlaron su sien de gloria,
Saber la remota historia
Que, niño, contar oí :
En un bello cosmorama
Me muestra del tiempo el fondo,
Y estudio, comparo y sondo
Hombres y siglos allí.—

A su voz se entreabre el cielo,
La tierra se trasparente,
El tártaro se presenta,
Sus abismos abre el mar ;
Y en el caos de la conciencia,
Y en el tiempo venidero,
Y en el universo entero
Puede mi alma penetrar.

Portentosa luz viviente
Superior á cuanto crea
El delirio en que se idea
Poder tanto como Dios :
¿ Quién anima tus colores ?
¿ Quién dá formas á tu nada ?
Angel, genio, espíritu, hada,
¿ Cómo existes ? ¿ Quién sois vos ?

¿ Acaso mi ángel custodio ?
¡ Necio de mí ! . . . fantasía,
Locuras que el alma mia
Durante su fiebre vé ;
Visiones que en el espacio
Forma el vértigo alhagüeño
De aquel delicioso sueño
Que llena al hombre de fé !

Corazon que crée y que duda,
Alma que alcanza y oscila,
Mente que sabe y vacila,
Ojo que mira y no vé ;
Fusion de verdad y engaño,
De creencia y pirronismo,
Es la imágen de un abismo
La existencia de JOSE.

Salida á veces del pecho,
Del aire á veces formada,
Entre real y entre soñada
¿ Escuchado quién no habrá
Mística voz sin sonido,
Que no sabe de do viene,
Que por ilusion se tiene
Siendo efectiva quizá?

Angel, génio, estrella, númen,
Y á veces fuerza sin nombre,
Tiene una entidad todo hombre
De inteligencia precoz;
Que es la luz de su existencia
Y el oráculo de su alma
De quien en la interna calma
Suele percibir la voz.

Tal uno armónico escucha
Con sus miras un acento,
Que ingenuo llama portento,
Y es la voz de su ambicion ;
Tal otro, lucientes rayos
Vé partir de luz sagrada,
Y que de su fé exaltada
Meteoros fúlgidos son.

Alguno el mandato cumple
Que le dan místicas voces,
Que son las ansias feroces
De su sanguinaria sed ;
Y cuando de noche aterran
Su conciencia los delitos,
Oye gemidos y gritos
Salídos de la pared.

Otro marcha por la huella
Que fulgente luz clarea,
Y es la antorcha que se idea
Su insensata vanidad ;
Otro llora y se lamenta
De que le ata fuerza aérea,
Y es la fuerza la miseria
De su propia nulidad.

Uno sigue amiga mano
Que le guia y acaricia,
Y esa mano es su avaricia
Su egoismo sórdido es ;
Otro á un genio que es el ocio,
Otro al ciego amor sin juicio,
Otro al crimen, otro al vicio,
Y los mas al interes.

Otros . . . Basta ! Todos siguen
Lo que tienen por su sino,
Que es en vez de un ser divino,
Su misma organizacion ;
Destino, fortuna, suerte,
¿ Qué son ? Vaciedades, nombres ;
Los hados son de los hombres
La mente y el corazon.

Sin duda que como todos
Los hombres de inteligencia,
De un alma en la efervecencia
Este vé grata vision ;
La misma que escarneemos
Los que no tenemos ratos,
Ni deliquios, ni arrebatos
De bella alucinacion.

Nosotros los que pensamos
Que aleja de Dios al hombre
Una inmensidad sin nombre
Colocada entre los dos ;
Cuando hay horas inefables
De inspiracion y locura,
En que la humana criatura
Se acerca al trono de Dios.

Horas llenas, indecibles,
Que cada una un siglo vale
Y en que del cuerpo se sale
El principio animador;
Horas, sí, que es imposible
Que Dios mismo no fecunde,
Porque en ellas se confunde
Con la criatura el criador.

Horas . . . Basta ; las del genio,
Que él no mas sabe sentir las
Y que no hemos de vivirlas
Los de espíritu vulgar ;
Banquete espléndido y sacro
Al que asistir no podemos
Los profanos que no habemos
En la frente un luminar.

¿ Quién puede ver lo que miran
Los ojos de agena mente ?
¿ Quién predecir lo que siente
El pecho que mudo está ?
¿ Qué ha visto de raro este hombre ?
Luces, fantasmas, figuras,
Espíritus . . . ; Conjeturas !
Mas, cosa grande es, quizá.

Como rayo esplendoroso
Que al bajar las nubes dora,
Cruzó de luz alguna hora
Por la vida de JOSE :
Y como al trastorno sigue
Del torbellino, la calma,
La efervescencia de su alma
De quietud seguida fué.

SIEMPRE

Dichosos los hombres son
Que tuvieron la fortuna
De recibir en la cuna
Un alma y un corazón
Capaces de inspiración,
De luz, de sublimidad,
De fuego y de idealidad :
Astros bellos aunque raros
Que van mostrando cual faros
El puerto á la humanidad.

Atalayas que caminan
Allá, como en descubierta,
Por esa zona desierta
De secretos que examinan
Y tinieblas que iluminan ;
Cuyo génio penetrante
Camina siempre adelante
De todo el género humano,
A quien llevan de la mano
Como el ayo al tierno infante.

¿ Tendran acaso algo mas
Que no tenemos nosotros ?
¿ Por qué hemos de andar los otros
Mal que nos pese, detras,
Delante de ellos jamas ?
Merced á impulso divino,
Genios son que hacen camino
Tan á prisa como van
Las nubes que un huracan
Arrastra en su torbellino.

Masa eléctrica, viviente,
Cuyo mecanismo interno
Es la imágen de un infierno
Que lanza cual rayo ardiente
Sobre la creacion la mente,
Que aunque al organismo unida
Mal puede tener cabida
En la càrcel de su pecho
Cuando acaso la es estrecho
Hasta el campo de la vida.

Masa eléctrica, viviente,
Sin tipo, modelo ó norma,
Que tiene de hombre la forma
Y de serafin la mente ;
Mistion rara y sorprendente

De polvo y de luz aérea,
De espíritu y de materia,
En cuyo seno los dos
Se confunden, hombre y Dios,
Heroicidad y miseria.

Masa eléctrica, viviente,
Que mueven místicos muelles,
Confusas, secretas leyes ;
Mística alma inteligente,
Asombrosa, omnipotente,
Cuyo aliento inagotable,
Solo al de Dios comparable,
Está en su taller interno
En un movimiento eterno
De actividad perdurable.

Dichoso el hombre de fuego
Y sentimiento esquisito
Cuyo espíritu infinito
Voló al cielo desde luego
Que sintió el impulso ciego
Que le llama á esa region
De luz y divinacion ,
Donde tienen su dosel.
Todos los hombres como él
De idealidad y pasión.

Ser que vas sobre la tierra
Enhiesto, arrogante el cuello
Y en su forma impreso el sello,
Que de hombre el emblema encierra,
Pero que de interna guerra
De intenso y hondo vivir
No se acierta á distinguir
Profunda huella en tu calma
¿ En la tuya como en mi alma,
Se siente un volcan hervir ?

¿ Por qué en tu frente pulida
La honda señal no se advierte
De aquel suplicio de muerte
De aquella ansia indefinida,
Que es el manjar de mi vida ?
¿ O acaso, mas cauto, vas
Dejando siempre detras
Dias tranquilos, serenos ;
O tienes algo de menos,
O yo tengo algo de mas ?

¿ Sientes tú, cual siento yo,
Hervir dentro un no sé qué
Que bien distinguirle sé,
Mas saber su esencia nó ?
Talvez ángel que infundió

O algun demonio, entre mí,
Este estraño frenesí,
Este infierno y este cielo,
Este volcan y este hielo
Que estan batallando aquí.

Cuando velan la cabeza
Silencio y oscuridad,
¿Quién no sabe qué es verdad,
Que si una existencia cesa
Otra bellísima empieza?
No son del sol ni del dia
Propias la luz y alegria ;
Pues tiene la oscuridad
En su sombra claridad
Y en su silencio armonia.

Hay almas que siempre velan
Aunque al parecer dormitan,
Cuyas pasiones se agitan
Y en tumulto se rebelan
Contra el reposo que anhelan :
Y que ya cuando las doma
El sueño que siempre asoma
Ven de su prisma al traves
Que en la sombra hay brillantez
Y en el silencio un idioma.

Cuando solo en noche umbría
Sobre el lecho se reposa,
¿Quién en formar no se goza
Algún fantasma que ría
En su inquieta fantasía ?
Que aunque muchos, sin razón,
Lo miran como ilusión,
Hay otros de ardiente númen
Para los que vida asumen
Y algo más que ensueños son.

Cuando mi mente tranquila
Hallar objetos no piensa,
Entre la tiniebla densa
Que la oscuridad apila,
Sobre mi quieta pupila
Viva, veloz, inconstante,
Viene, estáse, gira errante,
Aquí en círculo, allá en cruz,
Mágica sierpe de luz
Que dura rápido instante.

Bello es ver como aparece,
Sin que sepa yo de donde,
Como se muestra y esconde,
Agoniza, nace, crece,
Sube, baja, desaparece,

Y en la oscuridad, distinta
Como fulgorosa cinta,
Forma místicas figuras
De mil raras cataduras
Que en la opaca sombra pinta.

Ya es luz que lenta se estiende,
Ya veloz, fúlgida chispa,
Ya rayo azul que se crispa,
Ya relámpago que enciende
Las negras nubes que hiende ;
Y cual mágico portento
Que asombra mi pensamiento,
Se multiplica y reparte,
Que en mil y en ninguna parte
Está en el mismo momento.

Si entonces al pecho asalta
La idea que me electriza,
Mi mente se volcaniza,
Mi fiebre eterna se exalta,
Y la oscuridad se esmalta
Del iris con los colores
Y transparentes vapores,
No sé de donde salidos ;
Y trinan en mis oídos
Gilgueros y ruiseñores.

Entónces del aire vago
En el ámbito sombrío
Ostento mi poderío :
Y como espíritu mago
Divinos prodigios hago
Y estraños portentos veo,
En que me estasio y recreo,
Como en su delirio el loco,
Y aunque su evidencia toco
Su evidencia apenas creo.

Llamo y vienen á mi acento
Demonios y serafines ;
Miro y veo los confines
Del lejano firmamento,
Y reuno en mi aposento,
Como en un fiel cosmorama
En que el tiempo se derrama,
De todos los siglos juntos,
Los vivos y los difuntos
A quiénes mi labio llama.

Patanes y trovadores,
Batallas y galanteos,
Procesiones y torneos,
Juglares y emperadores,
Con sus tiempos y colores,

Si un acento de mi boca
De la nada los evoca,
Llegan vivos en tropel
A hacer ante mí el papel
Que en mi mundo ideal les toca.

Vence Alejandro en Arbela,
Milciades en Moraton,
Y en pos de Aníbal, Scipion
De Roma á Cártago vuela ;
Allí en Lepanto debela
Don Juan el de Austria al Bajá,
Taric á Rodrigo, acá ;
Y en el remoto confin
Cortez á Guatimosin
En Otumba, mas allá.

Aquí sonda el mar Colon,
Las estrellas Tolomeo,
La circulacion Arveo,
El pensamiento Platon
Y los derechos Zenon :
Allí á Hipócrates y á Horacio,
A Ciceron y á Bocacio,
A Justiniano, á Virgilio,
A Homero, Plinio y á Ovidio
De contemplar no me sacio.

Ya el Etna su cima ostenta,
Ya el Chimborazo è Himalaya,
Ya el Vesuvio el fuego estalla
Del volcan en que se asienta ;
Ya el Topopaxí revienta,
Ya Sahara tiende su arena,
O ya del Niágara atruena
La estupenda catarata ;
Aquí se enfurece el Plata,
Allí esta Merin serena.

Unas veces repentinos
De entre los aires serenos
Melífluos, raros, amenos,
Oigo de acentos divinos
Los sentidísimos trinos,
Y al compas de su armonía
Llenas de estro y melodía
Bellas canciones y endechas
Por algun espíritu hechas
Suspira la lengua mia.

Otras el ronco alarido
De algun tumulto violento,
Y otras del nocturno viento
El monótono silvido
Chillante, agudo y seguido ;

Ya trompetas y clarines,
Ya el aullido de mastines
Ya repiques, ya voceos,
Y ya incesantes gorgéos
De alondras y colorines.

Del silencio en el sociégo
Ya escucho la cantinela
Del fino amante que vela,
Ya una risa, ya un reniego ;
Ya la demanda de un ciego,
Ya un piropo, ya un pregon,
Un gloria, una maldicion,
Una batalla, un entierro,
Una orquesta y un cencerro,
Una orgía y un sermon.

Grande cosa es ver y oír
En su estancia sola, oscura,
Cuanto el alma se figura
Pueda ó no pueda existir ;
Grande cosa es ver surgir
Cuando en silencio profundo
Mis vivos sentidos hundo,
Como místico portento,
De la sombra un firmamento
Y de la quietud un mundo.

Por entre sutil cortina
De filiplateada grana,
De perfumada mañana
La incierta luz diamantina
Pisando flores camina ;
Y allá entre el albo espumage
Bordado de oro y encaje,
De su gala haciendo alarde,
Va recojiendo la tarde
Su magnífico ropaje.

Cruza rápido la sombra,
De blanca luz como un riego,
El fátuo, pálido fuego,
Que porque su mente asombra
Maligno el vulgo le nombra ;
Y cruzan precitos entes,
Y brujas y penitentes,
Murciélagos y lechuzas,
Y entre las sombras confusas
Brillan luces fosforentes.

Cruzan valles y colinas,
Arroyuelos y cascadas
Y jardines y enramadas
Torcaces y golondrinas ;
Y las auras matutinas

Mecen ledas y amorosas
Sobre los lírios y rosas,
Del pintoresco verjel,
Los aljófares de miel
Que beben las mariposas.

Un cristiano reta á un moro,
Y una bruja al diablo llama ;
Un galan canta à su dama,
Y un judio cuenta su oro ;
Reza un fraile, charla un loro,
Ladra un perro, canta un gallo,
Piensa un docto, duerme un payo,
Y despues del chichisveo
De un celoso galanteo,
Finge una dama un desmayo.

Nubes, soles, sombras, viejas,
Gemidos, danzas, festines,
Demonios y serafines,
Jueces, reos, horcas, rejas,
Anécdotas y consejas,
Riqueza y mendicidad,
Suplicios é impunidad
Ofrecen al alma mia
El silencio en su armonia
La luz en su oscuridad.

Mas siempre plácida y bella,
Siempre gentil y agraciada,
Hay una imagen dorada
Que sobre todas descuella,
Como entre otras grande estrella
Que anonada en derredor
Todo brillo su esplendor ;
Siempre etérea y luminosa,
Perfumada y vaporosa,
Y es la imagen de mi amor.

Allí está la hermosa, allí,
Con abandono y donaire
Flameando su velo al aire,
Menos cuidosa de sí
Que de contemplarme á mí ;
Allí está pura y divina
Como el alba cristalina,
Y en su frente un amor veo
Cual lo anhela mi deseo,
Cual mi mente lo imagina.

Allí está su amable risa
Mas graciosa que la aurora,
Allí su voz seductora
Que el corazon electriza ;
Allí tímida, indecisa,

La mirada incierta vaga
Con que mi existencia embriaga ;
Allí está flecsible y suelta
Su linda cintura esbelta,
Allí está por fin la maga.

Allí juega movedizo
Sobre el albísimo seno
Alto, palpitante y lleno,
El abandonado rizo
Que el aura al besar deshizo ;
Allí, sensibles y flojos,
Están sus lánguidos ojos ;
Allí está su frente ideal,
Su modestia angelical
Y sus tímidos sonrojos.

Allí en lid con el rubor
Su corazon loco y ciego
Está respirando fuego,
Allí están su almo candor
Y su ternísimo amor.—
Y allí en el espacio nace
Cuanto se me antoja y place :
Porque es á veces mi mente
Como Dios omnipotente
Que de la nada un mundo hace.

Grande cosa es para el triste
Corazon que algo desea,
Poseer aunque en idea
Lo que real en él existe ;
Grande cosa es ver que inviste
Vida y luz la nada quieta :
Grande cosa es que sujeta
La ventura ú mi alma esté,
Y por fin, dijo JOSE,
Grande cosa es ser poeta !

V

YA

En vano mis ojos los ojos buscaron
De aquellas visiones de luz que esmaltaron
Las noches febriles que amores soñé ;
En vano mis ojos, chispeando poesía,
Mostraron el fuego que en mi alma encendía
La grata hermosura que acaso encontré ;

Pues siempre impasibles, serenas, tranquilas,
Jamás en las mías sus bellas pupilas
Bebieron sedientas la fúlgida luz ;
Pues nunca mis ojos, locuaces, prolijos,
Y siempre en los suyos inmóviles, fijas,
Formaron con ellos simpática cruz.

¡ Ah ! cuántas quimeras de amor y ventura
Doraron en mi alma de tierna hermosura
Los ojos que acaso cayeron en mí !
¡ Y en cuantas miradas, frenético y ciego,
De gozo embriagado vivísimo el fuego
Por otro prendido, yo necio bebí !

¡ Yo, sí, como nadie, la hiel he apurado
De ver con ajenos del ángel amado
Los ojos divinos jurándose amor!
¡ Yo, sí, que pudiera pintar el martirio,
La muerte pausada, la angustia, el delirio,
Que abrasan el pecho do brama el rencor !

¡ Yo, sí, que he apurado cuanto hai de precito
Y horrible en la pena y el odio maldito
Que acosan la vida que amor no endulzó !
Yo, sí, que he tenido la bárbara suerte
De ver de una en otra la irónica muerte
Que á todas mis dichas Satan preparó !

Ambigua memoria maldita y querida,
Odiosa y amable, de muerte y de vida,
Que endulzas y amargas mi angustia y solaz :
¡ Por qué no te puedo borrar de mi mente
Y mal que me pesa te tengo presente
En todas mis horas de muerte y de paz ?

Los hondos recuerdos de vida pasada
¡ Qué son ? desengaños : si hermosos, son nada ;
Son flores que pierden temprano su olor ;
Si amargos, la marca que deja una herida,
Parásito insecto que en la alma se anida
Nutriéndose á espensas del mismo dolor.

¡ Mas bien que no hubiera gozado el instante
Fugaz de ilusiones, de amor delirante,
Y eléctrico arrobó que ansié con afán !
¡ Mas bien que no hubiera probado mi labio
La gota de néctar ! lo dijo ya un sabio
Que en pos de las risas las lágrimas van.

¡ También yo he gozado ! también tuve un día
De amor ; uno solo ; sobrado sería
Si hubiera aquel ángel tenídome amor !
¡ Si hubiera locuras ! un ente sin nombre,
Un ser sin modelos, un ángel, yo un hombre
Disculpa mi mente su extraño rigor.

De Mayo una noche serena y helada
Mis ojos seguían la danza animada
Que á impulsos jiraba del rítmico son,
¡ Qué cuadro es hermoso de vida y poesía
El baile, la moda, la luz, la armonía,
Y el aura fragante de un régio salón !

Todo es allí etéreo, fantástico, mago ;
Todo es entusiasmo, pasiones, halago,
La música, el canto, la danza, el placer.
Oh ! cuánto fascina la ambúrica sala
Do cruce vibrátil el traje de gala
Que ondula en el talle de esbelta muger !

¡ Oh ! cuál la fragancia suavísima iguala
Que en ondas la veste balsámica exhala
Que cruza volando la atmósfera azul !
Y ¡ oh ! cuántas fantasmas lindísimas crea,
Jugando en el aire do vuela y flamea,
La leve mantilla de albísimo tul !

¡ Oh ! cómo allí loca la mente divaga,
Y en dulce deleite y ensueño se embriaga
Perdido entre el ruido del grato tropel !
Y ¡ oh ! cuánto prestigio la gracia allí asume
Del lujo, las flores, la luz y el perfume,
Que fórmanla en torno brillante dosel !

¡ Bello es que la vista devore anhelosa
La gracia hechicera de hermosa en hermosa,
Como ave que el néctar absorbe en la flor !
¡ Bello es que encontrados de alguna los ojos
De pronto iluminen modestos sonrojos
Las castas mejillas que adorna el pudor !

¡ Bello es que un aliento se mezcle á otro aliento,
Y un labio del otro que aspire en el viento
La risa inefable que supo esprimir ;
Que un alma de la otra se abraza en la llama,
Y el pecho inocente del ángel que se ama
Que bajo la mano se sienta latir !

Bello es que á un halago de amor atrevido
Se advierta de un seno mármóreo el latido
Que el tul trasparente mal puede ocultar ;
Y que un imprevisto suspiro que vuela
La mal disfrazada zozobra revele
Que el púdico labio se empeña en negar.

Bello es que cual nube de nieve que vuela,
Se espanda en el aire la albísima tela,
Que ondula en el talle que oprime el corsé ;
Y allá en sus revueltas y alíjeras ondas,
Que se halle entre espumas de encajes y blondas
La forma elegante de un mórbido pié.

Bello es que tras una beldad otra pase,
Y absorta la vista los grupos abrace,
Que cruzan festivos danzando en redor ;
Bello es que la esbelta cintura circule
Ternísimo el brazo, y el labio module
Palabras que escucha temblando el pudor.

Bello es el bullicio, la risa, la broma,
Las flores que exhalan balsámico aroma,
Y aquel del espacio fragante vapor !
Bello es el tumulto, la paz, la alegría,
Las luces que ciegan los ojos del día,
Y el todo que inspira poético amor !

Bello es aquel vago deleite inefable,
Que el alma sedienta respira incansable
De aquella invisible y etérea beldad:
Bello es aquel todo falaz, vaporoso,
Bello es, como el sueño de un niño dichoso
Que créese en los brazos de maga deidad.

Fantástico cielo, cuya aura embellece
Aun la árida vida de aquel que obedece
Al crudo designio de un hado feroz ;
¿Quién es el que al ménos por tí no se olvida
Que arrastra en el cieno su mísera vida
Cediendo al mandato de mística voz?

¿Quién es el que triste sin luz ni camino,
Doblado so el peso de oscuro destino
Dirige entre sombras su mísero pié,
Que luego que aspira tu mágica brisa
No sueñe que en lo hondo del tiempo divisa
La luz de una aurora que plácida vé?

¿Quién es el que en tu aura no busca el olvido
Del tiempo en que acerbo su llanto ha bebido,
Y afanes, y angustias, y muerte con él?
Merced á tu bello, risueño semblante,
Se olvida, á lo menos brevísimo instante,
Que el mar de la vida sumerje el bajel.

Oh! cuántos pesares que á solas se lloran
De aquellos que el alma del hombre devoran
Y oculta cuidadoso risueño antifaz,
Permiten que al cabo la vida se espanda
De aquel que á tu estrado concurre en demanda
De una hora risueña de olvido y solaz!

¿ Quién hai que en tu cielo no vió alguna estrella
Vibrar en su aurora la luz que destella
La chispa primera que lanza el amor?
¿ Quién hay que no os deba recuerdos risueños,
Sonrisas, amores, dorados ensueños,
Y arrobos febriles de grato estupor?

Tambien á tu mágia la debo las horas
De fiebre y locura, de amor, seductoras,
Que en mi alma dejaron eterna impresion :
Manjar de mis noches de dicha y de duelo
En que amo y detesto, que duermo y que velo,
Que pido venganza y otorgo perdon.—

Allí entre tu mago vapor oloroso,
Allí entre tus risas, tu gala, tu gozo,
Allí entre tus luces, tu amor, tu embriaguez ;
Allí seductores, simpáticos, flojos,
Hallé con asombro los mágicos ojos
De un ángel, el mismo que sueño tal vez.

Volando á mi frente sentí desde luego
Subir llamaradas de súbito fuego,
Arder mi cabeza, mi sangre abrasar :
Y raudas centellas de luz, fulgurinas,
Eléctricas, vivas, lanzar mis retinas,
Y de ambas mejillas las chispas brotar.

Sentí, como trueno que hubiera en mi oído
De pronto estallado su horrendo estampido,
De todo el infierno las furias rugir ;
Y en un arrebato de fiebre y demencia,
Partirse mi cráneo, fluctuar mi existencia,
Y el cuerpo convulso temblar y crugir.

Sentí que mis sienes vibrantes pulsaban,
Que el aire, las fuerzas, la luz me faltaban,
Que ardía en mi sangre fugaz frenesí ;
Sentí como un cráter mi mente que hervía
Radiante de fuego, de luz, de poesía,
Y mundos, infiernos y cielos en mí.

Sentí. . . . que imagine si puede algun hombre
De infiernos y cielos un caos que le asombre,
Y apenas la imágen será del que ví.
Sentí. . . . ni yo sólo : ni puede mi labio,
Que no es ni con mucho filósofo y sabio
Decir los prodigios que entonces sentí.

La música, el canto, la fiesta seguían,
Y siempre los grupos bailaban, reían,
Y siempre el contento reinaba do quier ;
Las flores lanzaban lo mismo su aroma,
Lo mismo seguían la danza y la broma,
Lo mismo el asombro llenaba mi ser.

Después de un momento también yo danzaba,
Los rápidos pasos mi afán redoblaba,
Movía algún genio mi alíjero pié ;
Mi vida radiante de anhelo y de gozo
Al tiempo acusaba de tardo y moroso :
Confuso ante el ángel hermoso llegué.

Mis ojos buscaron sus ojos, no en vano,
Mi aliento su aliento, mi mano su mano ;
Mi brazo su brazo de nieve rodeó :
Sus castas mejillas entónces rogearon,
Entónces sus nervios crispados vibraron
Y entónces su pecho de amor palpitó.

Palabras entónces mi labio manaba
Que un genio al oído, de miel, me dictaba,
De asombro, de gozo, de fuego, de amor :
Y entónces mi loco febril desvarío
Sentí que á su pecho pasaba del mío
Y en él mi entusiasmo, mi mismo furor.

Sus venas hervian, quemaba su aliento ;
Su faz que buscaba frescor en el viento
Ardia en el fuego del mutuo volcan ;
Comunes nos eran el mismo martirio,
El gozo, el anhelo, la fiebre, el delirio ;
Comun la zozobra, comun el afan.

Opuestas pasiones en su alma luchaban,
Inciertos sus ojos errantes giraban
Pidiendo á los cielos auxilio quizá ;
Su espíritu en vano tenerse quería,
La voz de sus labios absortos huía
Y el aire y las fuerzas faltábanle ya.

Como alma que idea, brilló con luz rara
Cual nunca inefable la frente de Sara
Que al suelo modesta despues se inclinó :
Y trémulo entónces su acento espirante
Me dijo : *Te quiero !* Veloz, fulminante,
Un vértigo hermoso mi vida eclipsó.

Techumbres, cabezas, tapices rodaron ;
Las teas su claro fulgor apagaron,
Debajo mis plantas la tierra osciló :
Y de albas coronas de fuego esplendente,
De estrellas y chispas de luz fosforente
De pronto aquel cielo falaz se pobló.

La música, el canto, la danza cesaron,
La fiesta, el tumulto, las risas callaron
Y todo tranquilo quedó en rededor ;
Mi espíritu en solo su dicha embebido
Del mundo, del cielo, de todo abstraído,
No vió mas que á Sara, su dicha, su amor.

Amor tremebundo, sin forma, sin nombre,
Amor como nunca lo tuvo algun hombre,
Sin fin, sin modelos, sin leyes, sin par,
Juréla en sus manos : el solo, el eterno,
Volcánico, horrible, que anhela el infierno
De mi ansia insaciable y horrenda de amar

Acéptolo, dijo : los cielos se abrieron,
Su gloria, sus genios á mí descendieron
Y un siglo al oirlo de encantos viví :
Y el rostro de Sara, de Sara ya no era,
Sinó el de la maga, del ser, la hechicera,
Que está en todas partes en frente de mí.

¡ Oh Dios ! qué deleites ! . . en la aura ambrosía,
Perfume en la nada, y en todo armonía,
Sonrisas, hechizos y glórias gocé :
Ventura, placeres, deliquio halagüeño,
Aun dudo si fuisteis un vértigo, un sueño, .
O si era yo entónces el mismo José.

Oh! sí, verdad era : la hermosa allí estab
La no conocida beldad que adoraba,
Por cuyo sendero marchaba yo en pos :
Era ella, la misma, la sombra, la Dea,
La misma que amaba mi mente en idea,
El ángel, la maga, la imágen de Dios.

Al fin la quimera que en sueños veía,
Mortal y terrestre la forma asumía,
La gracia y acento de aquel serafín ;
Y el único, el solo, y el íntimo anhelo
De todas mis ansias, el sueño, el desvelo
De mi honda existencia, sacióse por fin.

La noche plegaba su negro ropage,
La aurora entre nubes de nácar y encaje
Su frente de záfir y perlas mostró ;
Y un hombre radiante de estraña alegría
De aquel paraiso salió con el dia
Absorto en su dicha, y *ese hombre era yo!*

ENTÓNCE

Cuando el alma su memoria
 De su íntimo amor no aparta
 Y sus abismos se harta
 De contemplar y medir ;
 En la expansion generosa
 Que agranda nuestra existencia,
 ¿Quién no escuchó en apariencia
 A una vaga voz decir :

Es la vida—del que no ama
 Una llama—sin fulgor,
 Y la vida—del que adora
 Una aurora—de esplendor.

Bebo aromas que en los aires
 Algun génio distribuye ;
 Armónica el aura bulle
 Sobre mi abrasada sien :
 Y sobre el tapiz florido
 Del llano espacioso y vago,
 Platea el cristal de un lago,
 Sonríe el fragante eden :

Que es la vida—un cosmorama
Si nos ama—una muger,
Donde mira—nuestra anhelo
Tierra y cielo—florecer.

Mi mente febril y loca
A quien el deleite expande,
No siendo espinoso y grande
Mira el placer con desden ;
Y dichosa se contempla
Si entre el bien y el mal oscila,
Si se estremece y vacila
De la fortuna al vaiven.

Porque pienso—que es la vida
Desabrida—sin pasion ;
Sin zozobras,—sin dolores,
Sin amores—ni ambicion.

Cuando pienso que hay un ángel
Que el destino me depara,
Y que ese ángel es mi Sara,
Siento mi cerebro hervir ;
Y la creacion sonrío,
Empavónase y florece,
Y la aurora me amanece
De un dichoso porvenir.

Porque en suma—de la vida
La querida—es como el sol,
Que las almas—entristece
Si oscurece—su arrebol.

Oh ! mil veces y mil otras
Venturoso aquel, que si ama,
Tiene nombre, gloria, fama,
Y laureles que ofrecer !
¡ Y que no haya puesto el cielo
De mí espíritu en la esfera,
Algo heróico que pudiera
Mi ambicion acometer !

Porque al cabo—¿qué es el hombre
Cuyo nombre—no sonó ;
Ni una linea—de la historia
Su memoria—eternizó?—

Pláceme mirar que pinta
El cristal de mis amores,
La creacion con los colores
De su mágico pincel ;
Y en la nada del espacio,
Pláceme mirar que crea
De mi amor la hermosa idea
Paraisos de oropel.

Y ay ! de aquel—cuitado y triste
Que no asiste—á ideal festin ;
Y no puede—enloquecerse,
Ni volverse—serafin !

Una aurora nacarada
Es mi existencia futura ;
Tenebrosa noche oscura
La que acabo de pasar ;
Allá todo es risa y gloria,
Todo allá placeres mana,
Que abrillanta y engalana
Mi naciente luminar.

Y ay ! del pobre— que no alcanza
Lontananza—á distinguir,
Cuando es nada—lo presente
Sin un riente—porvenir.

Cuando escucho que inefables
En las auras, en la nada,
Los acentos de mi amada
Júranme fidelidad ;
Mira el mundo con enfado
De mi gozo el poderío,
Y la vida con desvío,
Y la muerte con frialdad.

Y ay! del pobre—que no bebe
Fuego y nieve—sin temblar;
Y no espone—sus contentos
A los vientos—del azar.

Cuando el bien se ha conseguido
Que la eterna dicha labra,
¿Qué supone que se entrea
Un abismo bajo el pié?
Pues la vida es carga odiosa
Para quien mal la soporta,
Y la muerte poco importa
Para quien dichoso fué.

Y ay! del que—cuitado y triste
Sobreexiste—al bien ó al mal,
Que ha dejado—eternamente
En su mente—una señal.

Imágen de aquellos ojos
Que en mi memoria devoro,
De aquellos ojos que adoro,
Ven, luminosa, á hermosear
Las memorias esmaltadas
De aquel embriagante día
Que hierve en mi fantasía
Como las olas de un mar.

Porque un sol—es la hermosura
De tan pura—claridad,
Que hasta el cielo—nos encumbra
Cuando alumbra—su beldad.

Hora, oh tú, la que de Sara
Viví ¡oh Dios! en la presencia,
Vales toda una existencia
Tumultuosa de fragor;
Y ¡oh! cuál ávidos devoran
Mis voraces pensamientos,
Insaciables y sedientos,
Tu recuerdo encantador!

Porque un páramo—es la vida
Que no anida—inquieto afan ;
Y un jardín,—la que se anima
Y sublima—en un volcan.

¡Cómo se goza mi mente
Cuando sus alas desata,
Y de la Pampa y del Plata
Recorre la inmensidad ;
Y de ellos absorta no halla
En el abismo insondable,
Nada igual, ni aun comparable,
De su amor á la entidad.

Porque mi alma—se dilata
Mas que el Plata—en su ilusion,
Y en los fines—de la Pampa,
Allí estampa—su impresion.

Sentimiento indefinible,
Grande y nímio, cruel y tierno,
Perecedero y eterno,
Cual idéntico no hay dos :
¿ Con qué impenetrable y vasto
Designio, que en vano sondo,
De mi espíritu en el fondo
Te puso el dedo de Dios?

Porque tu eres—un infierno
Sempiterno,—horrible, cruel,
Del que apura—el cáliz lleno
De veneno,—acíbar, miel.

De tus ojos, bella Sara,
La vívida y grata idea
Es una luz que clarea
Del aire en la vaciedad ;
Y ¡ oh ! cómo al fulgor del astro,
Que su hermosura desprende,
Mi mente atrevida hiende
El cáos de la eternidad !

Y es por ella—por quien me hago
Angel, mago,—serafin ;
Por quien surco—del abismo
De mí mismo—el mar sin fin.

Siempre viendo estoi en mi alma
Arder tu faz en sonrojos,
Sin atreverse tus ojos
A mirarme de rubor ;
Cuando mas pura que el alba,
Mas hermosa que la aurora,
Te pinta mi mente en la hora
En que escuchaste mi amor.

Porque tras—de lo que anhela.
Siempre vuela—el corazon ;
Y á do quiera—que se vaya
Allí le halla—la ilusion.

Mundo, vida, dones vanos
Fuéranme sin este fuego
A que con placer me entrego
Por mi bien y por mi mal ;
Porque soy de aquellos locos
Que se labran precipicios,
Cuyos gustos son suplicios
En el órden general.

Y ay! de aquel—que en su cordura
Mi locura—despreció ;
Y el deleite—del martirio
Por delirio—reputó!

Allá en tu fulgente cielo,
Como una estrella perdida,
Oh mente, de mi querida
Solo la imágen me dés ;
Que el amor trae el origen
De su fin, consigo mismo,
Y el olvido es un abismo
Que el tedio le abre á los piés.

Y ay! de aquel—que en lo que sueña
Se desdeña—*gozo* haber,
Porque gusta—su miseria
La materia—en el placer!

Ríe ahora en tu alborozo,
Pensamiento iluminado,
Por las noches que has pasado
De tiniebla y soledad ;
Que hasta el llanto que he vertido
Y en mi vida el odio encona,
El amor se lo perdona
De mi síno á la crueldad.

Porque es propio—de alma noble
Que no doble—la cerviz ;
Y de pecho—que se expande
Ser tan grande—cual feliz.

Suspensa entre dos afectos
Estás desde hoi, alma mía,
Si puede alma que no es fría
Estar suspensa entre dos ;
Porque tu vaiven amante
Entre dos amores para,
Entre el de Dios y de Sara,
Entre el de Sara y de Dios.

Que es amor el solo,—el mismo
Egoismo—el alma vé,
Del que vive—enamorado
Y es amado—cual José.

VII

DESPUES

Era una noche de estío :
La luna que llena estaba
En las gotas del rocío
La brillantez imitaba
Del topacio y del cristal.
Leda y tímida la brisa,
Que fresca humedad arroja,
De flor en flor se desliza,
En cuyos cálices moja
De sus alas el sendal.

Era un jardín que dormía
Mientras un hombre velaba,
Que noche á noche venía
Y noche á noche cantaba
Bajo del mismo balcon :
Siempre el mismo es el asunto
La hora, el sitio, el gozo y pena ;
Siempre el mismo es el conjunto,
Solo varía en la escena
Noche á noche la canción.

Todo está quieto y dormido
En aquella estancia sola ;
Duerme el pájaro en el nido,
El perfume en la corola
Y en el capullo la flor ;
Duerme la yerba en el suelo,
Duerme el álamo en la altura,
Y hasta el tranquilo arroyuelo
Que entre las flores murmura
Inspira grato sopor.

Esquivo se vé y sereno,
Allá entre la luz incierta,
De noble magestad lleno
Como guardian que está alerta
Un solitario ciprés ;
Y de cuando en cuando vése
Que su tenebrosa sombra
Pausadamente se mece
Sobre la fragante alfombra
Que circuye su alto pié.

Colúmpiase perezoso
Al soplo del viento leve
El follage tembloroso
Que lentamente se mueve
De un sauce que en medio está ;

Y viva, inquieta, inconstante,
La luciérnaga serpea,
Cuya luz blanca espirante
En la oscuridad clarea
Tan pronto aquí como allá.

Durmiendo estan silenciosas
Sobre el cáliz de las flores
Las inermes mariposas,
Que tal vez en sus amores
Deben risueñas soñar ;
Mientras aturde el oído
Sin que se sepa de donde,
De una chicharra el silvido
Que para cantar se esconde
Sin saber en que lugar.

Oyese sordo murmurio
Confuso, solemne, vago,
Como misterioso augurio
De algun accidente aciago
Que debiera suceder ;
Y era acaso el solo viento
Que en la arboleda lejana
De noche imita el acento
De remota voz humana
Que no se puede entender.

Cuando mas quietud reinaba
Se oyeron sonar las doce ;
Y al hombre que allí aguardaba
Venir con cautela vióse
Allá entre la media luz ;
Que no quiere ser notado
Ya se advierte en su mesura,
Pues viene bien disfrazado
Y de opaca tela oscura
Cubre su espalda un capuz.

De cuando en cuando salía
Su negro bulto á mostrarse,
De cuando en cuando volvía
A perderse y á enseñarse,
A detenerse y marchar ;
Ya se vé por lo que mueve
La planta cuidosa y leda
Que previsor no se atreve
De una tupida alameda
La densa sombra à dejar.

Ya se le vé que atraviesa
Como un relámpago el claro,
Ya se encorva y endereza,
Ya busca abrigo y reparo
Como astuto cazador ;

Cruza calles y glorietas,
Balaustradas y emparrados,
Pasa estátuas y mazetas,
Abre puertas y enrejados
Sin el mas leve rumor.

Del alto y blanqueado muro
Donde descansa su dueña
En lo mas solo y oscuro
Hizo misteriosa seña
La guitarra que punteó ;
Y como hombre venturoso
Que todo lo ha conseguido,
En su semblante radioso,
Sublime, etéreo, expandido,
Profundo placer mostró.

Algun amor romanesco
De esos íntimos, malditos,
Que en lenguaje pintoresco
Solemos hallar escritos,
Debe su vida agoviar ;
Porque el trueno, el viento, el frio,
La lluvia del crudo invierno,
Ni el calor del seco estio
Hicieron el canto tierno
Con sus rigores cesar.

Algun amor de esos pocos
Incomprensibles, que aterran ;
Amores horribles, locos,
Que completamente encierran
Toda la existencia en sí :
Porque ha de faltar primero
La sombra á la noche oscura,
Que de aquel hombre severo
La vigilante figura
No se halle á las doce allí.

De esos amores que suelen
Tenerse por fantasía
Porque para muchos huelen.
A romances y á poesía,
A ficcion y á idealidad ;
Y que son pasiones reales
A que está el alma sujeta
De algunos hombres fatales
Que se ven como un cometa
De tiempo en tiempo es verdad

De esos amores que muchos,
No digo tontos ni viejas,
Sinopreciados de muchos,
Reputan como consejas
De fantástica creacion ;

Y que otros que han estudiado
La vida y muerte en sí mismos,
Sin sorpresa han encontrado
Su evidencia en los abismos
De su propio corazón.

De esos amores portentos,
Terremotos de la vida,
A par que tiernos sangrientos,
Sin nombre, forma, medida,
Ni vallados, ni virtud ;
Cuya febril existencia
Llena de terror al mundo,
Y acaban en su demencia
Por hundirse en lo profundo
De un prematuro ataud.

De esos amores sin freno
Que son del cielo anatemas,
Para quienes nada hay bueno
Sinó estas dichas supremas,
Su querida y su puñal ;
Que al crimen siempre caminan,
Como el crimen al presidio,
Y por lo común terminan
Por buscar en el suicidio
Pronto remedio á su mal.

De esos amores sería
Cuya anhelacion roente
Le dá á la fisonomía
Esa espresion imponente
De profunda intimidad :
Porque en su ademan fogoso,
Su mirada ardiente, incisa,
Su cútis seco y rugoso
Y en su inquietud se divisa
Su devorante ansiedad.

Muchos dias, si ha llorado,
Muchos tambien ha reido,
Y si ahora mucho ha gozado,
Antes mucho ha padecido
Segun lo prueba su faz ;
Porque allí se advierten huellas
De antigua melancolía,
Que se ocultan tras de aquellas
Que retratan la alegría
De su presente solaz.

A su plácida ventura
Que pedir no tiene nada,
Ni al amor, ni á la hermosura,
Porque amado de su amada
Hoy dichoso es por demas.

¿Qué mas quiere?—Lo que quiso :
Siempre amor, siempre caricias,
Siempre deleite y hechizo,
Siempre embriaguez y delicias
De que no se harta jamas.

Echó en torno una mirada
Circunducta y cautelosa
Por la estancia sosegada,
Y á la reja de su hermosa
Con satisfaccion pulsó.
Sus facciones espresaron
Toda la dicha y contento
Que su existencia embriagaron
En el plácido momento
En que á media voz cantó :

“ Abismo de amor ardiente
Que para abrasarme absorbes
Todo el fuego de los orbes
Que iluminan la creacion :
Lleve un rayo de tu hoguera
Hasta el corazon que adoro
Esta ansiedad que devoro,
Esta insaciable pasion.

“ Proscribe del pecho que amo
Todas otras simpatías,
Como ha proscrito las mias
De tu furia el frenesí;
Y en la hermosa que idolatro
Tan intenso amor despierta,
Que esté para todos muerta,
Solo viva para mí.

“ Llena de ansia sus vigiliás
Y sus noches de desvelo;
Hazme su infierno y su cielo,
Y su solo meditar;
Corre hirviendo por sus venas
Y haz de modo que se estasié,
Que me adore y no se sacie
Mis cariños de gozar.

“ De su hermosa vida empañá
Los albores en la aurora
Y deshoja hora por hora
De su frente alguna flor;
Y tan fría indiferencia
Por todo otro amor la infunde
Que su entera dicha funde
En ser yo su eterno amor.

“Llene yo tu vida, Sara,
Como llenas tú la mía;
Sea yo tu fantasía
Como tú eres mi ilusion!”

.....

Abrió la ventana un hombre,
Diciendo: “José, es bastante!”
Y el cantor gritó: “¡Su amante!
¡No me amaba! . . . ¡Maldicion!”

Quedó en silencio la escena
De todo rumor humano;
Parece que nada suena
Despues que el eco lejano
Del edificio cesó,
Que en sus paredes musgosas
Repitió de un cuerpo el ruido,
Que sonó sobre las losas,
Y era el que hizo sin sentido
El de José que cayó.

La misma luna seguía,
La misma quietud reinaba,
El mismo viento bullía
Y el todo lo mismo estaba
Que antes del canto, despues ;
Sigue andando el arroyuelo,
El jardin sigue tranquilo,
Sigue bonancible el cielo,
Sigue lo mismo el sijilo,
Cuando el reló dió las tres.

Entónces rechinó el quicio
De una puerta que entreabrieron,
Y en el blanco frontispicio
Poco á poco aparecieron
Los negros bultos de dos ;
Y se oyó que uno decía :
“ Adios, Sara, hasta mañana ! ”
Y que el otro respondía :
“ A las doce, en la ventana ; ”
Y un segundo y mútuo adios.

VIII

AYER

Mientras el adiós se daban,
Y el abrazo, cita y beso
Los dos amantes cambiaban,
Abrumado bajo el peso
De su mal está el cantor,
En el aposento humilde
De una casa triste y pobre
Pero sin tachæ ni tilde,
Que aunque el fausto no la sobre,
La sobran virtud y honor.

Siempre quieto y sosegado,
Siempre de la paz asilo,
Siempre modesto y callado,
Siempre inocente y tranquilo
El tal gabinete fué ;
Jamás en él se sintieron
Batallar las tempestades,
Ni en su recinto rugieron
Rencores ni enemistades,
Venganzas ni mala fé.

Mas hoy todo está distinto,
Todos cambiados sus usos,
Porque en su calmo recinto
Hoy se oyen gritos confusos,
Agitacion y tropel ;
Y al traves de sus cristales
Y su mal cerrado quicio,
Suenan voces desiguales
Y tumultos y bullicio
Bien desusados en él.

Oyense largos aullidos,
Estruendosas carcajadas,
Confusos ayes, gemidos,
Voces mal articuladas
E intérvalos de quietud ;
Oyense distintos ecos,
Distintos tonos de voces,
Ya melodiosos, ya secos,
Ya melífluos, ya feroces,
Cual los de una multitud.

Oyense mezclarse á veces
Reniegos con oraciones,
Fervientes, lánguidas preces,
Con votos y maldiciones,
Y el reir con el llorar :

Y otras veces la armonía
De un trozo de hermosos versos,
Con la infernal gritería
De chicharras y de escuerzos
Que se ponen á cantar.

Escúchanse contusiones
Que contra el muro se estrellan,
Que parecen de escuadrones
Que se chocan y atropellan
Segun retumba el fragor :
Crugen puertas y ventanas,
Se rompen mesas y sillas,
Se sienten las otomanas
Hacerse trizas y astillas
Bajo un brazo destructor.

Calla á veces el estruendo
Para volver mas agudo,
Mas sostenido y tremendo,
O mas retumbante y rudo,
Como el golpe de un batan :
Ya son muebles que se tumban,
Ya instrumentos son que trinan,
Ya son cosas que retumban,
Ya metales que rechinan,
Ya cuerpos que golpes dan.

Pero siempre se distingue
Entre el fragor un acento,
Que si alguna vez se estingue,
Es para volver mas cruento
A votar y maldecir:
Acento que canta y llora,
Que amenaza, pide, ruega,
Que exorcisa, jura y ora,
Suplica, manda, reniega,
Y está en continuo rugir.

Muchas veces se interrumpe
Quedando la estancia muda,
Y muchas otras prorrumpe
Pidiendo al infierno ayuda,
Pidiendo á Satan poder:
Pídele de su antro horrendo
El suplicio y las angustias,
De sus ecos el estruendo,
De sus crueles noches mustias
El jamas amanecer.

Y de abajo de la tierra
Oyese que le responde
Una ronca voz que aterra
Sin saberse quién, ni en dónde,
La pronuncia tan feroz;

Y es acaso disfrazada
Que remeda á la distancia
De una voz desenterrada
La lejana resonancia,
Su finjida y misma voz.

Y otras veces lastimera,
Pide amparo, entre sollozos,
A la corte toda entera,
Y á los seres venturosos,
Que rodean á Jesus ;
Y despues que un rato aguarda
Invoca al santo del dia,
Llama al ángel de su guarda,
Llama á José y á María
Y al que pereció en la cruz.

Y otra voz melíflua y suave
Perfumada de armonía,
Como el canto de alguna ave,
Desde lo alto respondía:
Valor y paciencia ten!
Y entonces se oyen lamentos
De despecho y de congoja,
Y votos y juramentos
De alguno que en tierra arroja
Del pobre aposento el tren.

Debe ser grande, sin duda,
La rabiosa pesadumbre
Que de tal manera muda
La pacífica costumbre
De aquella mansion de paz ;
Y en efecto, es la venganza
Que promueve un desengaño
Que en su frenesí se lanza
Hasta saciar en su daño
Su propio rencor voraz.

Es un huracan que estalla
En un corazon fogoso,
Es el amor que batalla
Contra el perjurio afrentoso
De una adorada muger ;
Es la rabia, es el encono,
Es la venganza, es la ira,
Es el mortal abandono
Que hace un hombre que delira
De toda ley y deber.

Es la furia incontrastable
De un alma celosa, que ama,
Es una sima insondable,
Que se enfurece y que brama
Con asordante estridor ;

Es la amargura sombría
De mil burlados anhelos,
Es una lenta agonía,
Es la furia de los celos,
Es la muerte del amor.

El nudo sutil se ha roto
Que las potencias ordena,
Que las pone valla y coto,
Armoniza y encadena,
Y mantiene en justa union :
Porque la iracunda fiebre
Que en aquella alma combate
Es mui natural que quiebre
Y poco á poco desate
Los lazos de la razon.

En aquel momento se halla
De furor y de amargura,
En que como un trueno estalla
De los celos la locura,
De la rabia el frenesí ;
En que el corazon domina
La mente que no vaguea,
Porque se abate y se inclina
Y está absorta en una idea
Que no puede echar de sí.

Placeres, risas, creaciones,
Armonía y colorido,
Esperanzas é ilusiones
En un cráter se han hundido
Para nunca mas surgir ;
Y de aquel mundo esmaltado
Perenne, esclusiva y sola
La memoria le ha quedado
De aquel agravio que inmola
Para siempre el porvenir.

Aquella alma no campea
Como un tiempo por el orbe ;
Ni preciosos entes crea,
Porque vívido la absorbe
Un pesar abrumador,
Que si echar de sí resuelve
La infeliz no lo consigue,
Porque mal su grado vuelve,
Porque mal su grado sigue
Mas y mas aterrador.

La esperanza en desaliento,
La vehemencia en abandono,
En congojas el contento
Y el afecto en negro encono
Ha cambiado el desamor ;

Ni hay risueña lontananza,
Ni programa de ventura,
Ni hay remedio, ni esperanza,
Ni poesía, ni hermosura
En el alma del cantor.

Ya no tiene aquella vida,
Ni embeleso, ni eretismo ;
Para siempre está perdida,
Para siempre en un abismo
De ansiedad se sumergió ;
Para siempre terminaron
Sus canciones seductoras,
Para siempre se acabaron
Del amor las dulces horas
Que feliz gozar pensó.

Solo quédale una idea,
Tiene solo un sentimiento,
Que no puede, aunque desea,
Desechar su pensamiento
Ni su firme voluntad ;
Tenaz y hondo, que la asombra,
Como la conciencia al reo,
Como al matador la sombra
Del cadáver yerto y feo
Que le acusa sin piedad.

Afecto bárbaro, fuerte,
De profunda rabia y tedio,
Que pide venganza á muerte
Como el único remedio
Que mitigue su rencor :
Y que un resto de ternura
Que en aquel corazon queda
Enfrena su saña dura
Y á su despecho le veda
Entregarse á su furor.

Y entónces luchan y rugen
Sus afectos encontrados,
Entónces convulsos crugen
Sus miembros empalizados
Por rigidez varonil ;
Y entónces su infamia mide,
Y entónces su acento truena,
Y entónces venganza pide,
Y entónces la rabia llena
Su sangre de amor febril.

Entónces brama y vocea,
Se despedaza y se mece,
Y entónces aquella idea
Que le roe y le enloquece
Le devora el corazon ;

Y entónces algo le oprime
Como un mundo sobre el pecho,
Y entónces maldice y gime
De impotencia y de despecho,
De vergüenza y confusion.

Entónces en su garganta
Algo el dolor acumula,
Que del pecho se levanta,
Que le ciñe, le estrangula
Y le quiere sofocar ;
Y entónces veloz golpea
El corazon tembloroso,
Y entónces brama y pateo,
Y entónces como un furioso
Se empieza á despedazar.

Ni puede ser de otro modo,
Porque en su mente está viendo
Su cruel desengaño, todo
Lo que ha tenido de horrendo,
De falso, pérfido y truhan :
Allí vé, sin duda alguna,
Detras de la enorme reja
La claridad de la luna
Que ilumina una pareja
Que son Sara y su galan.

Allí mira con envidia
Sus manos entrelazadas,
Y que á cual de dos mas lidia
Por mezclar en sus miradas
Mas ternura y mas fervor :
Allí junto á la una el otro
Se estan jurando ternura,
Y él subido está en un potro
Bebiendo hiel y amargura,
Temblando de ira y furor.

Allí mira que circula
Junto al uno el otro aliento,
Allí vé que no simula
Ninguno su arrobamiento
Sinó que lo siente real :
Allí los mira halagarse
Satisfechos é indulgentes,
Y que él no puede lanzarse
A herir con uñas y dientes
Aquella fusion cordial.

Allí mira la ventura
En que su rival se embriaga,
Allí mira la dulzura
Con que su amante lo paga,
Con la suya, su pasion ;

Para aquel, placer, encanto,
Indulgencia, fé sincera ;
Para él, ignominia, llanto,
Dureza firme y severa,
Vergüenza y humillacion.

Para aquel, cariño ciego,
Abnegacion y vehemencia ;
Y para él, frialdad, despego,
Anatema, indiferencia
Y desdeñosa aversion :
Para el uno, toda risa ;
Para el otro, toda frío ;
A uno acaricia y hechiza,
Y á otro trata con desvío,
Esquivez y prevencion.

Allí mira que se tocan
Y no puede separarlos,
Allí ve que le provocan
Y no puede castigarlos
Con la muerte del puñal ;
Allí ve que hacer alarde
De su amor los dos procuran,
Allí mira, aunque ya tarde,
Que constante amor se juran
Su querida y su rival.

Ellos gozan cuando él llora,
Ellos ríen cuando él gime,
En ellos la dicha mora,
En él el pesar oprime
Mas y mas su corazón :
Allí sus encantos magos
Entre ambos Amor reparte ;
Allí cambian sus halagos,
Allí quedan cuando él parte
Cerrando tras sí el balcon.

Aquella angustia indecible,
Aquella muerte de muertes,
Aquel parasismo horrible,
Para el que no hay pechos fuertes
Ni bien sólida razon ;
Aquel furor de los celos
Debió agotar su existencia,
Porque subió hasta los cielos
En un raptó de demencia
Una horrible maldicion.

Cambió de pronto en sosiego
El tumulto y algazara,
Desde que tronó el reniego
Que el siempre amante de Sara,
El pobre José lanzó :
Y al traves de la juntura
De la entreabierta ventana,
Débil, cristalina y pura,
De la naciente mañana
La primera luz entró.

ANTES

Ya la ciudad generosa
Cuyos hijos y caudales
Por los prados y arenales
De medio Sud derramó :
Cuando del mundo en presencia
Con su sangre y con su ciencia
Libertad é independencía
A cinco naciones dió ;

La ciudad de los recuerdos,
De los hombres y hechos grandes,
Que mostró desde los Andes
Su magnífico pendon ;
La ciudad que se batía,
Que marchaba, que vencía,
Cuando el sol recién nacía
De la actual generacion ;

La ciudad de las memorias,
Del valor y bizarría,
La ciudad de la poesía,
La ciudad del porvenir;
La ciudad que no se espanta
De mirar bajo su planta
La formidable garganta
De todo el Plata rugir ;

La ciudad cuya grandeza,
De sus vates por el coro,
Se ha cantado en liras de oro,
Que inspiró la libertad ;
La ciudad de los guerreros
Generosos, que primeros
Empuñaron los aceros
A la voz de la igualdad ;

La ciudad de bellos fastos,
La ciudad de larga historia,
La ciudad de eterna gloria
Ya bullía en confusion ;
Buenos Aires en pié estaba,
De su lecho se lanzaba,
Porque el sol ya iluminaba
Su simbólico blason.

Ya sus calles y sus plazas
Empezaban á agitarse,
Su ambicion á alimentarse,
Sus deseos á nacer ;
Y su activo pensamiento
A seguir severo y lento
El preciso ligamento
De lo de hoy con lo de ayer.

Y el bufete que poco antes
En amor y en odio ardía
Sosegado ahora yacía
En silencio sepulcral ;
En silencio el aire entraba,
En silencio penetraba
Por los vidrios de luz flava
Del albor matutinal.

Y ya cuando entrado el día
Pudo verse mas distinto,
Un confuso laberinto
Que era el cuarto se encontró ;
Y de aquella noche inmensa,
Noche loca, noche intensa
De agonía y de vergüenza,
La honda huella se notó.

Bien se advierte que han luchado
Dos pasiones contrariadas,
Dos tormentas encontradas,
Dos demonios entre sí;
Dos rabiosos torbellinos,
Dos opuestos remolinos,
Que han cruzado sus caminos
Y pugnado largo allí.

Porque todos sus adornos
Traza tienen poca ó mucha
Del combate y de la lucha
Del afecto y del rencor ;
Y en su efecto ya se advierte
Que reñida, odiosa y fuerte,
Esa lucha ha sido á muerte
Como entre odio y entre amor.

Y en todas partes se nota
De alguna iracunda mano
El odio súbito, insano,
Que la enloqueció quizá ;
Porque rotos á porfía
Están cuadros, sillería,
Velador, escribanía,
Mesa, tapete y sofá.

Rotos están los espejos,
Rotos los trages y telas,
Rotos mecheros y velas,
Rotos alfombra y cojin ;
Rotos bustos y retratos
De sabios y literatos,
Rotos vasos y aparatos
Y todo roto por fin.

Por tierra yacen estantes,
Mapas, globos, infinitos
Impresos y manuscritos,
Y el reló y el ajedrez;
Y pliegos garabateados,
Y versos mal concertados,
Que han sido despedazados
Y pisoteados despues.

Se ven cadalsos y cruces,
Geroglíficos, roturas,
Y horrendas caricaturas
Pintadas en el tapiz
Con rayas, hoyos y puntos,
Que muestran en sus conjuntos
De vampiros y difuntos
Un diabólico matiz.

Se ven magas inscripciones,
Palabras bárbaras, raras,
Corazones, manos, caras,
Horcas y tumbas en él;
Incendios, asesinatos,
Culebras, mochuelos, gatos,
Demonios y garabatos
Y el mismo cóos de Babel.

Y de la revuelta mesa
Todo el tren desordenado,
El tintero derramado
Y fuera de él el sendal;
Lucíferos, cigarreras,
Targetas, sellos, tijeras,
Cortaplumas y carteras,
Y sobre un Cristo un puñal.

Y de una cama modesta,
Por la tormenta pasada
Tambien rota y destrozada,
Sobre el blanco cobertor,
Ni desnudo, ni vestido,
Ni despierto, ni dormido,
Yace de espaldas tendido
El miserable cantor.

Un rayo de luz sombría
Que entrámbas mejillas baña,
La espresion siniestra, estraña,
De su semblante hace ver ;
La espresion indefinida,
Torva, horrible, desabrida,
De un tormento que intimida
Y hace el alma estremecer.

Los párpados entrecabiertos,
De lívida sombra orlados,
En el fondo sepultados
De las órbitas se ven ;
Y al traves de su abertura
Se deja inmóvil y dura
De las cuencas en la hondura
Ver la pupila tambien.

Hundidas están y enjutas,
Arrugadas y amarillas
Las sienes y las mejillas
Sombreadas de lividez ;
Y exánime y macilenta,
Sudada y pulverulenta,
De un cadáver representa
Todos los signos la tez.

Y el cabello reventado
Sobre la frente caído,
Y el desgarrado vestido,
Y el cuadro que está en redor;
Y las manchas azuladas,
Las uñas ensangrentadas
Y en sus carnes dibujadas,
Harto prueban su furor.

Y al traves de tantos cambios
Como en su faz se han impreso,
Está el origen espreso
De su desventura aun ;
Porque algo hai que en ella pinta
Con cabalística tinta,
La imágen viva y distinta
De una pasion no comun.

Pintados estan en ella
Desengaño y esperanza,
Certidumbre y desconfianza,
Sosiego y anhelacion;
Y aquella sonrisa fría,
Y aquel luto y alegría,
Y aquella calma sombría,
Que muestra de celos son.

Allí se nota la imágen
De aquella congoja muda
Del alma que siempre duda
Y acecha una falsedad;
Y aquella rabia sedienta,
Eterna, insaciable, lenta,
De que vive y se alimenta
De los celos la ansiedad.

Allí la espresion se nota
De aquel desabrido ceño,
Rencoroso y halagüeño,
Inquisidor y sagaz ;
Y aquella angustia roente,
Y aquella calma aparente
Que á todos los ojos miente
Del rubor el antifaz.

De cuando en cuando se escapa
De aquel pecho comprimido,
Un lamentable gemido
Lacrimoso y funeral:
Que es apenas de que anida,
Poco menos que estinguida,
Alguna chispa de vida
La única y sola señal.

Vencido por sus pasiones
Rendido à su propio brio,
Sin voluntad ni albedrio,
Ni dominio sobre sí :
Allí una víctima se halla
Del contraste y la batalla
Con que alguna vez estalla
Del amor el frenesí.

Allí por su propia fuerza,
Por su encono y egoismo,
Allí por su arrobo mismo
Postrado se vé el amor ;
Y allí en su volcan se abrasa,
En su misma red se enlaza,
En su ira se despedaza
Y se abisma en su dolor.

Esa imágen descarnada
De la interna y viva guerra,
Esa víctima que aterra
La mente del que la vé ;
Ese hombre insensible y yerto,
Que ni está vivo, ni muerto,
Ni dormido, ni despierto,
Ese infeliz es José!

NUNCA

Luz invisible y divina,
Ocultada tras de la frente,
Nuestro sendero ilumina
Desde el cérebro la mente
Que es de Dios emanacion;
Y del seno en lo profundo,
Para su inquietud estrecho,
Por el camino del mundo
Nos conduce desde el pecho
La antorcha del corazon.

Imagina, forma, idea,
Sonda de Dios los misterios,
Anima seres y crea
Cielos y mundos aërios
Nuestra mente espiritual;
Y ama, desea, aborrece,
Teme, duda, profetiza,
Se regocija y padece,
Se previene y simpatiza
El corazon material.

Impulsiones singulares
Que labran nuestro destino,
Como dioses tutelares
De la vida en el camino
Del hombre los puso Dios ;
Y de su mística alianza,
Y de su présaga estrella,
Lleno de fé y esperanza,
El hombre sigue la huella
Que le iluminan los dos.

Misteriosamente unidos
Por inescrutable nudo,
Comprender con sus sentidos
Hasta hoy el mortal no pudo
Su inaveriguable union ;
Sin obstar que entre sí mismo
Sus emociones se pasen,
Y al traves de su organismo
Se correspondan y enlacen
La mente y el corazon.

De la mente, juicio, ideas ;
Del corazon, odio, amores :
Aunque de distintas teas
Parecen sus resplandores
De una sola proceder ;

Pues van tan acordemente
Al mismo fin de consuno
Que el corazon y la mente
Parecen no ser mas que uno
Solo indivisible ser.

Desde el nebuloso oriente
De nuestro pristino dia,
El corazon y la mente
Por una idéntica via
Siguen un rastro comun ;
Y con fausta ó negra suerte,
Segun le place al destino,
A las puertas de la muerte
Por idéntico camino
Llegan acordes aun.

En las angustias del alma,
En sus risas é ilusiones,
En la tormenta y la calma
De las ardientes pasiones
Vá de la una el otro en pos ;
Y en lo quimérico y cierto,
En lo ideal y lo posible,
En lo vivo y en lo muerto,
Lo formal y lo risible,
Siempre van juntos los dos.

Alguna vez, aunque rara,
Se interrumpe su armonía,
Y entónces en guerra para
La pristina simpatía
Que no se vuelve á entablar ;
Y es entónces la existencia
Un largo, horrendo suplicio,
Desde que no hay connivencia
Entre el deseo y el juicio,
Entre el querer y el pensar.

Así aunque no quiere piensa,
Por mas que pensar no quiere,
Si entre dos bienes suspensa
Por ambos el alma muere
Que juntos no puede haber ;
Porque el corazon batalla
Contra la mente de hielo,
Y su pasion avasalla
Su conveniencia á su anhelo
Y á su afecto su deber.

Y el alma á su turno apila
Sus racionios de nieve
Sobre el corazon que oscila
Entre no amar, como debe,
Y entre, como quiere, amar ;

Porque el corazon á veces,
Como que no piensa que ama,
Toma del amor las heces
Si de la mente la llama
No le viene á iluminar.

Algunas veces sucede
Que el pecho de un amor huye,
Que arrojar de sí no puede
Por mas que contra él arguye
Cuanto es posible argüir ;
Y otras veces sin embargo
Que suspiran juntamente
Por el desamor amargo,
El corazon y la mente
No lo pueden conseguir.

Así en el cantor burlado,
Que en sus entrañas encierra
Un amor desesperado,
Estan en continua guerra
La mente y el corazon ;
Guerra atroz, desconocida,
Que tiene en la mente el foco
Y que del amor la herida
Quiere curar poco á poco
Por cálculo y conviccion.

En él la razon resiste
Lo que el corazon adora ;
Cuando el corazon insiste
Entónces la mente llora
Su afectuosa ceguedad ;
Porque ambos á dos pretenden
Tener la razon mas pura,
Así es que los dos defienden,
El corazon su ternura
Y la mente su frialdad.

Cuando el corazon repasa
La historia de su contento,
La mente en seguida traza
La imágen de aquel momento
De desengaño y furor :
Porque mientras sobreviva
De aquella noche un indicio,
Han de hacerse guerra activa
El corazon contra el juicio,
La mente contra el amor.

El corazon, brioso, amable,
La mente, tranquila, adusta,
Se hacen guerra perdurable
Porque á ella ese amor no gusta,
Porque á él ese amor gustó ; .

Y miéntas de entrámbos, uno
No acabe por ser primero,
No habrá de ceder ninguno,
Pues si el pecho dice, quiero,
La mente responde, nó.

Cuando de sonrisas llena
Vá la mente á tomar vuelo,
El corazon desordena
Con su anhelante desvelo
Sus creaciones de oropel ;
Y en el pecho la poesía
Su bello entusiasmo estrella,
Porque cada cual porfia,
Por borrar el amor ella,
Por burlar la ilusion él.

Constante y sañudo debe
Ser de entrámbos el despego .
Porque es la cabeza nieve,
Porque es el corazon fuego,
Que se chocan entre sí ;
Si piensa la mente, embarga
El corazon sus creaciones ;
Si ama el corazon, amarga
La mente sus ilusiones,
Y estan sin vencerse así.

Por mas que de Sara ardientes
En contra y en pró trabajen,
Estan como siempre hirientes
En el corazon su imájen
Y en la mente su doblez ;
Para el corazon es todo,
Y para la mente es nada ;
El la ama de cualquier modo,
Y ella de ninguno amada
La considera á su vez.

Para el uno es tierna y bella,
Para la otra, fea, infame ;
Aquel suspira por ella,
Esta llora porque él no ame
A quien le hace tal sufrir :
El la llama, ella la envía,
El la trae, ella la bota,
El está en su compañía,
Ella siempre está remota,
Y ella y él sin convenir.

Tal vez se creerá quimera
Por algun ojo sin vista,
Que hayá pasion tan austera
Que al traves de todo insista
Por el camino en que vá ;

Y que haya pecho tan hondo
Y de abnegacion tan noble,
Que de un abismo en el fondo
De su corazon no doble
El propósito en que está.

Pero hay pasion que no tiene
Sendero, norma, ni coto,
Cuya marcha no detiene
Ni próximo ni remoto
Ningun castigo humanal ;
Pasiones que son mareas
Del mar de la vida airado,
Inclinaciones é ideas
De un corazon inspirado
Por el hálito infernal.

Pasiones que son torrentes
Que de una montaña caen,
Cuyos raudales hirvientes
Peñascos y rocas traen
Hasta los senos del mar ;
Designios incontrastables
Que todo temor desprecian,
Cuyas miras inmutables,
Cuando burladas, arrecian
Su impetuoso batallar.

Impulsion irresistible
A quien no contrasta nada,
Que desviar es imposible
Ya una vez desarrollada,
Como incendio en seco erial:
Anatema tremebundo
Que marcha á su fin derecho,
De todo el poder del mundo
Abiertamente á despecho,
Como un temblor terrenal.

Pasion íntima, encarnada
De su organismo en la fibra,
Loca, atroz, desesperada,
De la que ya no le libra
Propio ni ageno poder,
El triste José en su seno
Lleva desde tiempo largo,
Como un ardiente veneno,
Acerbo, cáustico, amargo,
Que no cesa de beber.

Pasion que su vida enluta,
Todo aviso desoyendo,
Y vá adelante su ruta
Siempre á su norte tendiendo,
Como hácia el suyo el iman, *

A querer lo que no quiere
Mal su juicio le condena,
Como al pié del pilar muere
Siempre atado á su cadena
De sed y de rabia el can.

Pasion furibunda y rara
Que siempre á adorar le obliga
Muy mal de su grado á Sara,
Con quien nada mas le liga
Que el recuerdo de su amor ;
Deseo bárbaro, extraño,
Que como arista le mueve,
Y busca escusa y amaño
Para amar á la que debe
Tener disculpable horror.

Así febril, vaporoso,
José indiferente marcha,
Como un ente misterioso
Cuya cabeza es escarcha,
Cuyo corazon volcan ;
Espectro que nada siente
Con profundidad y aliño,
Sinó el odio de su mente
Y de su pecho el cariño,
Que lenta muerte le dan.

No amar cuando amar anhela,
Odiar cuando odiar repugna,
Dormir cuando en sueños vela,
Velar cuando en vela pugna,
Suplicios sin nombre son ;
Suplicios en que agonizan
Las horas pausadamente
De esa vida que destrizan
Con su enemistad la mente,
Con su amor el corazon.

Despojo endeble y enjuto
De un amor y un odio eternos,
En aquella faz de luto
Han pintado ámbos infiernos
Sus imágenes de hiel :
Pues su rencor reprimido
Y sus gustos contrariados,
Uno á uno en ella han sido
Vivamente retratados
Por satánico pincel.

De esta vida la agonía
Sin remisión, sin ocaso,
Puede cambiar en un día
En delicia un solo paso
Que puede, quiere, y no dá ;

Y estando entre el mar sediento
No bebe el agua que toca,
Y en un gran festin hambriento
No prueba el manjar la boca
Que hambrienta y deseando está.

Debe sufrir de su tedio
La congoja indefinible,
Porque para él no hay remedio
Desde que amar no es posible
Y aun menos posible odiar ;
Y ha de seguir su anatema
Cumpliéndose eternamente
Con severidad extrema,
Porque debe odiar la mente,
Porque debe el pecho amar.

Si el amor venciera al juicio
O el juicio al amor venciera,
O si uno al otro propicio
De su tema desistiera,
Finara su mal allí ;
Pero en él debe incesante,
Mientras la existencia aliente,
Pugnar contra el pecho amante
El desamor de la mente,
Siempre opuestos entre sí.

Si mas bien su vida es muerte,
Y aun mas que muerte agonía,
¿ Por qué nó su mano fuerte
La pone fin en un dia,
Y acaban sus males ya?—
Porque disfrutar aun piensa
Alguna hora de bonanza,
Y aunque es su desgracia inmensa,
Siempre conserva esperanza
De hallar el bien mas allá.

Quimera estéril y vana
Que siempre al hombre alimenta,
Ultimo rayo que emana
De una estrella macilenta
Que vá su ocaso á tocar ;
Ya no hay despues para el pobre,
Ya está su camino andado,
Y á ménos que un prodigio obre,
Verá sonreir al hado
Que le condena á llorar.

Ya remedio no hay bastante
Para desandar lo andado,
Ya es preciso ir adelante
Y apurar lo que ha quedado
En el cáliz, de la hiel ;

Ya es preciso de sí mismo
Sufrir el suplicio eterno,
Que está á su frente un abismo,
Que está á su espalda un infierno
Y en medio de entrámbos, él !

Si dá un paso hácia adelante
Le traga la horrenda sima,
Si retrocede un instante
Al infierno se aproxima
Que quiere y no puede huir ;
Como en arenal inmenso
Hombre de noche estraviado,
Contempla yerto y suspenso
Agonía en su pasado,
Suplicio en su porvenir.

Allí en el cáliz aciago
Que nunca para él se agota,
Debe beber trago á trago
Hasta la postrera gota
El acíbar infernal ;
Allí para mas tormento
De la afliccion que lo llena,
Contempla en su pensamiento
Que ella goza, cuando él pena,
Caricias de su rival.

Allí indefensa paloma
Presa en un lazo escondido
Vé el cazador que la toma
Los tesoros de su nido
Sin por ellos nada hacer ;
Allí leon aprisionado
Agita su atroz melena,
Y de rencor devorado
Hace vibrar su cadena
Sin alcanzarla á romper.

Allí su ser vacilante
Sobre el mismo sitio gira ;
Allí, sin amor amante,
Allí, enemigo sin ira,
Ni puede querer ni odiar ;
Allí debe una por una
Ver pasar sus negras horas,
Allí, sin sol y sin luna,
Sin occidentes ni auroras,
Su triste vida acabar.

¿Por qué ese invariable seno
En medio del odio, quiere?
¿Por qué esa mente sin freno
En medio del amor, hierre
De muerte á su mismo amor?

¿Por qué ni aborrece ni ama,
Ni su amor, ni su odio olvida?
¿Por qué no apaga esa llama
Por odio y amor nutrida
Ese místico cantor?—

Porque hay mortales que vienen
Con una estrella en la frente
Que otros mortales no tienen,
Que son corazon y mente,
Localidad y pasion;
Mortales reyes y esclavos,
Que dirigen y obedecen,
Y que cobardes y bravos,
De lo que aman y aborrecen
Señores y siervos son.

Mortales cuya fortuna
Con algun demonio acorde
Quiso colocar su cuna
De un precipicio en el borde,
Sobre el cráter de un volcan;
Cuyas horas han tenido
Junto al oriente el ocaso,
Y cuya ventura ha sido,
Como su existencia, un paso
Dado con pena y afan.

Mortales de fuego y nieve,
De pedernal y de cera,
A quienes detiene y mueve
Mano invisible y severa
Que no pueden contrastar ;
Flores marchitas traídas
Por la corriente de un río,
Sombras sensibles movidas
Por la inspiracion y brío
De un demonio familiar.

Y de estos seres arcanos,
Estupendos, increíbles,
De estos misterios humanos
Para el vulgo incomprensibles,
Es este hombre singular—
Que no puede de su seno
Apagar la llama cruda
Del amor de que está lleno,
Ni de su mente la duda
Y el odio eterno arrojar.

Dias, meses y años pasan,
Cambian hombres y sucesos,
Cambian planes que se trazan,
Cambian gustos y progresos
Y hasta el mundo cambia faz ;

Y aquel hombre sin ventura
Ningun cambio en sí recibe,
Pues en su alma el odio dura,
En su pecho el amor vive,
Y á cual de ámbos mas tenaz.

¿Cuándo mi angustia termina?
Suele decirse aterrado:
¿Qué demonio me domina,
Qué espíritu malhadado
O qué siniestra deidad?
¿Por qué de mí no despego
Estas furias que maldigo?
¿Por qué camino y no llego
De este arenal sin abrigo
Jamás á la estremidad?

¿Qué cosa tengo aquí dentro
Que me devora y destruye?
¿Por qué, como otros, no encuentro
Esta dicha que siempre huye
Dos pasos ante de mí?
¿Qué génio manda en mi vida,
Qué Lucifer en mi suerte?
¿Por qué mi mente atrevida,
Por qué mi corazón fuerte
No los arrojan de sí?

¿Qué es esta ansiedad inferna,
Esta fiebre inapagable,
Esta espantosa caverna,
Como el oceano insondable,
Que no he podido medir?
¿Qué es este mi instinto loco,
Voraz, convulso, sediento;
Esta cosa que no toco
Pero en mis entrañas siento
Como vorágine hervir?

¿Qué es este eterno delirio,
Este nunca estar en calma,
Este rabioso martirio,
Este demonio de mi alma,
Este caos del corazon?
¿Qué es esta atroz pesadilla,
Esta vision que me amaga,
Este vivir en la orilla
Del abismo que me traga?
¡ Mis solas pasiones son !

Pues ya que el maldito lote
La cupo á mi vida breve
De que nunca el mal se agote,
De que nunca el placer pruebe
Sin dolor ó sin placer,—

Sigue, mortal miserable,
Perdido en tu laberinto :
PORQUE ES EL HADO IMPLACABLE
PARA EL QUE TRAJÓ EL INSTINTO
DE POESÍA AL NACER!!!

XI

JAMAS

Nube naciente de espumoso encaje,
De nácar, de oro y vaporoso tul,
Ostenta al alba su vistoso traje
Que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus grandiosas ondas,
Que un rayo viene de la aurora á orlar,
Y sus flameantes, purpurinas blondas
Mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo
De las tinieblas el postrer capuz,
Y allà en el éter de entre el caos naciendo
Del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreir el cielo,
Leve la brisa por su sien vagar,
Y en el vacío que hendirá su vuelo
Fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura
Que bonancible y cristalina vé,
Y en los abismos de la nada pura
Tropiezo no haya que temer su pié.

La aurora bella que al cenit la guia,
Sonrosa el cielo por do alegre vá;
El sol la mima, la corteja el dia
Y al tiempo mira sonreir allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla
Del sol empaña la tranquila faz;
De horrendas nubes el cenit se puebla,
Brama rabioso el huracan voraz.

Débil juguete del airado viento
Sus ondas ruedan al capricho allí;
Estalla el trueno su estampido cruento,
Serpea el rayo en derredor de sí.

Pielagos surca de vapor, movida
Por el antojo de brutal vaiven;
Sin ruta, guia, ni fulgor, perdida
Rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira
Las joyas de oro que vistió al nacer;
Que hace, arrancadas de doquier con ira,
Una por una el huracan caer.

Misera en vano por seguir insiste
Su leda ruta de inocencia y paz;
Porque burlada, descompuesta y triste
La traga al cabo el torbellino audaz.

Así es la vida: de oropel brillante,
Nube sentada sobre hermoso tren,
Que junto tiene á su primer instante
Envuelto en risas el postrer tambien.

Así es la vida: lontananza, estrella
De un cosmorama seductor, procaz;
Para el que empieza á contemplarla, bella!
Para el que llega á su mitad, falaz!

Así es la vida: si al traves la mira
Del desengaño la madura edad,
Es risas, bienes y placer—mentira!
Es penas, llanto y maldicion—verdad!

Su dicha es humo, su infortunio roca;
Su dicha pasa, su infortunio nó;
Nada allí queda donde el bien la toca;
Suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida : presuncion dorada,
En sus principios esperanza y fé,
Y en la mitad de su carrera, nada!
Vision de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su penu ;
Sus goces olas, su desgracia mar ;
Su copa el tiempo, hasta los bordes llena
De miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se vé lo que es :

Naúfrago el hombre por el mar airado
Busca la playa pero tarde ya :
Porque bien pronto debe ser tragado
Por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega
Se dice el hombre, le tendré despues ;
Hasta que al cabo el desengaño llega
Sin ver de esa hora el arrebol tal vez.

Llévase el viento como viento que ora
La pingüe renta que adquirir pensó ;
Huye del fausto la falaz quimera,
Caen los palacios que en el aire alzó.

Unas tras otras se disipan luego
Dicha, esperanza, juventud y paz ;
Llévase el tiempo su pristino fuego,
Y lo que él lleva, ya no vuelve mas.

Agosta el llanto del dolor la risa,
La gracia y flores de la edad pueril ;
Y acaba el soplo abrasador aprisa
De las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se vé lo que es :

Ya el hombre entónces de los hombres duda,
Ya poco ó nada sus promesas créé,
Ya en calma fria su entusiasmo muda,
Ya en todo burla y desengaños vé.

Ya le ha faltado la amistad acaso, .
Ya la hermosura le burló en su amor,
Ya muchas veces tropezó en el lazo
Que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya no hay mañana, ni despues, ni mas ;
De ayer apénas la fugaz idea,
Y de hoy, si pasa, el matador jamas.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Bastante el hombre aleccionado está,
Pues que ha calmádo la primer marea
Y no al capricho de las olas vá.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya no se tiene porvenir, ya nó ;
Ya ningun astro por allá clarea,
Ya el tiempo hermoso de esperar pasó.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Adios fantasma de oropel, adios ;
Adios venturas que la mente crea !
Ya os vais del tiempo para siempre en pos.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya es tarde entónces, y muy tarde, sí,
Para que el hombre que feliz no sea
Halle ventura que no halló hasta allí.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se vé lo que es :

Ya en adelante encontrarán los ojos
Del hombre apénas una dicha mas ;
Porque ya pisa en un erial de abrojos,
Porqué ya deja el porvenir detras.

¡ Y ya el cabello de su sien blanquea,
Y ya dichoso el amador no fué ;
Y ya por siempre la inefable tea
De la esperanza se estinguió en José !

¡ Y ya treinta años para siempre huyeron
Y en ellos esto, juventud, amor;
Dicha, esperanza, porvenir, ¿qué fueron?
Deseos, sueños, vaciedad, vapor.

¡ Y ya treinta años sin pasado bello,
Y ya treinta años sin despues mejor;
Y ya treinta años sin haber por ello
Visto de su alba el divinal fulgor!

¡ Y ya treinta años sin mujer que le ame
Ni haber oido palpitante, atroz,
Convulsa y loca que una voz le llame—
Mi Dios, mi infierno,—enamorada voz!

¡ Sin que haya un alma que con su alma vele
Y ardiendo siempre en su volcan esté;
Sin que haya hermosa que su nombre hiele,
Se abrase y tiemble si su frente vé!

¡ Sin que haya nunca satisfecho aquella
Febril, rabiosa, inapagable sed,
De ver que alguna enamorada bella
Le hiciese ingénua de su amor merced!

¡ Y ya treinta años sin despues, sin gloria,
Sin conquistada eternidad por él,
Sin una hazaña que contar la historia,
Sin un cogollo de inmortal laurel!

¡ Sin que en la frente de mi patria, diga,
Corona he puesto y perennal á fé,
Que de la hueste que vencí enemiga
En Ayacucho y en Junin quité!

¡ Y ya treinta años sin haber llevado
La fama allá donde se vé Estambul;
Un verso suyo con fervor cantado
A Mayo, á Julio, al estandarte azul!

¡ Y ya treinta años sin rasgar el velo
De algun secreto, ó misterioso ser;
Sin haber visto en la estension del cielo
De un astro nuevo el esplendor nacer!

¡ Y ya treinta años y lo mismo ardiendo
De ira la mente, el corazón de amor,
Estan, que cuando en su organismo horrendo
De afecto y ódio reventó el fragor!

¡ Y ya treinta años y lo mismo brama
Tremenda y loca su brutal pasion;
Su pecho siempre incontrastable aun ama,
Aun odia siempre su tenaz razon!

Y aquellos dias de delirio loco,
De rabia, furia, anhelacion y afan,
¿Qué fueron? nada para su ansia; un poco
De humo y cenizas que arrojó un volcan.

Y aquel semblante de indulgencia lleno,
Y aquella mano que en las suyas vió,
¿Qué fueron? ascuas, maldicion, veneno,
Dardos que el áspid en su seno hundió.

Constancia eterna, arrobamiento, pira
De amor que Sara tanta vez pintó,
¿Qué fueron? nada, compasion, mentira,
Llama que al soplo de otro amor cesó!

Solo, burlado, sin amor, sin nada,
Hélo al que escucha en su interior luchar,
Contra la rabia de tormenta airada,
La incontrastable inmensidad de un mar.

De genio, fuego y ambicion fecundo,
Rota la lira en soledad callar,
Hélo al que tiene en su cabeza un mundo
Y en los abismos de su pecho un mar.

Hélo al que ha visto luminosos astros
Allá en la aurora de su vida errar,
Tener ahora que surcar sin rastros
El golfo inmenso de su propio mar.

Hélo al que pudo con su voz de trueno
Tremenda y justa maldicion lanzar,
Sobre la frente del que oprime al bueno,
Sobre el que eleva á la perfidia altar ;

Sobre el que à virgen inocente pierde,
Sobre el que falta á la amistad, falaz :
Hélo cual leon quo encadenado muerde
El hierro que ata su cerviz audaz.

Hélo que amante sin amor adora,
Hélo sin ira á la que quiere, odiar ;
Hélo que odiando por amarla llora,
Hélo entre el odio y el amor luchar.

Hélo vencido, al que retaba bravo
La saña airada del destino ayer ;
Hélo cobarde, de sí mismo esclavo,
Sus esperanzas de zafir perder.

Hélo al que quiso colocando un dia
Sobre el Pichincha y Chimborazo el pié,
Beber la luz que su cabeza heria
Y ver del cielo lo que nadie vé.

Ver á sus plantas la region del frio,
El rayo, el trueno, el huracan bramar ;
Ver desde el seno mejicano al Rio,
Y desde el uno hasta el opuesto mar.

Como dos puntos que la sombra mata,
El Atacama y Patagonia ver ;
Y al Misisipi, al Marañon y al Plata
Como hilos blancos á sus piés correr.

Ver de Suipacha, de Maypú y Otumba
De Salta, el Cerro, Tucuman, Junin,
De Ituzaingó y el Sarandí la tumba
Tragar guerreros como el mar sin fin.

Ver entre el coro de los hombres grandes
Posar en nubes de oriflama y tul,
A los que vieron en los altos Andes
Flamear al sol el estandarte azul.

Ver en los astros por su propia mano
Puestos los nombres de guerreros mil;
Y el de Balcarce, San Martín, Belgrano
Con oro y fuego y divinal buril.

Ver de los siglos al través del velo
Sobre los Andes obelisco alzar
A los que encima de su eterno hielo
Osaron bravos libertad gritar.

Ver hasta el polvo de las anchas plazas
De templos, teatros, de ferril y hogar,
En mil estatuas sus gigantes masas
Desde la cumbre de su sien rodar.

Ver en el cráter de sus cien volcanes
Nubes de incienso perennal arder,
En holocausto de los caros manes
De los que vieron nuestro sol nacer.

Ver entre el uno y entre el otro estrecho
Por todo el suelo americano hervir
En estro y nervio su inspirado pecho,
Y de ambos mundos el aplauso oír.

Ver su heroísmo, de entusiasmo ciego,
Llenar los mundos y aspirar á mas ;
Y verter mares de facundia y fuego
Que el génio mismo no vertió jamas.

Ver en sus líneas la patricia historia
De siglo y siglos existir despues ;
Ver . . . , estravios, ilusion de gloria :
Hélo al que tanto imaginó lo que es.

Hé lo que resta de tan lindos sueños :
Tibio un recuerdo de placer mendaz ;
Tener al odio y al amor por dueños,
Blanco el cabello y sin frescor la faz.

Réstale envidia, humillacion, mancilla,
Blanco y rasgado ante de sí el papel ;
; Y en cien cabezas la corona brilla
Que pudo á un tiempo coronar la de él !

Quédale impreso en su mejilla el sello
De la vergüenza de no ser mas que es ;
Pasado el tiempo de su vida bello,
Sin ya tener el infeliz despues.

Quédale en blanco el preparado lino,
En blanco el libro que sus sueños fué ;
Seca la pluma y el pincel divino,
Falto su pecho de esperanza y fé.

Quédale seca en su anhelante seno
La flor fragante de su hermoso amor ;
Quédale su íris, otro tiempo ameno,
Nublado ahora como está la flor.

Quédale siempre contra Sara encono,
Quédale siempre por su Sara amor ;
Siempre un acento que al decir—perdono !
Dice—imposible, hasta el morir rencor !

Quédale luz en su pupila mustia
Para la dicha de los otros ver ;
Quédanle tedio, sinsabor, angustia,
Que él debe siempre y nada mas beber.

Quédale sed en su sedienta boca
Del fuego y nieve que probó una vez :
De aquella lava que si el labio toca
Corre en las venas como hirviente pez.

Quédale torba la maldita sombra
Del que su vida envenenó cruél,
Que á cada instante furibundo nombra
Para lanzar su maldicion sobre él.

Quédale falto el corazon de brio,
Falta la mente de vapor ideal :
Quédale en vez del entusiasmo, frio,
Y miedo en vez de su valor glacial.

Quédanle vanas, la ventura aeria,
Triunfos, coronas, embriaguez, favor ;
Quédanle reales, nulidad, miseria,
Abatimiento, postracion, dolor.

Ultima chispa de una luz que espira,
Ultimo acento de muriente voz,
Ultimos ecos de enlutada lira,
Ultima antorcha de ataud precoz ;

Solo en el mundo, y sin amor amante,
Todos sus sueños disipados ya,
Como la sombra de una nube errante,
Este hombre incierto y sin camino vá.

Ya no pretende conquistar la gloria,
Ya no su frente de laurel orlar,
Ya no en las líneas de la patria historia
Su nombre eterno al porvenir dejar.

Ya no pretende de su pecho ardiente
Borrar la imágen de su amor, ya no ;
Ni de su airada incontrastable mente
El odio inmenso que el desden prendió.

Ya no pretende en el regazo amado
De una querida, reclinar la sien ;
Ya está en un yermo lodazal cambiado
El campo ameno del que fué su Eden.

Ya no hay para él un luminar que asoma,
No hay melodía en el rimado son ;
No hay en las flores ni matiz ni aroma,
No hay quien comprenda su brutal pasión.

Ya no hay para él en la hermosura halago,
Ya no hay para él en el vivir placer ;
Ya no hay para él de arrobamiento mago
En nubes de oro serafín que ver.

Ya no hay para él en las tinieblas lampo,
Ya no hay para él en la quietud fragor,
Ya no hay para él en el espacio campo,
Ya no hay para él en el cenit fulgor.

Ya nada teme ni pretende nada,
Lo mismo le es que terminar, seguir ;
Para el amor y el entusiasmo creada,
No puede esta alma sin amar vivir.

Este hombre en medio de un jardín nacido,
De fuego y nieve singular mistion,
Que por la mano de un demonio asido
Baja sin gloria al terrenal panteon ;

Este hombre todo efervescencia un día,
Todo programas de ambicion y amor,
Todo esperanza, porvenir, poesia,
Y que ahora tiene de su nada horror ;

Este hombre todo corazon y mente,
Todo ternura, idealidad, pasion ;
Todo entusiasmo espiritual y ardiente,
Genio, heroismo, celsitud, creacion ;

Y ahora recuerdo de una muerte llama,
Humo, pavesa, nulidad, borron,
A cada instante de su vida esclama :
José, han truncado tu feraz mision !

Y ese astro estinto al rutilar su aurora,
Y ese hombre ; oh Dios ! que para mas nació,
Y ese que el tiempo que ha perdido llora,
¡ ESE DE VERAS INFELIZ, SOY YO !!!

EPÍLOGO

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya es tarde entónces, y muy tarde, sí,
Para que el hombre que feliz no sea,
Halle ventura que no halló hasta allí.

I

Las horas tranquilas de vana ventura,
De insípida hartura, de necio dulzor,
Entibian la fiebre continúa del alma,
Que gusta en la calma zozobra y temor.

Tampoco las horas ruidosas, inquietas,
Y á cambios sujetas de pena y soláz,
Embriagan el alma que teme y oscila
Cuando ansia tranquila continúa la paz.

Así es que á la vida no falta un vacío
Ni al pecho un hastío, ni al alma un desden ;
Ni un vivo deseo que nunca saciamos,
Por mas que arrastramos magnífico tren.

Así es que la mente fantástica crea
La rica presa que real no encontró ;
Y la es necesario buscar en el cielo
La dicha que el suelo tenaz la negó.

Así es que es preciso que al alma entusiasta
Que el hoy no le basta, sonría un despues ;
Pues siempre á los ojos del pecho y la mente
El tiempo presente tristísimo es.

Así es que el hoy vive nuestra alma de prisa
Porque ella divisa suntuoso convoy ;
Porque ascuas, deseos, pesares y llantos,
Vaiven y quebrantos componen el hoy.

II

¿ Qué importa el presente si allá todavía
Me espera otro dia mas grato que el de hoy ?
¿ Qué importa que dichas gozar hoy no pueda ?
¿ Siguiendo la rueda del tiempo no voy ?

¿ Qué importa que hoy pise ni lodo ni abrojos,
Si está ante mis ojos allá un serafin,
Y el triunfo, y corona de azul oriflama,
La gloria, la fama y el tiempo sin fin ?

Allá palpitante de gozo me espera
Muger que me quiera radiante de fé,
Me esperan los templos, altares, palacios,
Los aéreos espacios que de oro esmalté.

Me espera una suerte grandiosa á porfia,
Mejór cada dia, mayor cada vez,
Festines, vergeles, perfumes, aúroras,
Que llenen mis horas de amor y embriaguez.

Me espera cuanto ansian de bello y fulgente
Mi pecho, mi mente, mi genio criador ;
Ventura estupenda, que solo en la idea
Se encuentra, que crea la fiebre de amor.

Fantasma hechicera que en vano persigue,
Pues nunca consigue nuestra alma alcanzar,
Hermosa, inefable, gentil, pero vana,
Que no es mas MAÑANA que un lindo soñar.

III

No importa, adelante, constancia, corage,
Prosígase el viage con paso veloz,
Nos suelen en ciertos solemnes momentos
Decir los acentos de mística voz.

¿ Por qué detenerse ? . Sigamos la huella
Que alumbró esa estrella de rara beldad ;
La suerte se vence con brío y porfía,
Si el genio nos guía de amiga deidad.

Cuando algo se quiere precioso que halaga
Se escucha voz magna que inspira valor,
Y créese un consejo benigno del cielo
Lo que es del anhelo vehemente el clamor.

Porque hay en el fondo de nuestra existencia
Un labio con ciencia, palabra y poder,
Que nuestras acciones aplaude y acusa,
Que veda ó azuza lo que hemos de hacer.

Y un ángel encima de nuestra cabeza,
Que dichas no cesa jamás de ofrecer ;
Y en torno una aurora que nunca amanece
Por más que parece ya, ya, amanecer.

De ansiadas delicias aquel grato instante,
Que véese delante, que llega, que está,
No es más que ese LUEGO que cuanto más viene,
Más lejos se tiene, más pronto se vá.

IV

Hay horas que en la alma magnética, ilusa,
Bellísimo cruza destello boreal,
Y á su alno, esplendente, fosfórico lampo,
Conviértese en campo florido el erial.

Y alumbra designios y grandes ideas,
Jardines, preseas, y espléndido ajuar,
Y en nubes de nácar, sonriendo en la altura,
La esbelta hermosura que habrános de amar.

Y alumbra fortuna que nunça se alcanza,
Renombre, esperanza y anhelo de mas ;
Y alumbra los dias, los meses, los años,
Los bienes y daños que quedan detras.

Y alumbra secretos, portentos, misterios,
Fantasmas aérios, verdad, ilusion ;
La vida, la muerte, lo breve, lo eterno,
El cielo, el infierno, la entera creacion.

Y alumbra prodigios de mágia, increíbles,
Pasiones horribles que infunden pavor ;
Batallas, trofeos, festines, orgías,
Y noches y dias de fiestas y amor.

Y al vértigo hermoso que en la alma entretiene
Sujetas nos tiene magnética red,
En medio de un aura de luces y flores,
Que el SIEMPRE es de amores la férvida sed.

V

En noche sombría si nace una estrella,
Parece mas bella que todo el orion ;
Y en alba fulgente mas negra y severa
La nube agorera que anuncia el turbion.

Y en lánguido pecho que yerto agoniza,
Mas grata la risa que sigue al dolor ;
Y en alma de gozo ternísimo llena,
Mas agria la pena que sigue al dulzor.

La vida no tiene, y á fé que no es poco,
Mas que uno, aunque loco, frenético amar ;
Así como el dia tan claro y radioso
No tiene aunque hermoso mas que un luminar.

Así, no se tiene mas que una querida,
Una alma, una vida, mas que un corazon ;
Una época sola de gozo y martirio,
Un solo delirio, mas que una pasion.

Porque prodigiosas creaciones, la mano
De Dios Soberano jamas formó dos;
Y no hai mas q' un soplo de muerte, aunq' eterno,
Un cielo, un infierno, y un tiempo, y un Dios.

Un día de asombro feliz que no dura,
De amable locura, de arrobo y fervor;
Y es cuando una hermosa se tiene adquirida,
Que el YA es de la vida la fiebre de amor.

VI

Si es solo esa bella del aire nacida,
La quiero finjida mas bien que real;
¿Pues dó hai mas radiante de luz y donaire,
Que ese ángel del aire, beldad terrenal?

¿Dó la hai? En la fiebre voraz, seductora,
Que inunda la hora de triunfo y furor;
Y esa hora pasada no mas que en la mente
Volcánica, ardiente, que abrasa el amor.

¿Cuál alma que el génio fantástico impulsa
No deja la insulsa verdad por lo ideal?
¿Quién siempre no anhela mirar en la nada
La imagen amada de un ángel carnal?

¡ Dichoso en las suyas quien vé que rutila
La ardiente pupila de amada muger,
Que vibra inefable, de fuego abrasada,
Punzante mirada de amor y placer !

Su aroma en la frente las auras deslien,
Los cielos sonrien, el mundo y la flor ;
El aire es perfume, la luz ambrosía
Y el alma poesía cuando arde el amor.

El dia entusiasmo, la noche ilusiones,
La mente creaciones de lindo matiz ;
La vida es delirio, blandura, sonrisa,
Y ENTÓNCEs, la brisa del tiempo feliz.

VII

No siempre es el tiempo feliz duradero,
Ni pingüe el venero de rico metal :
Que el uno es la chispa de breve meteoro,
Y el otro en vez de oro dá polvo escorial.

Envuelto en palabras de esencia y almíbar
Esconde su acíbar la infame traicion,
Y bajo matices que el íris colora
Con luz de la aurora, la sierpe su arpon.

El alba mas clara se cambia en oscura,
La llama mas pura termina en carbon ;
Y aquel que mas flores galantes derrama
Mas brinda á su dama que obsequio, ficcion.

El hombre á sí mismo se engaña sabiendo
Que estáse mintiendo placeres que no há,
El pecho se engaña, se engaña la mente,
Y el tiempo nos miente venturas allá.

Dichoso el que vive gozando y no sabe
La hora en que acabe la risa para él ;
Y al plácido impulso de su aura se entrega
Durante no llega su noche cruël.

La dicha es un frágil cristal puro y terso,
Mas cuyo reverso bien áspero es ;
Y al gozo, por grato, brevísimo y vano
Mas tarde ó temprano le sigue el DESPUES.

VIII

En golfo tranquilo zozobra la nave,
Que oculta no sabe que hay peña en el mar,
Y muere el incauto que bebè ignorante,
Que en brindis galante se dá rejalgár.

¡ Dichoso el que el cáliz de almíbar apura,
Porque él no mas dura que frágil panal,
Y en medio del aura del plácido día
De ver desconfia lucir otro igual.

El eco que forman de nuestros contentos
Los gratos acentos, un ay! fugaz es,
Que allá nos repite fantasma agorero
Que anuncia severo congojas despues.

La miel deliciosa que forma la abeja
Acerbo en pos deja del dulce amargor .
La extrema dulzura trae pronto el hastio,
Y el fuego trae frio, y el frio calor.

Y aquella ventura que mas se apetece
Mas lejos parece por horas que está,
Y aquel infortunio que mas nos tememos
Mas cerca le vemos que estálo quizá.

La suerte parece ya cuando pasada
Mas grande y preciada que súpolo ser ;
Y es la hórrida sima que queda en la vida
Despues de perdida la dicha, el AYER.

IX

¿Qué importa que guarde matices hermosos,
Ni estambres sedosos, ni aroma la flor,
Si el agua fecunda su tronco no riega,
Y si el sol la niega su grato calor?

¿Qué importa que adquiriera coronas el hombre,
Ni glorias, ni nombre, ni excelso blason,
Si amante y sincero por él no se agita,
No late y palpita ningun corazon?

El oro no basta, los timbres tampoco ;
La gloria aun es poco, precísase mas ;
Pues que oro, ni timbres, ni gloria, ni nada,
Nos dan consumada ventura jamas.

Y en medio de triunfos, de honores y palmas,
Demandan las almas deleite mayor,
Porque hay una sima que solo rebosa
La miel deliciosa que mana el amor.

Porque hai una dicha que embriaga, que estasia,
Que nunca se sacia nuestra alma de haber,
Que el pecho enloquece, que sueña la mente,
Y es la alma inocente que dá una muger.

Si esa alma encontrada nos ama, los sueños
Hermosos, risueños, se encuentran tambien ;
Si no, se disipan sus luces brillantes,
Que siempre es el ANTES el sueño de un bien.

X

¡ Parece imposible que auroras tan bellas,
Tan claras estrellas, tan limpio arrebol,
Como esas que alumbran mis vívidas horas
No sean ni auroras, ni estrellas, ni sol !

¡ Parece imposible que ese ángel que gira,
Que llena, que inspira mi férvida sien,
Que acude si amable mi labio le llama,
Que yo amo, y él me ama, sea nada tambien !

¡ Parece imposible no hallar en el suelo
Del aéreo modelo la copia mortal,
Tan pura, tan cierta, tan linda y graciosa,
Como ángel y diosa la vemos ideal !

¡ Parece imposible no hallar, y no se halla
Por mas que se vaya tocando ya, ya,
Esa áurea ventura tan cierta y brillante
Que huyendo delante dos pasos nos vá !

Y cuando del tiempo la mano nos gasta,
Y al alma no basta finjida entidad;
Entónces despierta, porque antes dormia,
Y vé fantasía do vió realidad.

Entónces tenemos de mas desengaños,
De menos treinta años, fortuna y solaz ;
Detras una aurora, delante un desierto,
Que es NUNCA el fin cierto del gusto falaz.

XI

En vano se miran esfuerzos y preces
Burlados mil veces, mil otras, mil mas ;
Pues siempre del ángel que nunca se alcanza
Vá nuestra esperanza marchando detras.

Y cuando se advierte que el éxito falla,
Que el ángel no se halla do hallar se pensó,
Recien es que entónces se teme no hallarle,
Mas nunca encontrarle, sin duda que no.

Y al fin, cuando estáse sobrado de ciencia,
De amarga esperiencia y acerba verdad,
Que es cuando pudiera no errarse, ya es tarde,
El fuego ya no arde que sopla la edad.

Ya el alma está entónces sin fuerza, sin brio,
Ya el pecho está frio, ya esquivo el amor ;
Ya al fin la hermosura nos mira con tedio,
Mas ya no hay remedio que enmiende el error.

Entónces es fuerza, por mas que nos pese,
Que al fin de amor cese la grata mision :
Que acaban los sueños dichosos un dia,
La bella pocsía, la hermosa ilusion !

No hai HOI, ni MAÑANA, DESPUES, YA, ni LUEGO,
Ni frio, ni fuego, ni poco, ni mas,
Ni SIEMPRE, ni ENTÓNCE, ni luces brillantes,
Ni NUNCA, AYER, ni ANTES ; lo que hai es JAMAS!

FIN

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
3	13 á 14	reglaré	regalaré
29	5	estragúlale	estrangúlale
33	2.	la imagina	lo imagina
58	25	sorprente	sorprendente
60	3	fu	tú
84	11	desvel	desvelo

LA ESPIACION RECIPROCA

LEYENDA

DEDICADA POR EL AUTOR

AL DOCTOR

D. FRANCISCO MIRAZO

1851

De los débiles ay! —ay! de los pobres,
Si á la fuerza y capricho del mas fuerte
Estuviera entregada aquí su suerte
Sin tener allá arriba un vengador :
Y sin que hiriese la justicia eterna
El corazon cruel de los tiranos
Que oprimen en el mundo á sus hermanos,
Con el rayo bendito del Señor!

DON ANTONIO PEREZ

I

De un suntuoso palacio en la portada
De mosaico y de jaspe, por escudo
De acuarteladas armas coronada ;
Con talanté guerrero y gesto crudo,
Como estatua de Marte colocada .
Junto al ancho pilar, inmóvil, mudo,
Impasible, sereno y cauto vela,
Armado de arcabuz, un centinela.

La villa de Madrid tiempo ha erigida
Por Felipe Segundo en residencia
De su espléndida corte, concurrida
Por lo mejor del mundo á competencia,
No tiene otra mansion mas distinguida,
Despues de la del rey, por su opulencia,
Su fausto, su poder, nobleza y cuna,
Que este alcázar feliz de la fortuna.

De Nápoles, Sicilia, Tánger, Flandes,
Portugal y Milan la lengua estraña ;
De Méjico, Perú, Cuba, los Andes,
De Céuta y Tenerife, la de España
Hablan allí los chicos y los grandes,
Que dejando su alcázar y cabaña
Han venido al traves del mar profundo
En busca de su rey, que es rey del mundo.

Usos, costumbres, religiones, trages,
Títulos, rangos, órdenes y grados ;
Ricos, pobres, plebeyos, personajes
Del uno y otro mundo, estan mezclados
En sus patios, arcadas y parajes,
Como estaban un tiempo congregados
Del Palatino al pié, cuando era Roma,
Los varios pueblos que su brazo doma.

Pues el mágico genio misterioso
Cuya atracción magnética ha reunido
Ese grupo tan vario y numeroso,
Que por tierras y mares ha venido
Al pié de su palacio esplendoroso,
Es Don Antonio Perez, el valido
De Felipe Segundo, que es el modo
Mas breve de decir: quien puede todo.

Afable, instruido, rico, cortesano,
Confidente del rey en los placeres,
Es tanto ó mas que el rey el soberano
Su ministro y amigo Antonio Perez ;
Porque tiene pendientes de su mano
Y esclavos de su voz y pareceres,
Ademas del poder del reino hesperio,
La fortuna y poder de un hemisferio.

Amigo de la pompa y del boato,
Que en la corte de España se introdujo,
Se daba en su palacio regio trato
Y tenia que el rey tanto ó mas lujo,
Tanto ó mejor menage, tren y plato,
Y poco menos que él poder é influjo ;
Pues de todos los grandes tuvo esmero
De ser, como lo fué, siempre el primero.

Y el mismo D. Juan de Austria, el q' en Lepanto
Humilló ante la cruz la media luna
Y sembró en Estambul luto y espanto,
Y el mismo duque de Alba, que una á una
Miró ante su pendon con gozo y llanto
Sonreirle cien veces la fortuna,
Se inclinaban tambien con reverencia
Del feliz favorito en la presencia.

Era tal D. Antonio en su apogeo
De poder, de fortuna y de grandeza,
Que en su casa, en la corte, en el paseo,
Lo mismo mas ó menos que á su alteza,
De agradarlo ostentaba su deseo,
A la par de la plebe, la nobleza ;
Y era una honra por todos envidiada
Merecer del ministro una mirada.

Un dia, como todos, que el espacio
Bastaba apénas á encerrar la gente
Venida en busca de él á su palacio
Desde el uno y el otro continente,
Estaba en un salon con gesto reacio
Y ademán iracundo é imponente
Hablando de este modo con un hombre
De aquellos á quien daba hogar y nombre :

II

—Estás, Fernando Mur, entre mis manos
Y has provocado contra tí mi enojo.
¿No sabes tú que es ley mi solo antojo
De oriente á ocaso, desde norte á sur?—
—Lo sé, Señor.—Pues bien, ahora depende
De tu mentira ó tu verdad tu suerte;
Tú mismo te has de dar ó vida ó muerte,
Senténciate por fin, Fernando Mur.

—Os lo vuelvo á jurar, Señor, lo ignoro.
—Lo sabes, digo yo ; probarte puedo
Que eres cómplice tú de Reboredo,
De Don Juan de Austria el emisario aquí.
Tú bien sabes, Fernando, como él trama,
Y á mi lugar y mi privanza aspira,
Y tú le ayudas!—¿Yo?—Fernando, mira
Que si mas me lo niegas ¡ ay de tí!

Calcula tu respuesta, y lo que digas
Medítalo mejor.—Bien lo medito.
—Entonces, dí que sí.—Que nó, repito.
—Tú en los secretos de su plan estás ;
Lo sé como ninguno, y al momento
Descubre ese complot vil y cobarde,
Que es tiempo aun, y luego será tarde
¿Tú has conspirado contra mí?—Jamás!

—Vuélvelo á meditar ; puedo absolverte,
Puedo sacarte, vive Dios, del lodo,
Darte nombre, poder, fortuna, todo
Cuanto puede desear tu vanidad ;
Puedo encerrarte para siempre en Céuta
Y hacerte dar allí suplicio eterno ;
Puedo hacer de tu hogar cielo ó infierno ;
Dime ahora, Fernando, la verdad.

—Es calumnia, Señor, calumnia horrenda !
Limpia está de tal crimen mi conciencia,
Y apenas sé que existe competencia
De poder y privanza entre los dos ;
Y si este fuera mi postrer momento,
Digera al confesor lo que á vos digo :
Soy inocente, y pongo por testigo
De mi verdad y mi inocencia á Dios !

—Basta, Fernando, basta; y pues no pude
Descubrir tu secreto con dulzura,
Te lo haré confesar en la tortura:
Tú lo has querido así, que te la den.
—Señor, qué vais á hacer?—Entra, Bermudo.
—Don Antonio, piedad!—En el momento
Dale á Fernando Mur serio tormento,
Y cuanto diga á repetirme ven.

III

De hinojos en tierra cayó el acusado
Pidiendo clemencia; convulso, aterrado,
Por Dios y la Vírgen perdon demandó;
Mas la alma de Perez su ruego no pudo
Mover; y arrancado de allí por Bermudo
Pidiendo á los cielos justicia, salió.

En ricos cogines de grana y de seda
Hundido el ministro de espaldas se queda.
Como un poderoso triunfante sultan;
En tanto que baja las gradas el otro
Del sótano, en donde lo suben al potro
Y el lento tormento de cuerda le dan.

Empero, del crimen la voz sin sonido
Allá en su conciencia reprocha al valido
El bárbaro medio de hallar la verdad ;
Y aun tuvo un instante de lástima y miedo ;
Mas luego á su mente volvió Reboredo,
Y á su alma impasible su aplomo y frialdad.

Siniestros designios de sangre y matanza
Surgian horribles de su odio y venganza,
Mas no que bastasen á su ira crüel :
Cuando hasta su oido llegó un grito agudo
De Mur ; conmovióse ; temblando Bermudo,
Que pálido entraba, paróse frente á él.

—¿Qué dijo, Bermudo?—Que nada sabía.—
—¿Que nada?—Que nada, no obstante torcía
A cada respuesta mas fuerte el cordel.—
—¿Sufrió la tortura?—Sufrió como un bravo,
Por Dios y su Madre jurando hasta el cabo
Que nunca os ha sido perjuro ni infiel.

—En fin ¿no confiesa?—“Decid al ministro,
Me dijo, que en vano mi vida registro,
Que no he cometido tal crimen jamas ;
Que pida por tanto perdon á los cielos,
Que torres mas altas se ven por los suelos” . .
—Bien, basta ! sí, vete ! . . . ya está eso de mas!

DOÑA ANA DE MENDOZA

I

Jóven, hermosa, elegante,
De un grande de España esposa,
Y de un rey de España amante,
Era Doña Ana Mendoza,
Princesa de Eboli, un sol :
En cuyos ojos buscaban
De amor y esperanza un rayo
Cuantos hombres la miraban,
Desde el humilde vasallo
Hasta el monarca español.

En talento y en belleza
No la igualaba otra dama,
Y á la mas alta nobleza,
En rango y en gusto, es fama
Que le dictaba la ley ;

Pues desde la silla al trono
De la elegancia era el norte,
De la moda y del gran tono ;
Y hasta pasaba en la corte
Por ser la dama del rey.

Mas de este regio cortejo
Tan solo en la intriga estaba
Su esposo Ruy Gomez, viejo
Cortesano que esplotaba
Las gracias de su muger ;
Porque lo demas del mundo
Que en voz en cuello decia
Que Don Felipe Segundo
Con su vénia la servia,
Lo vacilaba en creer.

Por su influjo se ablandaba
La dureza de las leyes,
Y lo mismo con él creaba
Arzobispos y vireyes,
Que armonias con su voz ;
Porque cuando con su lloro
No triunfaba, con un trino
Que arrancaba á su arpa de oro
Disponia del destino,
No de un mundo, de los dos.

Porque estando en su apogeo
De prestigio y de fortuna,
No encontraba su deseo
Imposible cosa alguna
Que pudiera apetecer ;
Era jóven, rica, bella,
Princesa, esposa, y querida
De un rey : se encontraba en ella
La dicha toda reunida
Que envanece á una muger.

Mas, allá en su interno foro
Veía un ángel sombrío
Que no aplacaban ni el oro,
Ni el rango, ni el poderío,
Ni gracia, ni juventud ;
Y que en sus festivas noches
De bacanal y alegría,
A hacerle serios reproches
De rato en rato venía,
Y era ese ángel la virtud.

Porque es harto verdadero
Que nos dió con la conciencia
El creador, un juez severo,
Cuya eterna impertinencia
No podemos esquivar :

Pues es castigo sin duda
Con que se paga el delito
Aquella voz sorda y muda
Que nos dice de hito en hito :
Debes tu crimen espiar.

Sin embargo, en la alta hora
De una noche de estravío,
No mucho antes que la aurora
Pavonase del rocío
Las esferas de cristal ;
Sobre almohadas de oro y seda,
En su estancia sola estaba,
Reclinada blanda y leda
Junto á su arpa en que entonaba
Este cántico oriental :

“Si á tu poder, Bayaceto,
El de otro sultan no iguala,
¿Por qué no piso en mi sala,
Sobre rosas de Bengala,
Chinesco y rico tapiz?
Ni se eleva à toda hora
De entre perlas de Basora
El aroma embriagadora
Que dá el Arabia feliz?

“De Circasia esclava jóven
No me ciñe la guirnalda,
Ni derrama por mi espalda,
De cien pomos de esmeralda,
Esencias del Indostan :
Ni en jarron de hermosas flores
Me discantan sus amores
Alondras y ruisseñores
Que me mande mi sultan.

“Y es porque á enemigos climas
De mi corazon que te ama,
La ambicion de gloria y fama
A hacer inmortal te llama
Tu nombre bien grande á fé ;
Y en la conquista y la guerra,
Y en tu falange, se encierra
Cuanto hay de hermoso en la tierra
Que el sol de Medina vé.

“Envaina tu cimitarra,
De la guerra rayo ardiente,
Que de todo un continente
Tiene la vida pendiente,
Y ven, Bayaceto, ven !
¿Tanta gloria no te sacia ?
Deja el Africa y el Asia,
Y del amor que me estasia
Ven á gozar al haren !”

Calló la princesa ; y su alma
De amor y fastidio llena,
La quieta aparente calma
De aquella nocturna escena
Con un suspiro turbó :
Cuando con sencillo trage
Y en un silencio profundo,
Dejando fuera á su page,
El rey Felipe Segundo
Abrió la puerta y entró.

II

—Llegué á buen tiempo, señora,
Porque ha mucho que no oía
De esa voz que me enamora
La embriagante y seductora
Melodía.

Porque eres cada vez mas
Hábil, sentida y graciosa
Cuando cantas ; y hoy estás,
Como no te ví jamas,
Primorosa.

Es un pasmo ese tocado,
Y esos rizos un asombro,
Y cómo caen sin cuidado
Por el uno y otro lado
Sobre el hombro!

Y ese estambre blanco y leve
Del mas transparente lino,
Y que en derredor se mueve
De tu talle esbelto y breve,
Es divino.

Estás hecha un embeleso
De gracia y belleza; ahora
Disimúlame el esceso
De darte en la mano un beso,
Mi Señora.

—Muy galante vienes hoy.
—¿Cuándo con vos no lo fuí,
Si mas y mas tuyo soy,
Y no vivo si no estoy
Junto á tí?

—¡Por eso faltasteis, nó,
Cinco noches en un mes?
—Pues á mí me pareció,
Segun lo he sentido yo,
Que eran diez.

—Lenguage de cortesano.
—Dilo, Doña Ana, al revés.
—¿ Por eso venis temprano ?
—Pero á besarte la mano . . .
—¿ Una vez ?—

—Y mil mas. En demasía
Picarezca te encuentro hoy.
—Porque vienes con el dia,
Para decirme : “Alma mía,
Ya me voy ;

Que el importuno lucero
Ya ilumina nuestro amor,
Y aunque contigo’ estar quiero,
Salvar, Da. Ana, es primero
Nuestro honor.’’

Prestestos con que me engaña
La astucia de vuestra alteza.
—Aquí no está el rey de España,
Y por cierto que me estraña
Tu agudeza.

—Decid los celos.—¿ De quién ?
—De tí, Felipe Segundo,
Que tu amor, mi solo bien,
Partes á la par tambien
Con el mundo.

—¡ Ojalá fuera eso así.
—¿ Lo del mundo ó de los celos?
—Lo de los dos, pese á tí,
Y que pasáras por mí
Mas desvelos.

Porque esto que miro y toco
Y que gusto á mi sabor
Como estoy, Da. Ana, loco,
Aun le parece mui poco
A mi amor.

Y quisiera tener mas
Pruebas de amor, si hay acaso
Algunas que no me das,
Como el no dejar jamas
Tu regazo.

Y tener siempre en mis ojos
Esos de ángel renegridos,
Que disipan mis enojos
Y embriagan tiernos y flojos
Mis sentidos.

Y oprimir tu mano, así,
Entre mi convulsa mano ;
Y oír lo que ahora te oí,
Quejas por no estar aquí
Mas temprano.

Y esa arpa, esa voz... Da. Ana,
Como digiste poco ha,
El alba cruel, inhumana,
Al traves de esa ventana
Se vé ya.

Sin que de tu linda boca
Mas cancion haya escuchado
Que una sola, y una es poca ;
Toma el arpa, canta y toca
A tu amado.

—¿ A lo español ú oriental ?
—Claro está que á lo español ;
De ese mundo occidental,
Que en riqueza no vé igual
Nuestro sol.

—Haré lo que me pedis,
Y cuanto querrais haré ;
Y puesto que os divertis,
Una cancion de Solis
Cantaré.

“Para tu grandeza, España,
De allá de entre el mar remoto
El genio de un gran piloto
Te ha sacado un mundo ignoto
Que tu joya mejor es ;

“Y fué para el leon hesperio
Que de ese hermoso hemisferio
Domeñó el mas grande imperio
La espada de Hernan Cortez.

“Al rey de region gigante,
Sentada sobre oro y plata,
Que al sol por su Dios acata,
La ley que á tu carro lo ata
Fernando Pizarro dió:
Y á orillas de inmenso rio
Someterse á tu albedrio
A un gran desierto bravio
Don Juan de Garay miró.

“Los mil pueblos que escondían
Esas Indias misteriosas
Sus minas de oro asombrosas,
Sus reyes, templos y chozas,
Mirando á tus piés estás:
Mientras en pos de otra fama
Que la que ahora te encarama,
Tu pueblo allá se derrama.
Buscando otro mundo mas.

“Y es tal tu destino, España,
Que no cabiendo en sí mismo,
Mas allá del hondo abismo,
Tu poder y el cristianismo
Fuiste á un tiempo á entronizar ;

“Y si otro mundo existiera
Sobre esos dos, tuyo fuera,
Por que otra Isabel viniera
Ese otro mundo á domar.”

Linda cancion es, por Dios,
Que el patrio amor entusiasma,
Y mas cuando te oigo á vos
Cantarla con esa voz
Que me pasma.

Me has hecho temblar de gozo,
Porque has tocado la fibra
Que en mi pecho generoso
Por lo sublime y grandioso
Solo vibra.

Y mereces que te diga
En premio de tu cancion,
Que ese nuevo mundo, amiga,
Y el otro mundo que siga
Tuyos son.

Y que aun poco me parece
Para obsequiar tu hermosura
Todo el oro que allí crece,
Porque mucho mas merece
Tu ternura.

—Porque merece el amor
De Don Felipe Segundo,
Ante quien dobla, Señor,
La rodilla con temor
Todo el mundo.

—Pero como él á su vez
De su amada y su señora
Dobla la suya á los piés,
¿Quién del mundo el dueño es,
Dime ahora?

—Yo lo soy en la ocasion,
Porque te dicto la ley,
Y me creo en posesion
Del amor y el corazón
De mi rey.

—¿Y de quien no lo estaría
Angel tan bello y divino,
Que del amor dispondría
Y el corazón, á fé mia,
Del destino?

Ni que mucho que yo, un hombre,
Te llame mi ángel á vos,
Si creo sin que me asombre
Que te diera el mismo nombre
Todo un Dios.

Quiero mirarte mi bella,
Del alba á la luz ahora ;
Ven y ponte frente de ella,
Que estás mas hermosa y bella
Que esa aurora.

Pues tu semblante hechicero
Le dá animacion al dia,
Y oscurece ese lucero
Que, sin tu luz, el primero
Brillaría.

Ay ! cómo la leve brisa
Te besa la ondeante falda,
Y la cabellera riza,
Que en cadejos se desliza
Por tu espalda !

Y cómo el aire embalsama
El perfume embriagador
Que de tu voz se derrama
Cuando *mi dueño* me llama
Con fervor !

Y cuánta dulce ambrosía
No aspiro cuando se toca,
Despues de larga porfia,
La siempre sedienta mia
Con tu boca !

Entónces sí que me creo
El primer hombre del mundo,
Porque en tus brazos me veo
Y tu corazon poseo
Sin segundo.

Entónces sí que me engrío,
Porque me imagino tuyo ;
Entónces sí desafío
De la tierra el poderío
Con orgullo.

Cuando un beso picaresco
Me dá tu labio encarnado,
Entónces sí me enloquezco,
Y en tus hombròs desfallezco
Embriagado.

Mas corre tan velozmente
La noche á tu lado, mi Ana,
Que ni uno ni otro la siente,
Hasta no ver en oriente
La mañana.

Y ya lozana y garrida
Muestra su frente la de hoy,
Ya es tarde : dame, querida,
El beso de despedida,
Que me voy.

—¿Quién lo niega á un rey que adora?

—Quien manda al rey, como vos.

¡Adios, Ana encantadora!

—Don Felipe, á mejor hora.

—Bueno.—Adios.

D. FELIPE SEGUNDO

I

Grande, fuerte, prepotente
Por su riqueza y su espada,
Que pasearon por el mundo
Los tres primeros monarcas
Que le dió para su gloria
La famosa casa de Austria ;
Señora de cien naciones
De Europa, América y Asia,
Y en tiempo de D. Felipe
Sin émula en letras y armas,
De un mundo y mitad del otro
La sola dueña era España.

Mientras su fecundo genio
En la actualidad mostraban
Quevedo, Lope, Fray Luis
Y Calderon de la Barca,
Por un lado su estandarte
De triunfo en triunfo llevaba
Contra moros y cristianos
El famoso D. Juan de Austria,
Y por otro prisionero
Al Santo Padre tomaba
El guerrero mas temible
De su siglo, el duque de Alba.

Y al tiempo que el monasterio
Del Escorial levantaba,
De las siete maravillas
Del mundo la de mas fama ;
Una escuadra, “La Invencible,”
Por otra hasta hoy no igualada,
Contra la misma Inglaterra
Desde sus puertos lanzaba ;
Todo el oro se traía
De la América á sus arcas,
Del Atlántico al Pacífico,
Desde Méjico hasta el Plata.

Así es que la augusta corte
De la poderosa España
Era entónces la primera,
Su rey el primer monarca ;
Residencia favorita
De ministros y embajadas
Donde tegía sus redes
La mas sutil diplomacia ;
Donde reinos y provincias
Se daban y se quitaban :
Pues Madrid era otra Roma
Y su rey era otro Papa.

Un dia, como mil otros,
Estaba lleno el alcázar
Que en la villa de Madrid
El rey Felipe ocupaba,
De príncipes y señores
Mandados por cortes varias,
Que esperaban con paciencia
Su turno en las antesalas,
Como el suyo en sus carteras
Los pergaminos y cartas,
Y en cartas y en pergaminos
Los protocolos y alianzas.

Veíase en donde quiera
Brillar el oro y la plata,
Las perlas y los diamantes
Sobre los petos y capas,
Porque todos competían
En la profusion de galas.
Allí estaba el emisario
Del Gran Maestre de Malta,
Allí del rey D. Felipe
El ministro de su hermana
Natural, Doña María,
Grande Duquesa de Parma.



Había allí embajadores
De reyes de Africa y Asia,
Allí de Duques reinantes,
Allí de reyes de Italia ;
Pero los que mas lucían,
Eran los que allí costeaban
Maximiliano Segundo,
Emperador de Alemania,
Doña Isabel de Inglaterra,
Enrique Cuarto de Francia,
Selim Segundo el Gran Turco,
Y en fin, Paulo Cuarto el Papa.

Hubo un momento en que oyóse
Grande ruido en el alcázar ;
En que se abrieron las puertas
De todas las régias salas ;
En que los criados corrian
Y las guardias se apostaban ;
Y las mil solicitudes
De mil vasallos de España
Por la milésima vez
Para darse se aprontaban :
Y era D. Antonio Perez,
Ministro del rey, que entraba.

Cambióse luego en silencio
La universal algazara ;
Los enviados ocuparon
Sus respectivas estancias.
Entró el ministro, y se vieron
Sonreir todas las caras,
Descubrirse con presura
Las cabelleras y calvas,
Y competir del saludo
En la humildad y la gracia
Que hicieron á D. Antonio
Que al salon del rey entraba.

II

Acaso en la misma silla
Donde D. Cárlos Primero
La ley daba al mundo entéro
Como rey y emperador,
Estaba su hijo Felipe
Lo mismo que el padre estaba,
Buscando cual medio hallaba
Para sus miras mejor ;

Cuando D. Antonio Perez,
Su ministro y favorito,
Entró sin el requisito
Del anuncio del ugiér ;
Cosa que jamas su padre,
Que ministro y consejero
Fué de D. Cárlos Primero,
Con D. Cárlos pudo hacer.

Porque no hubo entre los padres
Lo que habia entre los hijos,
Secretos y escondidijos
De oculto y vedado amor ;
Pues de aquí le vino á Perez
De Felipe la privanza,
Que no se la dió ni en chanza
Al padre el emperador.

—Dios os guarde, rey del mundo,
Dijo Perez.—No lo soy,
Respondió el rey, pero estoy
En serlo, y lo habré de ser ;
Porque de tal modo giran
Las cosas en mi provecho,
Que lo he de ser á despecho
Del mundo, y lo habrás de ver.

Pues que me falló el proyecto
De que en la reina María,
Mi última esposa, tendría
Un hijo, príncipe ingles
Que á los dominios de España
Uniese los de Inglaterra
Y fuera el rey de la tierra
Lo seré yo, lo mismo es.

Mas no ya por esponsales,
Porque su hermana Isabel,
Que ocupa el trono, es infiel,
Liviana, y me quiere mal ;
De suerte que no me pesa
Ni pierdo mucho, que al cabo
Es la hija de Enrique Octavo
Que heredó su alma brutal.

Pero voy otro camino
A seguir, un poco largo
Es verdad, mas sin embargo,
Para mi fin eficaz :
Y es armarle poco á poco
A la hija de Enrique un lazo,
Rompiendo antes de un balazo
De toda Europa la paz.

Desde que el trono heredé
Portugues, ó de otro modo,
Pórque el de Alba lo hizo todo,
Despues que lo conquistó :
Todo su gran territorio
Americano es ya mio,
Y desde Méjico al Rio
Su esclusivo rey soy yo.

De Europa, de Africa y Asia
En partes, y casi sola
En América, española
Bandera tremola hoy ;
Asi es que en todas reinando
Las cuatro partes del mundo,
Como Felipe Segundo,
El rey de los reyes soy.

Y á una voz que dé á su tiempo
Contra la herege á mis gentes,
En entrámbos continentes
Se armarán en mi favor ;
Y ay! entónces de la reina
Doña Isabel de Inglaterra,
Y ay! entónces de la tierra
Si salgo yo vencedor!

Mas todo esto no es del caso,
Porque la fruta está verde
Y mas de un gloton se pierde
Por no esperar la sazon.
Tiempo al tiempo : voy con calma
Dejando ròdar al mundo,
En tanto que afirmo y fundo
Mi poder y mi opinion.

¿Qué me dices de la Holanda?

—Que sigue la guerra á muerte,
Porque el duque de Alba es fuerte
Para mandar.—Es verdad ;

Y lo pienso hacer venir

Para un proyecto que tengo. . . .

¿Qué te parece?—Convengo
Con vuestra Real Magestad.

—Entónces tira el decreto
Que lo separe del mando.

—¿Y cuándo lo tiro?—Cuando
Te parezca.—Entónces, hoy.

—Pero es preciso poner
En aquella Babilonia
Al de Medina Sidonia.

—Yo por el Duque no estoy.

—¿Y por qué, Antonio?—Porque
Perdió la Escuadra Invencible.

—Ese motivo es risible,
Que fué el mar quien lo venció,
No los hombres. Bien, entónces
Nombra vireina á mi hermana.

—De Milan, de buena gana,
Pero de la Holanda, nó.

Porque en tiempo de revueltas,
De guerras y de herejía,
Se precisa la enerjía
De un varon.—Y sableador.
—Diplomático, al contrario.
—Como por ejemplo, ¿quién?
—El Señor de Requerens.
—Ah! sí, el Comendador.

Nómbrale, si te parece,
Pero encárgale ante todo
Que siga de cualquier modo
Con el Santo Tribunal;
Porque en un país herege
Debe hacernos á mi juicio
Mucho bien el Santo Oficio,
Su carencia mucho mal.

Y ordénale que persiga
Los sectarios de Lutero,
Porque antes reinar no quiero
Que mandar herege grey;
Y que no ande con mesura
En imponerles castigos,
Que los dé como á enemigos
De Dios, del pueblo y del rey.

—Se hará como lo ordenais,
Por mas que insiste la Holanda
En reiterar la demanda
Que á este fin os dirigió.

—Y yo insisto, D. Antonio,
En que allí se ponga, y luego,
Nuestra inquisicion en juego
¿Quién manda, Flandes ó yo?

—Vos sin duda.—Pues entónces,
Antonio, lo dicho dicho ;
Porque justicia ó capricho,
Lo mando yo y se ha de hacer :
Ni me ande la infiel Holanda
Con sus dares y tomares,
Porque hereges á millares
Si yo me enojo han de arder.

Y no olvide que no ha mucho
Que en Valladolid, yo mismo,
Asistí sin fanatismo
A un solemne auto de fé ;
Y que hoy, mañana, ó cualquiera
Otro dia en que lo mandes
En mi nombre, verá Flandes
Mas autos que España vé.

Demos esto por concluido,
Que yo soy el soberano,
Y el destino está en mi mano
De la Holanda, y nada mas.
Dime ahora : ¿ el Santo Padre
Siempre crée que es necesaria
Esa línea imaginaria
Que nadie entendió jamas?

¿ Esa geográfica línea
Que Alejandro Sexto el solo
Delineó de polo á polo
Sobre la India Occidental,
Por la cual todo aquel mundo
Entre dos reinos reparte,
Dándole á España una parte
Y la otra á Portugal?

—Puede ser, porque los papas
Son tenaces.—Yo tambien,
Y conmigo no ha ido bien
Ni lo irá su Santidad ;
Y hazle saber en mi nombre
Al Santo Padre Pio Cuarto,
Que la India tan no la parto
Que tomo la otra mitad :

Porque al rey D. Sebastian
De Portugal lo heredé,
Y que en la India reinaré
Que Vasco de Gama halló ;
Y en todas las demas tierras
Que encontraren portugueses,
Italianos, holandeses
Y demas que mando yo.

—Pienso, Señor, que para eso
Ningun obstáculo habrá.
—Y que lo haya, qué me dá?
Lo mismo es que lo haya ó nó.
Mía es la América, y basta ;
Allí mi pendon ondula :
Ahora, tenga ó nó la bula,
Reino en ella, y se acabó.

Haz de saber que bien pronto,
Por una razon de Estado,
Me verás, Perez, casado
Y por la tercera vez.
—¿ Con Da. Isabel de Francia?
—Ya le dí mis esponsales ;
Prepara las fiestas reales,
Que el plazo bien corto es.

Y entre tanto, vaya espiando
Su ambicion y sus injurias
Mi hijo el Príncipe de Asturias
Encerrado en su prision
Pero mi espíritu abate,
Antonio, este triste asunto ;
Cambiemos por tanto el punto
De nuestra conversacion.

III

Anoche he tenido, Antonio,
Una noche deliciosa :
Estaba Da. Ana hermosa,
Picante, sutil, pasmosa,
Radiante de amor y luz ;
Con un peinado al desgaire
Que hacía ondular al aire
Con mas gracia y mas donaire
Que un serafin andaluz.

Yo salí loco, perdido...
Cada vez la quiero mas,
Pues no he sentido jamas
Afecto en mí tan tenaz
Como esta inícua pasion :
Y si en mi mano estuviera,
La primera reina fuera
Del mundo, pues que le diera
Con mi mano el corazon.

—Pero eso es un imposible.
—Ya lo sé, pese á mi amor,
Por mas que tengo rubor
De mancillar el honor
De quien me lo entrega así.
—De ese reato os escusa
La seduccion de que abusa
Da. Ana, con la que azuza
Vuestro amante frenesí.

Pues muy bien disculparia
De cualquiera ligereza
A otro que no á Vuestra Alteza
La beldad de la princesa
Que es por cierto angelical;
Pero vos sois demasiado
Escrupuloso—El pasado
No puede ser escusado,
Yo sé, Antonio, que hago mal.

—Pero esos ojos de cielo,
Esos matices de aurora,
Esa risa hechizadora
Que arrebató y enamora,
Serán vuestra absolución.

—Y sinó, tendré paciencia,
Que de mi amor la vehemencia
Desoye de mi conciencia
La importuna acusación.

La adoro, porque así plugo
Di mi destino á la estrella;
Yo la encuentro amante y bella,
Y haré por seguir su huella,
Antonio, cualquier desmán.

—Como ella lo hará á su vez
Por seguir la vuestra, pues
El amor para ella es
Su más vivísimo afán.

—¿Así lo crees?—Claro está!
¡Y quién pues no lo creería,
Cuando en el mundo no habría
Uno hermosura, á fé mía,
Capaz de decirnos nó!

—La hipérbole te perdono,
Mas nó el satírico tono,
Porque la magia del trono
Jamás á tanto llegó.

Contento estoy con que me ame
La mitad de lo que la amo,
Y aunque *segundo* me llamo,
Bien quisiera en este ramo
El *primero* y solo ser.

—¿Y quien habré en toda España
Capaz de audacia tamaña?

—Antonio, nada me estraña
¿La princesa no es mujer?

—Vuestra Magestad sin duda
Misántropo está.—Lo estoy,
¿No sabes por qué? porque hoy
Que mas la quiero, no voy
A donde Da. Ana está.

—¡Querer y no ir! . . . me confundo . . .
A D. Felipe Segundo
Que es casi dueño del mundo
¿Quién se lo impide?—El, quizá.

Pero tú, como otras veces,
Irás esta noche allí
A lo mismo que ayer fuí,
A jurarle amor por mí
Del mismo cielo á la faz :
Y en prueba de amor constante
De su frenético amante,
A ponerle este diamante
En un dedo con disfraz.

—Muy buen rato le he de dar
Si mi orgullo no me engaña,
Pues me habré de dar tal maña
En hacer del rey de España
Tan á lo vivo el papel:
Que si allí algun cortesano
Entrara, á besar la mano
Viniera á su soberano,
Tomándome á mí por él.

—No me lo digas dos veces,
Porque amor es desconfiado,
Y, amigo, por ese lado
No hay juicio tan bien parado
Que á su vez no bambolée.
—Ahora sí que sin piedad
Se burla Su Magestad
De su amigo y su deidad.
—Es broma.—Ya bien lo sé.

Pienso probaros que soy
Digno discípulo vuestro,
En la alcoba tan maestro
Como en el bufete diestro
Para vuestra órden cumplir:
Y aunque es mucho lo q' os quiere
La princesa, si me oyere,
Yo haré que se desespere,
Tan bien me habré de espedir.

—Mucho prometes, Antonio.

—Mas no tanto todavía

Como lo que yo querría

Prometer al que me fía

Secreto tan grave así.

—No tanto que no te ordene

Que le des, si ella conviene,

Un beso, si al caso viene,

Y ese en la mano y por mí.

Y nada mas.—Ya lo entiendo ;

Un beso inocente y llano,

Dado por vos y en la mano,

Que yo no pierdo ni gano,

Y lo haré como mandais.

—Y ten cuidado que alguno

No te vea.—No, ninguno

Verá con ojo importuno

Lo que de su ojo guardais.

—Y ofrécele mi visita

Para mañana ó pasado,

Que yo tendré buen cuidado

De no faltar, tan prendado

Ayer salí de su voz :

Y al volverte dí al mastin

Embajador de Selim,

Que lo espero aquí por fin.

—Adios, D. Felipe.—Adios !

D. RUY GOMEZ

I

“Bello es ser emperatriz
Y amada de un Gran Sultan ;
Mas bello ser la feliz
Esposa de Soliman.

“Yo eclipse de mi rival
Los ojos de serafin ;
Yo hago mandar el dogal
Al Gran Visir Ibrahim.

“Yo levantó mi pendon
Enemigo aquí y allá ;
Yo hago herir el corazon
Del príncipe Mustafá.

“Mi capricho la ley es,
Reinar mi vívido afan,
Teniendo á un tiempo á mis piés
Al mundo y al Gran Sultan.”

Así Da. Ana cantaba
Esa noche en su aposento
Al ministro, que de intento
Tan de cerca la escuchaba
Que recibía su aliento.

Y estasiado en los hechizos
De su hermosa compañera,
Con su mano zalamera
Acariciaba los rizos
De su negra cabellera.

En tanto que hoja por hoja
La otro mano por su lado,
Las flores de su tocado
Del arpa al compas deshoja
Sobre su cuello nevado.

—Muy bien has cantado, mi Ana,
Dijo al fin, mas la canción
No me gusta.—¡ Qué aprension !
Pues es la de Roxelana,
Y hermosa composición.

Que es la madre de Selim,
El que hoy á reinar empieza,
Una emperatriz traviesa
Que á Mustafá y á Ibrahim
Hizo cortar la cabeza.

—¡Pues vaya una linda copla
Y una linda travesura! . . .
Ya bien sé que no hay segura
Cabeza en Constantinopla
Si fastidia á la hermosura.

De la emperatriz Da. Ana
Bien entiendo la alusion . . .
Hazme mandar el cordon,
Pues que tú eres la sultana.
—Mas no la de la cancion.

—Mas sí la del rey de reyes.

—La de su primer Visir.

—Que no puede competir
Con quien le impone sus leyes.

—Lo contrario has de decir.

Que el rey del mundo con serlo
No ha podido en su serrallo
Competir con su vasallo.
¿Ni cómo, Antonio, poderlo,
Si yo la juez por ti fallo?

—Pero él es el rey.—Del mundo
Lo llama la adulacion ;
Pero aquí en mi corazon,
Tú primero y él segundo
Seran como han sido y son. ,

—Mas tú le dices . . . —Lo mismo
Que ya sabes : no lo niego,
Que si él está por mí ciego,
Que yo á mi turno me abismo
De su volcan en el fuego.

Y á no decirlo ; ay de mí !
Me ahogara en sangre y en hiel ;
Y pues mi ambicion, que no él,
Me arrancó un odiado sí,
Tengo que fingirme fiel.

—Pero siempre es lisongero
De q' un rey....—¿Crudo, inhumano,
Por solo ser soberano
De medio y un mundo entero,
Venga á besarme la mano? . . .

—Tú lo has dicho.—Cierto estás
De que un abismo se vé
Entre un rey, como él, que fué
A Valladolid no mas
Que á ver un auto de fé,

Y tú, tan sensible y tierno ;
Entre él, crudo y sanguinario,
Y tú, suave y pasionario ;
Entre él, que está en un infierno,
Y tú, Antonio, en un santuario !

—Sin embargo, él es quien es.

—¿Y ser tú como él quisieras?

—No, si tu amor no tuviera.

—¿Entóncces, en mi amor crees?

—Eres, Ana, muy artera.

—Pero mas que artera puedo

Probarte que soy amante. . . .

—¿Del que te mandó el diamante?

—Del que lo puso en mi dedo.

—¿Lo probarás?—Al instante!

Y su brazo blanco y bello,

Como un cilindro de masa,

La tierna princesa pasa

Detrás del erguido cuello

De su galan á que abrasa.

Ambas frentes se tocaron

Y ambas mejillas tambien ;

Y cayendo de la sien

Los rizos, algo ocultaron

Que no pudo verse bien.

Un momento despues de esto
Los cuatro ojos centellaban,
Y en sus chispas revelaban
Que no les era molesto
Permanecer como estaban.

Y con voz entrecortada
Por el arrobo y placer,
Dijo Perez:—¡ Oh mujer !
¿ Despues de esto queda nada
Que poder apetecer ?

—Sí, dijo ella ; el que te emplazo
Como reina y soberana
A venir desde mañana
Noche á noche à mi regazo.
—Así lo haré, gran sultana.

—Mas viniendo mas que vienes.
—¿ Aunque el Sr. D. Felipe
A mi entrada se anticipe,
Y el placer que con él tienes
De conversar te disipe ?

—Toma en cambio de ese chiste,
Que á mi amor, Antonio, arrulla,
Esta piedra, que es la suya,
La que por él me tragiste,
Para que por mí te arguya.—

Y diez veces, ciento y mil,
Sus brazos se entrelazaron,
Y sus labios, que juntaron
Con entusiasmo febril,
Perpétuo amor se juraron.

Mas miró entre tanto,—y rojos,
Contra una ventana opresos,
Halló Don Antonio tiesos
De Reboredo los ojos
Que devoraban sus besos.

II

Pocos minutos despues,
Y ya cuando aparecía
La primera luz del dia
Entre nubes de carmin :
Antonio Perez entraba
A la cámara en que estaba
Ruy Gomez, que resbalaba
La vaina de su espadin.

Aunque viejo ya, la ira
Daba vigor á su brazo
Ya por el tiempo harto escaso
De fuerza, no de valor ;
Y era rojo su semblante,
Su mirada centellante,
Y en su iracundo talante
Revelaba hondo rencor.

—Seductor, le dijo, infame
Y bajo sois, D. Antonio,
Que mi honrado matrimonio
Venis á manchar así ;
Sois un cobarde, un villano,
Que si con espada en mano
No me ois, como un marrano
Os he de matar aquí!—

Y acercándose el ministro
Con pié precavido y ledó,
Le mostró puesta en el dedo
La piedra que el rey mandó ;
Y sin mostrarse iracundo
Por aquel fárrago inmundo,
Nombró á Felipe Segundo,
Y Ruy Gomez envainó.

Y otros minutos despues
Antonio Perez salia
Con frente opaca y sombría
Por el suntuoso portal :
Sintiendo que en tal enredo
Le cupiese á Reboredo,
Por quien sentia odio y miedo,
Un papel tan principal.

D. JUAN DE REBOREDO

I

Era la noche que siguió á aquel dia ;
El palacio del rey desierto estaba,
En cuya alcoba solitaria ardia
Y una escena secreta presenciaba
De blanquísima esperma una bujía
Que el busto de dos hombres alumbraba.

Diferentes pasiones los ajitan,
Designios diferentes los reunen,
Y en un momento estan en que meditan
Cómo, siendo enemigos, es que se unen
Y á su mútua venganza se concitan
Cuando ocultos rencores los desunen.

La cara está del uno mustia y fula,
De celos y venganza el pecho lleno,
La convulsion de la ira lo estrangula
Y bebe á su pesar hiel y veneno ;
Mas como hombre de fibra disimula
Y se esfuerza en estar frio y sereno.

Sin embargo que á un signo de su mano
Pudiera anonadar como alimaña
Que oprime sobre el suelo pié villano,
Al que provoca su tremenda saña ;
Pues nada menos es que el soberano
D. Felipe Segundo rey de España.

En la boca del otro, disfrazada
Por mentido dolor, fausta sonrisa,
A pesar de su esfuerzo mal guardada,
En todos los momentos se divisa
En que la ira del rey mal sofocada
Su infalible venganza profetiza.

Enemigo del rey, de su valido,
De sus sistemas de opresion y miedo,
Una vez que el monarca queda instruido
De la traicion de Perez, Reboredo
Que considera su émulo perdido,
Se felicita de su astuto enredo.

—Segun eso, D. Juan, lo quiere mucho,
Continuó D. Felipe.—Mucho lo ama,
Le contestó D. Juan, por lo que escucho
De Doña Ana decir ; mio lo llama,
Y lo es porque lo ví : que es hombre ducho
Perez para eso de soplar la dama.—

Y las manos del rey bajo la mesa
Con frenética rabia se apretaron ;
Subió un volcan de fuego á su cabeza,
Y sus dientes convulsos rechinaron ;
Mas su cólera ahogando se endereza,
Y el diálogo capsioso continuaron.

—Estraño mucho de que así se porte,
Y mucho mas estraño de que sea
En la casa de un grande de mi corte :
Que accion es de hombre vil, de vil ralea,
Galantear de un amigo la consorte,
Y en un hombre como él accion mas fea.

—Es algo mas que galantear la cosa :
Ha llegado á su colmo la impudencia,
Porque á una hora vedada y sospechosa
He escuchado á los dos en mi presencia,
A él jurar sus amores á la hermosa,
Y á la hermosa escuchar con complacencia.

Y en los raptos de amor y de locura
He visto mas, que he visto con asombro
Yacer de Perez ebria de ternura
La lánguida cabeza sobre el hombro,
Y oprimir su mejilla blanca y pura,
Y dar y recibir lo que no nombro.—

El rey se estremeció, y ante sus ojos
Que la sangre colérica teñía,
Los cuerpos de su alcoba á cual mas rojos
Rodaron en un vértigo á porfia ;
Pero en lo hondo de su alma sus enojos
Reprimió con valor aun todavía.

—A mas de vos, D. Juan, sabeis si alguno
Ha visto á los perjuros de esa suerte?

—A mas de mí, señor, hombre ninguno.
(—Eso, se dijo el rey, eso es perderte ;
No hay mas testigo de mi oprobio que unó,
Hé ahí la sentencia de tu muerte.)

—Aun hay mas todavía : Antonio Perez
De vuestra corte la lealtad destierra :
Traiciona de ministro los deberes,
Y de Isabel la reina de Inglaterra
Y el rey Enrique Cuarto, amplios poderes
Ha recibido para haceros guerra.

—Eso tambien, D. Juan, ya lo temía,
Y despues de lo que ha hecho no lo dudo,
Que es hábil D. Antonio en la falsía
Y en todo lo que es malo muy agudo ;
Y así será tambien, por vida mía,
De sus perfidias el castigo rudo.

Gracias, gracias, D. Juan ; ya quedo instruido
Cuanto de Perez la ambicion abarea :
Te queda por lo mismo agradecido
Para siempre el amigo ; ahora el monarca
Cumplirá con la ley, como has cumplido
Con el deber que tu lealtad te marca.

II

¡ Maldicion sobre mí, sobre mi estrella,
El rey se dijo cuando estuvo solo ;
Maldicion sobre Juan, Antonio y ella,
Sobre los tres á un tiempo maldicion !
Y el aire por momentos les faltaba
A sus fauces enjutas, constreñidas,
Que de instante en instante estrangulaba
Repetida y violenta convulsion.

¡ Maldicion sobre tí, pérfido Perez,
Mil veces sobre tí maldicion, Ana,
Vergonzoso baldon de las mugeres,
Traidores al amor y á la amistad !
Al llanto y la espiacion mi encono os bota
Hasta haber esprimido vuestros labios,
Con mordaza de hierro, gota á gota,
El néctar que bebió la iniquidad !

¡ Malditos otra vez !—y revolvió
Su desecada lengua entre la boca
Que el hálito abrasado enardecía
De su activa y veloz respiracion;
Y en su mente volcánica y rabiosa
Trazaba una venganza formidable
Que sonriera á su cólera espantosa
Y sirviese á su agravio de espiacion.

Y la trazó por fin, digna sin duda
De su instinto feroz y sanguinario,
Porque cierta sonrisa fria y muda
Presagiando algun mal su faz cruzó.
Oh ! qué bello es cuando rebosa en saña,
Esclamó, el corazon, para vengarse
Y saciar su rencor, ser rey de España
Y rey omnipotente como yo !

Oh ! qué bello es cuando mi frente arrugo.
Señalando á un infame con el dedo,
Tener á todas horas un verdugo,
Una cuerda, una pira, un tajo cruel ;
Y no hallar en un mundo y mitad de otro
Quien me diga que nó, cuando sí digo ;
Quien no suba al patíbulo ú al potro
Si lanzo mi anatema contra él !

Y estan contra vosotros ya lanzados,
Antonio Perez, Ana de Mendoza
Y Juan de Reboredo vuestros hados,
Pues pagar el que debe justo es.
Pedid perdon á Dios que yo os perdono,
Aunque castigue como juez el crimen
Contra el amor y la amistad y el trono,
Y desde este momento ¡ ay de los tres !

BERMUDO

Gozando el corazón, riendo la mente,
Vengado á su placer, D. Juan salía
Del alcázar real, donde rujía
De los celos del rey la ira roente.

La espresion del placer lleva en su frente,
Embriaga su existencia la alegría,
Y dos hombres no vé en la calle umbria
Que hablaban entre sí secretamente.

—Ese que ves, dijo uno, ese es, Bermudo:
Se lo encargo otra vez á tu experiencia.—
Y el otro que quedó un instante mudo,
Pidiendo á Dios perdon en su conciencia,
Dijo, hundiendo en D. Juan su hierro agudo:
—Está muerto á los piés de Vueselencia!

FERNANDO MUR

I

En el siguiente dia dando audiencia
D. Felipe Segundo estaba á un hombre,
Al que afable decia :—La presencia
Del rey de entrámbos mundos no te asombre ;
Dí lo que aquí te trae, tienes licencia.
—Fernando Mur, señor, tengo por nombre,
Y temiendo que un grande age la ley
Vengo á pedir justicia al mismo rey.

—¿De quién te quejas, dí?—De un poderoso
Que por vanas sospechas de acochanza
Me ha infligido un castigo ignominioso,
A quien por mas que me alze no lo alcanza,
Siendo un gusano yo y él un coloso,
El plebeyo poder de mi venganza ;
Mas que vos, si os poneis entre los dos
Quien lo puede absolver es solo Dios!

—Dime quien es ese hombre.—Es vuestro amigo.
—Mucho peor para él si consiguieres
Demostrar que es injusto y cruel contigo
Y que tú de su crimen víctima eres.
El nombre?—No me atrevo.—El nombre, digo!
—Es vuestro amigo D. Antonio Pérez.
—Desde que es criminal, ya no lo es,
Y aquí no está el amigo, sinó el juez!

Continúa, Fernando.—Por sospecha
De no sé qué complot de que estoy puro
Y de no sé qué trama contra él hecha
Por un tal Reboredo, que os lo juró
Que hasta ignoraba que su puesto acecha,
Se ha portado conmigo injusto y duro,
Y en un raptó de rabia y freñesí
Palabra por palabra me habló así:

“Estás, Fernando Mur, entre mis manos
Y has provocado contra tí mi enojo;
¿No sabes tú que es ley mi solo antojo
De oriente á ocaso, desde norte á sur?
—Lo sé, le dije.—Bien, ahora depende
De tu mentira ó tu verdad tu suerte;
Tú mismo te has de dar ó vida ó muerte:
Senténciate por fin, Fernando Mur!”

Yo juré por Jesus y por María,
Por la muerte y pasión de Jesucristo,
Que del negro complot nada sabía
Y que al tal Reboredo no había visto ;
Pero cuanto más digo, él más porfía,
Cuanto él más asegura, yo persisto ;
Hasta que al fin su cólera estalló,
Y su airado discurso así acabó :

“Basta, Fernando, basta : y pues no pude
Descubrir tu secreto con dulzura,
Te lo haré confesar en la tortura :
Tú lo has querido así, que te la dén !”
Piedad pedí mil veces, pero en vano ;
Llamó á un hombre á quien dijo : “En el momento
Dáale á Fernando Mur sério tormento,
Y cuanto diga á repetirme ven.”

—¿ Y te lo dieron ?—Sí, lento y amargo,
El tormento feroz de cuerda y rueda,
Tormento abominable, horrible, largo,
Y que lo ha de sufrir pueda ó no pueda
El infeliz mortal hasta el embargo
En que la vida agonizante queda
Por el exceso del sutil dolor
¡ Y yo sin culpa lo sufrí, Señor !

A cada vuelta que la rueda daba
Cada vez mas las cuerdas me oprimian,
Cada vez mas mi cuerpo palpitaba,
Cada vez mas los huesos me crugian ;
Y siempre mas y mas la rueda andaba,
Y mas y mas mis fuerzas se perdian,
Hasta que al cabo de sentir cesé,
Y lo mas que me hicieron . . . no lo sé !

En la lenta agonía del suplicio
Juré quejarme al rey aquí en el suelo,
Y á no escucharme el rey, el dia del juicio
Juré quejarme á Dios allá en el cielo ;
Y me quejo en verdad : sedme propicio
Por la fé ciega con que á vos apelo :
Justicia os pido, sí, justicia á vos
En este mundo, y en el otro á Dios !

—De los dos la tendras ; de mí primero, .
Porque primero á mí te dirigiste ;
Completa la tendras : y es justo y quiero
Premiar la ciega fé que en mí tuviste.
Fernando Mur, yo te hago caballero,
Desde hoy su traje y sus enseñás viste :
Anda, y mañana con la misma fé
Ven, que justicia á tu sabor te haré.

II

Sombrío estaba el rey al día siguiente,
Y mas sombrío que él, Perez estaba
De la silla de aquel parado enfrente
Acechando al descuido su intencion.
El rey su rostro alzó, pero iracundo,
Y vió Perez que aquel no era su amigo
Sinó Felipe de Austria, el rey del mundo,
Que comenzaba así su acusacion :

—Estás, Antonio Perez, en mis manos
Y has provocado contra tí mi enojo :
¿No sabes tú que es ley mi solo antojo
De oriente á ocaso, desde norte á sur ?
—Lo sé, Señor.—Pues bien, ahora depende
De tu mentira ó tu verdad tu suerte ;
Tú mismo te has de dar ó vida ó muerte :
Elije,—la privanza ó la segur.—

Perez se estremeció cuando su mismo
Lenguaje oyó del rey: suspenso vióse
Sobre el hórrido cráter de un abismo
Donde se hundia su inseguro pié;
Perdido se creyó por Reboredo
Y Fernando á la vez: pensó en su vida,
Tuvo remordimientos, rabia y miedo
De haber sido tan crudo como fué.

—Yo te he querido, Antonio, como amigo,
Continuó D. Felipe; muchas horas
Felices para mí pasé contigo
Que no en mi vida olvidaré jamas;
Yo te he dado poder, rango, riqueza,
Yo he partido contigo mis placeres,
Mis secretos de amor, mi hogar, mi mesa,
¿Y así pagando á mi cariño estás?

Aunque, Antonio, el amigo te perdone,
No esperes que el afecto al juez coheche,
Ni que el amigo por tu causa abone,
Ni que se vengue el ofendido juez;
Pues siempre recto, cuando juzgo, aplico
Como rey que lo soy la justa pena
Lo mismo al pobre que al señor y al rico,
Como lo manda Dios y justo es.

Yo no siento por tí ni amor ni saña,
No soy ni amigo ni enemigo tuyo :
Soy Felipe Segundo rey de España
Por cuya gloria trabajando estoy ;
Ni eres, Antonio, tú sinó un malvado
Que contra España y su lealtad conspira,
Un criminal no mas, reo de Estado,
Que Dios mediante á interrogarlo voy.—

Absorto Antonio Perez al rey mira,
No sabe á donde vá, pero comprende
Que cuanto vá á decir todo es mentira
Como cuanto le ha dicho lo es tambien.
El odio nada mas es quien lo mueve ;
Está celoso de él, quiere perderlo :
Esta es su conviccion, mas no se atreve
A darle indicio que lo alcanza bien.

—Eres muy criminal, desventurado,
Porque de Francia y de Inglaterra el odio,
Que de padres á hijos ha pasado
De siglo en siglo por herencia cruel,
Contra tu pobre patria has conmovido,
Y esto es abominable ! . . . Yo te acuso
De estar, Antonio Perez, sí ! vendido
Al rey Enrique Cuarto y à Isabel.

—Es calumnia, Señor, que yo repelo
Con justa indignacion y desenfado
A la faz de la tierra, á faz del cielo,
A faz del universo, á faz de Dios!.

—Modera, Antonio Perez, la vehemencia
Con que el calor de tu interes me niega
Lo que dice que es cierto tu conciencia
Y sabemos que lo es nosotros dos.

—Nada de eso sabeis, ni yo tampoco,
Porque no existe esa traicion supuesta,
Y cuanto diga en mi favor es poco
Segun lo mucho que podré decir ;
Y por toda defenſa desafio
A quien se halle capaz de sostenerlo
Que las pruebas me dé del crimen mio,
Y entonces juro vencedor salir.

—Estás, Antonio Perez, demasiado .
Tenaz, y lo lamento ; acaso en contra
De tu propio interes aconsejado
O por tu miedo ó por tu crimen mal ;
Y tal vez que pudiera en el secreto
De esta alcoba quedar tu error oculto ;
Que á decirte verdad estoy inquieto
Por esa liga que será formal. ,

—Os lo juro, Señor, por la memoria
Del grande emperador D. Cárlos Quinto,
Vuestro padre inmortal de eterna gloria,
Que nunca he sido ni seré traidor!

—No perjures así: busquemos modo
De salvarte y salvar la pobre España,
Quedando oculto entre nosotros todo,
Que es lo mas conveniente y lo mejor.

—Nada mas, D. Felipe, decir puedo,
Porque no hay nada mas; soy inocente:
Todo eso es invencion de Reboredó.

—Salgamos de una vez del nó y del sí.

—Es calumnia.—Es verdad.—Que Dios me asista!

Os lo vuelvo á jurar.—Pues que la ocultas,
Luego es pues necesario que yo insista
En arrancarla á tu pesar de tí.

Antonio Perez, basta; y pues no pude

Descubrir tu secreto con dulzura,

Te lo haré confesar en la tortura:

Tú lo has querido así, que te la den.

—Señor, qué vais á hacer?—Entra, Fernando.

—D. Felipe, piedad!—En el momento

A D. Antonio dá serio tormento,

Y cuanto diga á repetirme ven.

III

Ardiendo en ira por traicion tamaña,
Cuanto vengado mas, mas vengativo,
Está aunque satisfecho pensativo
Don Felipe Segundo rey de España.

En su sangre de hiel la rabia entraña
De sus celos sin fin el dardo vivo,
Y para el odio y la venganza activo,
Se goza en azuzar su acerba saña.

De contento feroz, torpe, inhumano,
De su bárbaro ser tiembla la fibra,
Y olvidando que tarde ó que temprano
Del castigo de Dios nada lo libra,
No recuerda que en frente de un tirano
El ángel del Señor su dardo vibra!

IV

Un momento despues tramo por tramo
La escalera de un sótano bajaban
Don Antonio y Fernando, donde estaban
Cuatro sayones de siniestra faz
En derredor de un potro, con la sangre
De la postrera víctima aun manchado,
Del que acaso mas de una habia bajado
Sin culpa alguna á la mansion de paz.

Cuando el tibio vapor de aquella gruta
De Don Antonio se esparció en la frente,
De su forzada huella de repente
Por instinto su pié retrocedió ;
Mas Fernando lo lleva á pesar suyo
Sobre sus propios brazos y los de otro,
Y poniéndolo encima de aquel potro
Con su mismo language así le habló :

—Aquí estais, D. Antonio, entre mis manos
Y habeis movido contra vos mi enojo :
¿No sabeis que es la ley mi solo antojo
Cuando manejo el hacha ó la segur?
Y pues no lo ignorais, ahora depende
De vuestras confesiones vuestra suerte ;
Vos mismo habeis de daros vida ó muerte
Ante de mí que soy Fernando Mur.—

Cual si súbito trueno no esperado
Reventara en su frente su estampido,
Quedóse Antonio Perez aturdido
Y convulso de espanto y de terror ;
Entonces sí creyóse sin remedio,
De un abismo de muerte en lo mas hondo
Del lóbrego, insondable, inmenso fondo,
Sin ninguna esperanza de favor.

—Todo se paga, continuó Fernando,
El mal que cometemos en el suelo :
Cuando no es en la tierra, es en el cielo,
Cuando no es á los hombres, es á Dios ;
Pues que en la gloria la virtud se premia
Y en el infierno la maldad se espía :
Si no es hoy ni mañana, es algun dia,
Pues todo vá de la justicia en pos !

Y el tirano infernal de Dios maldito,
Maldito de los hombres, que alimenta
Con sangre su crueldad, dará su cuenta,
Y su castigo sufrirá á su vez ;
Y ante el trono de Dios, frente al esclavo
Que mutiló su bárbara crudeza,
Bajará sentenciado la cabeza
Y como perro besará sus piés.

De los débiles ay!—ay ! de los pobres,
Si á la fuerza y capricho del mas fuerte
Estuviera entregada aquí su suerte
Sin tener allá arriba un vengador ;
Y sin que hiriese la justicia eterna
El corazon cruél de los tiranos
Que oprimen en el mundo á sus hermanos,
Con el rayo bendito del Señor !

Y así vos, D. Antonio, que habeis hecho
Sufrir al inocente cruel tortura,
Sufrireis criminal otra mas dura
Y aplicada por mí que á hacerlo voy :
Porque allá en su justicia ha decretado
Entregar vuestra suerte al ofendido
La voluntad de Dios : lo habeis oido,
Yo el instrumento de sus iras soy !—

Un frío desaliento por las venas
Corrió de D. Antonio cuando oyó esto ;
Inclinó su cabeza, y en su gesto
Se pintó su fatal resignacion ;
Y como hombre perdido sin remedio,
Desde que á Dios para penarlo plugo
Convertir á su víctima en verdugo,
Resignóse paciente á la espacion.

De sus hombros cayó el rico vestido
De oro, piedras y plata recamado,
Y su cuerpo gracioso y delicado
Por todas partes circundó el cordel ;
Y la rueda giró, y en el momento
Sus venas comprimidas reventaron,
Y las cuerdas el cuerpo estrangularon,
Y fué el dolor abominable y cruel !

Mientras Fernando poco á poco, él mismo,
La cuerda del tormento retorció,
Su cara poco á poco se expandía
Donde vagaba una sonrisa audaz ;
Y saboreando en su iracundo pecho
El vedado placer de la venganza,
Meditaba á la vez en la mudanza
De la fortuna y el placer fugaz. .

Poco á poco sus párpados se alzaron
Agrandando sus ojos rutilantes ;
Poco á poco cien pliegues ondulantes
Por su frente cruzaron al traves ;
Y agitando sus labios contraídos
El aliento anhelante de su pecho,
Se creia vengado ; y satisfecho
Contemplaba al ministro ante sus piés.

Largo el tormento fué para el valido
Cuyo humillado orgullo padecía,
Larga la rabia que en su pecho ardía,
Y mas largo que todos el rubor ;
Y á su turno Fernando despiadado
Su bárbara agonía aun alargaba,
Porque de tiempo en tiempo le inculcaba
En que él era el ministro del Señor.

Todos los grados del dolor pasaron
Por el cuerpo de Perez á porfia,
Y por su alma infeliz, de la agonía
Todos los grados del dolor tambien ;
Y su doble dolor con doble encono
Contra el rey D. Felipe se exhalaba,
Que ante Dios y los hombres arrojaba
Al juicio de los siglos con desden.

Largo tiempo luchó consigo mismo,
Largo tiempo al dolor venció el orgullo ;
Pero el dolor triunfó, y á pesar suyo
Tambien Antonio Perez sollozó ;
Y cual niño rabioso, las flaquezas
Del vengativo rey, que él conocía,
A la faz de la luz del medio dia
Vengativo á su vez las publicó.

Todo lo dijo y á la faz de todos,
Cuanto de malo y vil en desagravio
De su fria crueldad, su airado labio
Acertó á balbucir ; mas cierto y real ;
Y los hondos secretos del bufete,
De la alcoba y el trono de un tirano
Quedaron revelados, y el arcano
De su tormento bárbaro y brutal.

Acusó á D. Felipe mientras pudo
Hablar y discurrir ; pero el martirio
Perturbó su razon, y en el delirio
Que produce el dolor al fin cayó.
Sus ojos se nublaron, y en su frente
La imágen de la muerte erró un momento ;
Perdió con la palabra el sentimiento,
Y en un largo desmayo se durmió.

Todo quedó en silencio ; y aquel hombre,
Ayer grande y feliz y hoy moribundo
Sobre aquel potro ensangrentado, inmundo,
Hizo temblar á todos de pavor ;
Mostrando una vez mas sobre mil otras
Para servir de universal consuelo,
Que á las torres mas altas por el suelo
Suele echarlas un ángel vengador.

V

Larga y pesada por demas anduvo
Para el rey. D. Felipe aquella hora
En que callado y pensativo estuvo
Maldiciendo del tiempo la demora,
Y en que en su oido amedrentado tuvo
Sonando aquella voz que al hombre azora
Cuando le dice en su alma : tu delito
Es para el hombre y para Dios maldito.

Y así cual busca el criminal famoso
En el crimen del crimen el remedio,
D. Felipe Segundo buscó ansioso
Para calmar su desazon y tedio
En la via del crimen ominoso
Por criminal instinto el mismo medio,
Mandando que encerrasen de por vida
A Doña Ana Mendoza, su querida.

Como es oculta la espacion secreta
Que al criminal impone su conciencia,
Pensó la suya mantener sujeta
De su falsa virtud tras la apariencia,
Fingiendo aquella paz dulce y completa
Que es el premio eternal de la inocencia
Y que Dios ha negado en sus arcanos
Al alma y corazon de los tiranos.

Y no pensó que en el secreto asilo
Del corazon del hombre que lo mira
Con rostro en apariencia bien tranquilo,
Odio y execracion no mas inspira,
Y que le está diciendo con sigilo :
D. Felipe Segundo, eso es mentira,
Y esas horas de paz dulces y rientes
Que le muestras al mundo, se las mientes!

Pues sería blasfemia abominable
Dudar que un génio angelical ordena
La justicia del orbe incontrastable,
Y que á su turno y sin pasion condena
Con la misma equidad al miserable
Que al poderoso, á recibir la pena,
Cuando han acaso por su mal hollado
Las santas leyes que su mente ha creado.

Su espacion terrenal era llegada,
Preludio acaso de espacion mas séria,
Y por mengua mayor, mas humillada
Que la de otro infeliz fué su miseria,
Pues oyó su sentencia pronunciada
Frente á las armas de la hermosa Hesperia
Por un hombre vulgar que al cielo plugo
Convertir de un gran rey en gran verdugo.

Este hombre era Fernando, que habia sido
Por la gracia de Dios, en instrumento
De su recta justicia convertido ;
Que con rostro ni triste ni contento
Y por fuerzas ocultas impelido,
Penetraba del rey al aposento
A dar de Dios, sin comprenderlo, en nombre
El condigno castigo al rey y al hombre.

—Cumplida está, Señor, vuestra sentencia,
Le dijo á D. Felipe ; abajo queda
Poco menos que muerto su Excelencia,
Atado aún al potro y á la rueda.—
Y á pesar de la astucia y la experiencia
Con que las muestras del horror le veda
Su habilidad al rey, aquel instante
Lo traicionó el color de su semblante.

D. Felipe tembló, porque el recelo
De espiar alguna vez el crimen mismo
Que su cómplice espiaba, el desconsuelo
Que produce del miedo el parasismo,
Como el frío corrió de intenso hielo
De su aterrado pecho hasta el abismo,
Teniendo que apurar su fortaleza
Para no hacer notable su flaqueza.

—¿Qué dijo Antonio Perez?—Muchas cosas
Horribles de escuchar; falsas sin duda,
Imputaciones todas calumniosas
Con que un convicto criminal se escuda;
O tal vez ilusiones vaporosas
Que el desvario del tormento anuda,
Que no pueden decirse en la presencia
De Vuestra Magestad sin insolencia.

—Dilas, Fernando, dilas.—No me atrevo,
Porque todo fué dicho con la idea
De ofenderos no mas.—Saberlo debo.
—Es todo contra vos.—Aunque lo sea,
Que en eso oculto mi designio llevo.
—Pero es cosa, Señor, infame y fea
Sobre falsa y soez.—Basta, Fernando ;
Empiézalo á decir, que yo lo mando !

—Entonces lo diré ; pero primero
Vuestra Real Magestad perdone la ira
Que debo producirle.—Ya te espero ;
Ve si comienzas á decirlo, y mira
Que cuanto oiste que me digas quiero,
Con mas motivo lo que crees mentira.—
Y reclinó con aparente calma
Su cabeza febril sobre su palma.

Y Fernando empezó :—Largo el tormento
De D. Antonio fué, y á la vez largo
Como falto, Señor, de fundamento
Fué el que hizo contra vos horrible cargo ;
Pues juró por su nombre que aquel lento
Suplicio que le dabais, cruel y amargo,
Era un crimen estéril, infecundo,
Que cometiais contra Dios y el mundo.

Y poniendo á los cielos por testigo
De cuanto horrendo contra vos decía,
Os llamó ante los hombres enemigo
De cuanto bueno bajo el sol había;
Acreeador á sufrir junto consigo
La misma suerte, pues con vos partía
El crimen por igual, que él solo espiaba,
Y de que él al morir os acusaba

“Yo te acuso de ser, rey inhumano,
De D. Juan Reboredo el asesino,
Aunque muerto á los golpes de mi mano;
Y de darle algun dia igual destino
A D. Juan de Austria, vuestro mismo hermano:
Pues del crimen estás en el camino,
Porque es preciso que lo esté el que huella
El odio universal con quien se estrella.

“Yo te acuso de hipócrita y sangriento;
Porque te gozas en mirar la pira
En que despues de bárbaro tormento
El infeliz que sentenciaste espira
En medio del concurso macilento
De todo un pueblo que en contorno gira
Del inhumano juez que se complace
En ver el mal que á sus hermanos hace.

“Yo te acuso, como hombre, de malvado ;
Como rey, de tirano y homioida ;
Como juez, de perverso y obcecado ;
Como padre, de atroz y parricida,
Porque á tu hijo D. Cárlos encorrado
Lo tienes en prisiones de por vida
Por celos de ambicion incomprensibles,
Cavilosos, oscuros y risibles.

“Yo te acuso de pérfido, de ingrato,
De falso á la amistad y de perjuro ;
De adúltero infernal que sin recato
Corrompes á tu víctima á lo oscuro ;
Y de hacer entre el lujo y el boato
De tu gobierno sanguinario y duro,
Decaer de la patria la grandeza,
Que en tu gobierno abominable empieza.

“Yo te arrojo en mi instante postrimero
Al juicio incorruptible de la historia
Del presente y del tiempo venidero,
Que habrá de recordar tu triste gloria ;
Y al desprecio mas grande y justiciero
Arrojo para siempre tu memoria :
Y te acuso ante Dios en la otra vida
De adúltero, tirano y homicida !”

—Basta, Fernando, basta; tú has venido
A ser hoy para mí la providencia
Que del crimen me acusas escondido
En el fondo sin fin de mi conciencia;
Y pues Dios por tus labios ha querido
Imponerme severo su sentencia,
Yo la recibo; yete!... Ahora, Fernando,
Quedo á mis solas mi maldad espiando!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO

PROSPECTO	}	Entrega primera
PREFACIO DEL EDITOR		
APUNTES BIOGRÁFICOS		
DISCURSO NECROLÓGICO		

DELIRIOS DEL CORAZON

DEDICATORIA.....	3
EL CORAZON.....	5
LA MENTE Y EL CORAZON—I— Hoy.....	19
— II -- Mañana.....	31
— III — Luego.....	45
— IV — Siempre.....	57
— V — Ya.....	73
— VI — Entónces.....	85
— VII — Despues.....	95
— VIII — Ayer.....	107
— IX — Antes.....	122
— X — Nunca.....	132
— XI — Jamas.....	153
EPILOGO.....	169

LA ESPIACION RECIPROCA

D. ANTONIO PEREZ.....	189
DOÑA ANA DE MENDOZA.....	197
D. FELIPE SEGUNDO.....	213
D. RUY GOMEZ.....	233
D. JUAN DE REBOREDO.....	242
BERMUDO.....	249
FERNANDO MUR.....	250

edicion

de la obra

